DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

LA MUERTE VESTIDA DE PLATA



La muerte vestida de plata

Kenneth Robeson
Doc Savage/21

CAPÍTULO I

“LOS CRÁNEOS PLATEADOS”

UNA helada, pétrea expresión, endurecía el semblante del caballero alto y sus ojos oscuros giraban en las órbitas, desasosegados, intranquilos. A los costados de su cuerpo unas manos heladas, descoloridas, pendían inertes...

Que el caballero estaba alarmado y un si es no es caviloso, era evidente.

Cualquier persona observadora se hubiera dado cuenta de ello. Mas no existían personas observadoras entre la multitud de taquígrafas, mecanógrafas y escribientes que pululaban en las oficinas de “Los siete mares” y por ello las sonrisas dirigidas al caballero fueron las que dirigen en tales ocasiones los empleados faltos de energía a un superior intransigente.

Los hombres de carácter enérgico no solían trabajar por espacio de mucho tiempo en las oficinas de “Los siete mares”, ya que su Director, Paine Winthrop, era un individuo chapado a la antigua, un emperador de la Industria, que miraba a sus empleados por encima del hombro como si en lugar de hombres libres hubiesen sido vasallos.

De haber vivido cien años antes, sin duda habría poseído millares de esclavos a quienes hubiera azotado sin el menor escrúpulo. Tal vez Clarence Sparks observara que ocurría algo anormal.

Clarence era un escribiente encargado de hacer las facturas y de llevar la cuenta del cargamento fletado por los buques de la Compañía. No se ocupaba, empero, de la construcción, con todo y verificarse ésta en los astilleros controlados por el propio Winthrop.

Como el resto de sus compañeros, Clarence era un ser tímido y

asustadizo como un conejo; sin embargo, no carecía de inteligencia.

—Buenas tardes, Comodoro Winthrop —dijo a su Director.

En realidad su jefe no tenía el alto cargo que él le atribuía, si se exceptúa el honorífico de que disfrutaba en uno de los clubs náuticos de la ciudad, pero le agradaba la distinción y Clarence lo sabía.

Sin embargo, en aquella ocasión pareció no oír el saludo de su dependiente.

Andando maquinalmente, a paso largo, pasó por delante de él, cruzó la habitación desde la puerta al pasillo y se metió en el despacho. Su rostro continuaba adoptando la misma singular expresión, sus ojos seguían girando en las órbitas, desasosegados, y sus manos pendían inertes, a ambos costados de su cuerpo.

—¡El muy zorro! —gruñó Clarence—. ¡Ya te darán algún día tu merecido!

Clarence acertó. No adivinaba bien hasta qué punto estaba dotado del don de profecía. Tras de entrar en su despacho, Paine Winthrop cerró la puerta con llave.

Hecho esto, le dio media vuelta al pomo como deseando asegurarse de que estaba bien cerrado. Valiéndose de una cerilla introdujo en el ojo de la llave la punta de su pañuelo de seda, se quitó el abrigo y lo colocó, extendido, en el suelo, junto a la puerta.

A continuación respiró satisfecho. Ahora estaba seguro de que no le oirían.

Desde la ventana miró a la calle, separada de él por los cuarenta pisos de altura del edificio. Desde aquella elevación parecían hormigas los peatones que transitaban por debajo.

Por lo general, Winthrop disfrutaba con aquel espectáculo. Le agradaba imaginar tan pequeña a la humanidad. Sin embargo, en esta ocasión le hizo estremecer.

Una niebla de las usuales en Nueva York se cernía sobre las calles y plazas de la ciudad, más espesa allá sobre el vecino “East River”, menos densa aquí, en el sector de Wall Street.

Winthrop tornó a estremecerse y tiró del cordón que cerraba las tablillas movibles de la persiana veneciana. Sentóse ante la mesa escritorio, acercó a sí el aparato telefónico y, con dedo tembloroso, marcó un número en el disco.

La primera vez se equivocó por un exceso de nerviosidad, pero

la segunda vez acertó. Antes de hablar, sin embargo, consultó la hora en un lujoso cronómetro que extrajo de uno de los bolsillos interiores de la americana y vió que faltaban escasamente unos minutos para las cuatro.

Evidentemente reconoció la voz que sonaba al otro lado de la línea, porque no se mencionó nombre alguno en la conversación.

—Bueno, ha pasado el plazo fijado —dijo con voz temblorosa.

El otro no contestó inmediatamente y Paine Winthrop iba a repetir la frase, pero entonces llegó a sus oídos una voz ronca, irritada, que le respondió muy bajo:

—Winthrop, no desperdicie la ocasión que se le ofrece de labrar una fortuna. Puede usted ser uno de los hombres más ricos del mundo.

—¡Hum! No deseo sentarme en la silla eléctrica —repuso Paine.

—Oiga, Winthrop; ya le he explicado detalladamente… —comenzó a decir la voz.

—No perdamos tiempo —exclamó interrumpiéndole, el armador —. Se me acusa de dureza de alma y quizá sea un tirano y un sacamantecas, como dicen, pero siempre me he mantenido dentro de la ley. Sé desde niño que no existe otra política mejor.

La voz susurrante asumió un tomo amenazador al contestar:

—Piense, Winthrop, que está más comprometido en el negocio de lo que cree y sepa que nos hemos valido de su astillero…

Winthrop se estremeció violentamente como si se sintiera herido en el corazón, pero su impasible semblante adoptó una expresión voluntariosa y resulta.

—He sido engañado —confesó—. He creído que el navío construido en mis astilleros estaba destinado a un Gobierno extranjero y creo que lograré convencer de esto a las autoridades.

—A lo que parece, he cometido un error confiándole a usted… —insinuó la voz.

—Desde luego —exclamó Winthrop sin andarse con rodeos.

—¿Por qué no habré puesto el asunto en manos de Los Cráneos Plateados?

A la sola mención de aquel nombre Winthrop dejó caer sobre la mesa el auricular y miró en torno como si le amenazara algún enemigo oculto en el despacho. Pero se rehizo al punto de la emoción experimentada.

—Bueno, no hay más que hablar —notificó a su interlocutor—. Le he dado el tiempo suficiente para la dispersión de esa banda y para la destrucción de… del objeto construido en mis astilleros. Usted lo ha desperdiciado; por consiguiente, ahora llamaré en mi ayuda a la policía.

Su voz aumentó de volumen, debido a la desesperación de que estaba poseído, y sus gritos atravesaron la puerta a despecho de las precauciones adoptadas, de modo que le oyó Clarence, quien miró en dirección a la puerta del despacho y titubeó.

Se moría de ganas de oír lo que se decía al otro lado. Dominando al cabo su timidez, se aproximó de puntillas al refrigerador del agua situado junto a la puerta del despacho. Aplicaría el oído desde allí.

Winthrop seguía diciendo a gritos:

—¡Llamaré a la policía y le hablaré de Los Cráneos Plateados! ¡Le diré quién es su jefe en apariencia y le hablaré de la persona cuya diabólica inteligencia dirige en la actualidad todos los hilos de la intriga!

La voz velada le respondió, desde el oro lado de la línea:

—Le prometo, Winthrop, que no vivirá el tiempo suficiente para llevar a cabo sus amenazas.

Winthrop sudaba, se agitaba.

Gritó:

—Mi muerte no le reportará beneficio alguno. Tengo escrita una relación de sus fechorías y se la he dado a mi secretaria. Ella lo sabe todo.

—Miente usted, Winthrop —dijo la voz, con acento burlón.

—No miento —protestó Winthrop, a voz en cuello—. He dado órdenes a mi secretaria y si me sucede algo ella irá con el cuento a la policía. Conque, o renuncia usted a sus proyectos o doy parte de todo a la policía.

—¡Hágalo si se atreve!

—¡Lo haré! —Winthrop colgó el auricular.

Pálido, tembloroso, se apartó Clarence de junto a al puerta. Había oído y sentía alterarse la paz de su alma. Hallábase colocado en la situación del joven que quiso pescar pececillos y atrapó un tiburón.

Su acción le salvó la vida. Simultáneamente a su retirada sonó

una explosión catastrófica. La puerta del despacho de Winthrop se deshizo en fragmentos, cedió toda la pared medianera y parte del techo se derrumbó con estrépito.

Abajo, en la calle, el ruido ensordecedor obligó a los peatones a levantar las cabezas. Creían que había sonado un trueno fragoroso e inesperado. Mas, tras de dirigir la vista a lo alto, corrieron, se dispersaron en todas direcciones.

Una nube de ladrillos, de yeso y de trozos retorcidos de acero cayó a la calle produciendo la impresión de que se derrumbaba todo el rascacielos.

Un momento después, sin embargo, los transeúntes que habían logrado situarse a respetable distancia distinguieron una gran cavidad abierta por la explosión en uno de los costados del edificio cuyas espiras traspasaban la niebla.

Los escombros se derramaron con estrépito sobre la acera. Tres coches allí estacionados y vacíos, afortunadamente, fueron aplastados por ellos y en parte destrozaron asimismo un taxi que por allí pasaba en el momento de la catástrofe.

Su conductor, ligeramente lesionado saltó del interior a al calle y corrió por la acera gritando que le había sorprendido un terremoto. Luego del desastre, se sucedieron unos minutos de silencio casi absoluto.

Tanta era la quietud que se percibió el zumbido de un aeroplano que volaba por encima del río y luego, al despegar el aparato, sonó, también en el río, la vibración del motor de una gasolinera.

La presencia de un aeroplano y de una motora en el río, en aquellos momentos, llamó la atención de varias personas y más tarde debía asumir el hecho un significado particular.

De pronto desapareció la tensión provocada por tan súbita catástrofe.

Las mujeres chillaron y algunas se sintieron atacadas de histerismo. Las almas más estoicas escudriñaron la niebla con la mirada y repararon en el boquete abierto en el costado del edificio, precisamente en el punto que había ocupado recientemente el despacho de Winthrop.

Los agentes de policía llegaron presurosos y gemían las sirenas de las ambulancias. El tumulto se hizo insoportable.

CAPÍTULO II

EL PLATEADO ARQUERO

EL edificio que albergaba las oficinas de la Compañía Naviera de Winthrop no era el más importante del sector de Wall Street, pero apenas escapaba al calificativo.

Tejados ornamentaban la mayoría de sus rascacielos y asimismo un tejadillo ornaba aquel de que nos ocupamos. Debajo había una especie de estudio presuntuoso cuyas paredes de cristal proveían de luz y calor a su ocupante.

La explosión había destrozado muchos de sus cristales. Milagro parecía que no hubiera derribado el estudio entero con la consiguiente pérdida de vidas humanas.

Una de sus habitaciones contenía numerosos bancos de trabajo y sobre ellos se habían colocado diversos estantes sobre los cuales había innumerables tubos de ensayo, retortas, microscopios, probetas, manos de almirez y líquidos embotellados.

Correcto es decir, en efecto, que "se habían colocado", no que estaban colocados, ya que en su mayoría estaban en el suelo. Es más; parte de los líquidos derramados originaban pequeños incendios.

Un ente original por demás se levantó de entre los vidrios rotos. Al hacerlo emitió un rugido y dio dos zapatetas en el aire, pues acababa de abrazarse levemente con el ácido que contenía uno de los frascos.

El rugido y la manera que tenía el individuo de saltar le daban un parecido extraordinario con un simio gigante, con un furiosos orangután. Y su aspecto no desconocía esta impresión.

Su frente era estrechísima, sus brazos gruesos y musculosos eran más largos que las piernas y su piel gruesa y velluda parecía erizada

de clavos mohosos.

Tenía, además, una boca tan extraordinariamente grande que llamaba en el acto la atención. Ella formaba una parte accidental, al parecer, de su agradable pero feísimo rostro.

—¡Habeas! —exclamó apenas hubo recobrado, en parte, la calma.

Un cerdo apareció, galopando, en su campo visual. Venía gruñendo, excitado, y era de lo más grotesco que darse pueda, aun entre la especie porcina.

—¡Que el demonio me lleve, Habeas! —le dijo el hombre sonriendo—, si no he creído por un momento que ese picapleitos de Ham te había lanzado una granada a los pies.

Alguien trataba de abrir en aquellos momentos una puerta contigua, asestándole repetidos puntapiés. Al cabo, la madera crujió y se abrió la puerta. Un hombre penetró en el interior del estudio. Era un individuo esbelto, que vestía a la última moda. En la mano empuñaba un bastón de caña negra.

Dirigiendo al hombre orangután una mirada fulminante exclamó con airado acento:

—Siempre he dicho, Monk, que tus experimentos en materia de química nos harían volar por los aires el día menos pensado.

Monk le miró, ceñudo.

—¡Calle el picapleitos! —murmuró.

Ham blandió el bastón.

—¿Conque no has sido tú? —interrogó—. ¿Quién ha sido entonces? ¿Un terremoto?

—¡Que me aspen si lo sé! —replicó el químico.

Tomó un aparato extintor de incendios y derramó su contenido sobre las llamas. Lamentaba los destrozos causados por la explosión en su laboratorio, porque éste era uno de los más completos del mundo.

Sólo le superaba en valor el perteneciente a Doc Savage.

Habeas Corpus, su favorito, retrocedió, para ponerse fuera del alcance del fuego, reparó en que el movimiento le había aproximado a Ham y se apartó prontamente de él. Ham y Habeas no simpatizaban.

Jamás lograban ponerse de acuerdo y el abogado había amenazado al cerdo en varias ocasiones, nada menos que con

hacerle picadillo.

Una vez extinguido el fuego, Monk arrojó lejos de sí el aparato extintor.

—Bueno, ahora vamos a ver lo que ha sucedido —murmuró.

—¡Excelente idea! —aprobó Ham, agregando en el acto, con deliberada crueldad:

—Parece mentira que haya surgido de tu cerebro.

Ambos salieron del estudio dejando en él al animal. Debido probablemente a la explosión, no funcionaban los ascensores y tuvieron que descender a pie la escalera del rascacielos. Aun así no tardaron en llegar al lugar de la catástrofe.

Ambos eran eficientes. Su prolongada asociación con Doc Savage les había acostumbrado y presenciaban sin conmoverse parecidas escenas de violencia.

El propio Doc parecía hallarse siempre a la sombra del peligro y de la destrucción. Sin perder tiempo, pues, ambos trabajaron descubrir la causa de la explosión.

Y tropezaron con un verdadero enredo. Paine Winthrop había muerto.

Además estaban heridos varios empleados de la Compañía. Los más lesionados por la catástrofe resultó ser una mecanógrafa, que, al caer sobre la mesa de trabajo, se había roto un brazo.

Los demás sólo se hallaban más o menos lacerados y contusos. Monk y Ham les interrogaron respecto a la causa de la explosión y ninguno de ellos supo contestar. La secretaria de Winthrop les aseguró, sin embargo, que no se trataba de una bomba, y a que ella no había observado nada anormal en el despacho de su jefe al salir de él momentos antes de entrar el señor Winthrop.

Antes de que Ham y Monk hubieran conseguido localizar los fragmentos del aparato, fuera el que quisiera, que había motivado la explosión, invadieron las oficinas de la Compañía Naviera una nube de reporteros y de agentes de policía.

Y como se corría peligro de hundimiento, estos obligaron a todo el mundo a descender a las oficinas del piso inferior.

Dichas oficinas pertenecían a una casa de comercio dedicada a la compra de objetos artísticos y de antigüedades, y anexas a ellas había numerosas habitaciones donde se almacenaban retratos, armas, muebles, armaduras, vestidos, etc, antiquísimos.

Los reporteros cayeron inmediatamente sobre Monk y Ham. Ambos eran una presa nada despreciable, ya que eran miembros componentes del grupo de ayudantes de Savage, y Doc era digno de figurar en la primera plana de los diarios.

—¿Trabaja el señor Savage en este caso? —interrogó, solícito, el reportero de un conocido seminario.

—No —repuso Monk malhumorado, porque la nube de reporteros les impedía a él y a Ham llevar a cabo sus investigaciones.

—Dejemos a Doc fuera de este asunto.

El reportero corrió junto al teléfono e informó al director del seminario: "Hemos hallado aquí a dos de los más importantes ayudantes de Savage que al parecer, trabajan en el caso relacionado con la misteriosa explosión. Han negado que Doc se interese por él, pero no hay que decir que esto no es cierto. El nombre de Doc contribuirá a dar importancia al hecho".

—¡Qué monada de chicos! —comentó Monk con acento de ironía.

Las imprentas modernas funcionan, hoy, con vertiginosa rapidez, de modo que, mientras los reporteros se agrupaban todavía en torno a nuestros dos hombres, llegaron al rascacielos ediciones extraordinarias de los periódicos de la noche.

Monk arrebató un ejemplar al vendedor y se retiró con Ham a una habitación contigua —cuyas parees estaban ornadas con antiguos retratos— para averiguar si se había mezclado o no a Doc en el caso recientemente surgido.

Él y Ham esperaban que la historia de la explosión ocupara la primera página del diario, mas con no poco asombro descubrieron que otro relato compartía los honores con el que a ellos les preocupaba. —A lo que parece— observó el abogado, expresándose con el ampuloso tono de voz (recuerdo de Harvard) que asumía en ocasiones —, vuelven a actuar esos condenados cabezas de plata.

Ambos recorrieron con la mirada los negros epígrafes y la historia que aparecía debajo. El relato les pareció, después de leído, de un efectismo infantil. He aquí lo que decía:

"ATACAN DE NUEVO LOS CRÁNEOS PLATEADOS. HOMBRES MISTERIOSOS SE APODERAN DE UN COCHE BLINDADO"

"Tras de apoderarse de un cuarto de millón, se desvanecen como de

costumbre."

"¡El terror vestido de plata vuelve a apoderarse de Nueva York! A las tres en punto de la tarde de hoy, esos hombres espantables, surgidos misteriosamente, han hecho fuego y derribado a los conductores y guardia defensora de un auto blindado que recorría las calles de Manhattan y han sustraído de él doscientos cincuenta mil dólares contantes y sonantes.

"Varían los cálculos hechos con relación al número de los ladrones. Algunos espectadores aseguran que eran veinte; otros dicen que eran solo cinco o seis. Lo cierto es que escaparon en un coche veloz y burlaron a al Policía al llegar a la orilla del muelle del "East River"

"Los hombres vestían unos monos plateados y capuchas igualmente argentadas les cubrían la cabeza dándoles un asombroso parecido con una calavera. Esta descripción les identifica con la banda que ha cometido otros atracos y asesinatos y a la cual conoce la Policía bajo el apelativo de la banda de Los Cráneos Plateados.

"El último crimen cometido por ella ha sido el hundimiento, realizado con singular sangre fría, del trasatlántico"Avallanti" orgullo de la Compañía transatlántica, en la bahía de la ciudad.

"Bedford Burgess Gardner, presidente de la Compañía citada, no ha sabido explicarnos la razón de semejante hundimiento."

—¡Hum! ¡Cuánta fantasía hay en eso! —comentó Monk.

—Como siempre, los periodistas se despepitan por darnos noticias sensacionales —dijo a su vez Ham, adhiriéndose a la opinión del químico, porque el pasado interrogatorio le tenía de mal humor.

—¡Los Cráneos Plateados! ¡Qué disparate, Santo Dios!

—Sí, el hecho es demasiado melodramático para ser creído —agregó Monk—. Yo dudo que exista una banda llamada así. ¡Estos periodistas!

Ni uno ni otro se habían molestado en dialogar en voz baja, por lo cual les oyeron los empleados de la Compañía naviera que se hallaban agrupados en un ángulo de la sala. Entre ellos figuraba Clarence Sparks. La sola mención de la banda le dejó helado visiblemente y a continuación pareció indeciso.

Titubeó un instante y después llamó en su auxilio a todo su valor.

Todavía no había confiado a nadie lo escuchado desde la parte

de afuera del despacho de Paine Winthrop, mas la incredulidad aparente de Monk le movió a hablar. Avanzó de costado hasta situarse junto al químico y le dijo, balbuceando.

—Caballero, se equivoca usted...

Monk miró de soslayo al inclinado semblante y el cuerpo débil de Sparks.

—¿Sabe usted algo? —preguntó.

Clarence se humedeció los labios con un movimiento nervioso de la lengua, antes de insinuar, tartamudeando.

—Supongo que... que... no me causará un perjuicio...

Monk y Ham sintieron un profundo interés.

—No. Diga usted —le rogó el químico.

Una profunda aspiración de aire levantó el pecho hundido del escribiente.

—Pues bien —dijo con voz vibrante por efecto de la excitación que sentía—. Como estaba con el oído atento junto a la puerta del despacho del señor Winthrop, le oí hacer la llamada telefónica que debía acarrearle la muerte.

—¡Demonio! Conque se trata de un asesinato, ¿eh? —exclamó Monk.

Clarence replicó crispando los puños:

—¡Justamente, caballero!

—¿Con quien habló Winthrop?

—Con el jefe secreto de Los Cráneos Planteados —susurró Sparks.

—¡Caramba, caramba! Y ¿cuál es su nombre, lo sabe usted?

Clarence respondió con voz sonora:

—Le oí decir a Winthrop por teléfono que...

Esta fue la última palabra que pronunció, aunque no el último sonido que emitió, porque de su boca escapase, de súbito un terrorífico alarido.

Al propio tiempo levantó ambos brazos por encima de la cabeza lo mismo que el aborigen cuando saluda al sol y hecho esto, tembloroso y empinándose sobre la punta de los pies, dio, lentamente, media vuelta.

Cuando hubo vuelto la espalda a Monk y Ham, ambos vieron el asta emplumada de la saeta que la atravesaba. El cuerpo de Sparks, delgado y ligero, produjo una especie de repiqueteo al caer.

Tras de haberse desplomado desapareció de él todo envaramiento, la cabeza rodó blandamente hasta oprimir contra el suelo una mejilla y con un fúnebre gorgoteo surgió un líquido escarlata de su nariz y boca.

Mas, ni Monk ni Ham se detuvieron a observar los fenómenos precursores de la muerte del infeliz. Ambos contemplaban el arquero que acababa de lanzar la saeta, extraño ser vestido con un traje de plata y de tan grotesco aspecto que les dejó atónitos.

CAPÍTULO III

EN BUSCA DEL ARQUERO

NO era un ser voluminoso. Parecía más bajo que Ham —que no era muy alto— y también flaco y huesudo, provisto de magro brazo y de musculosa pantorrilla. Su atavío era singular.

Consistía en un traje de plata cuya tela, semejante en todo a la metálica empleada para la confección de vestidos de baile de una revista, era toda de una pieza, por el estilo de un mono de mecánico.

Una capucha similar, elástica, se adaptaba a la cabeza y rostro del individuo.

Como las aberturas de los ojos, nariz y boca parecían manchas oscuras por contraste con el plateado brillo metálico del resto de la capucha, daba a la testa del hombre el aspecto de una calavera, de un cráneo de lata.

Un lujoso reloj de pulsera adornaba la muñeca de uno de sus delgados brazos. El plateado arquero estaba, de pie, en el umbral de la puerta del despacho contiguo y en la diestra empuñaba todavía un pesado arco medieval, objeto que sin duda había encontrado en una de las varias salas del departamento.

Mientras le miraban dejó caer el arco que chocó estrepitosamente con el suelo, y saltó hacia atrás. La acción sacó a Monk y Ham de su inercia y los dos se lanzaron tras del asesino.

Pero él cerró de golpe la puerta y la llave rechinó en la cerradura. Los dos ayudantes de Doc Savage descubrieron la solidez del paño al embestirle.

—¿Conque no existen Los Cráneos Plateados, eh? —dijo con sorna Ham.

Monk blandió el puño nudoso y de piel hirsuta.

—¡Tú lo afirmaste, picapleitos!

Sonrió e hirió la puerta con el puño. La madera se astilló, cedió un poco.

Más extensamente se astilló aún bajo un segundo puñetazo y luego se hundió, dejando abierto un agujero suficientemente grande para que pasara por él la velluda mano del simiesco químico.

Sin aproximarse mucho a la puerta, Monk buscó a tientas la llave, hallóla en su sitio y le dio media vuelta. De un empujón abrió luego la puerta.

Ham atravesó el umbral, bastón en mano.

—¡Aguarda, estúpido! —gruñó Monk, tirándole de una manga.

De una funda sobaquera, oculta de madera tan hábil que apenas se conocía, sacó lo que parecía ser un automático: la ametralladora perfeccionada por el propio Doc Savage, y con ella en la mano franqueó, de un salto, el umbral.

Teniendo en cuenta que el asesino acababa de penetrar en la misma habitación, la acción resultaba temeraria. Pero el químico llevaba puesto un chaleco a prueba de balas que le protegía el tronco y sabía, además, que el "gangster" de tipo moderno no suele tirar a la cabeza de su oponente. Ham le siguió pisándole los talones.

Él también llevaba un chaleco similar tan ligero y delgado que apenas hacía bulto debajo de la americana. Tampoco le molestaba demasiado.

Ambas prendas de su indumentaria se debían a la habilidad de Doc Savage, lo mismo que las ametralladoras. Los dos hombres penetraron, pues, en la habitación y allí abrieron una boca de a palmo mientras sus ojos buscaban azorados, en torno.

—¡Que raro! ¿Dónde se ha metido el individuo? —exclamó el químico, sin aliento.

Ham meneó la cabeza, asombrado, y blandió el bastón con un impulso maquinal. Su presa no se hallaba en el interior del despacho.

Para colmo se hallaban cerradas sus dos ventanas y el abogado sabía que aquel rascacielos tenía una pared lisa y empinada de modo que ni siquiera los llamados "hombres —moscas" hubieran logrado escalarla valiéndose de los métodos usuales.

Monk se lanzó a la carga describiendo una vuelta entera en

torno de la pieza, tiró de la costosa tapicería que ornaba una de las paredes, frunció el ceño al no descubrir tras de ella ninguna salida, y fue a levantar una punta de la alfombra, sin hallar trampa o puerta alguna secreta.

—Las ventanas tiene las fallebas levantadas —le dijo Ham.

—Pero ese pájaro de pinta no puede haber volado… —Monk se tragó el resto de la frase, corrió a una ventana y levantó el bastidor de cristal.

Ham se colocó, de un salto, junto a él y ambos miraron a la calle.

—Por fuerza debemos tener los cerebros embotados —observó disgustado, Ham, después su examen.

—Habla por ti —gruñó Monk; colocó una mano sobre el alféizar de la ventana y saltó por el hueco abierto… aparentemente al espacio.

Ham le siguió sin vacilar, instintivamente, cuidando de no descomponerse.

Sólo muy raras veces se olvidaba que el rascacielos constaba de escalones a modo de pirámide y que uno de ellos se hallaba al nivel de las oficinas de la Compañía naviera. Sin duda había huido por aquel lugar el asesino, tras de cerrar la ventana con objeto de confundir a sus perseguidores.

Monk señaló:

—¡Ha huido por aquí!

El polvo y el hollín de la ciudad manchaban el escalón y en él eran perfectamente visibles las huellas dejados por el arquero. Los dos hombres las siguieron en torno al edificio. Desaparecían debajo de una ventana abierta en el costado opuesto. Monk y Ham se encaramaron a ella y se hallaron en una pieza llena de cubos, estropajos y paños, usado evidentemente por los porteros de la casa. En ella no descubrieron rastro del asesino del traje de plata.

Un corredor, desierto a la sazón, se extendía al otro lado de la puerta del aposento y nadie apareció en él hasta emitir Monk un alarido de rabia.

Dos agentes de policía asomaron entonces a la puerta de las oficinas de Los Siete Mares.

—¿Qué pasa? —deseó saber uno de los agentes.

—¿Adónde ha ido el asesino? —interrogó a su vez Monk.

El agente abrió la boca.

—¿Un asesino? —repitió—. Oiga: ¿de qué está usted hablando?

Y esta fue la primera noticia que tuvo la Policía respecto al asesinato del infortunado Sparks, ya que, en efecto, el apocado escribiente había muerto; la saeta le había atravesado el corazón. Esto fue lo que la Policía descubrió después de examinar su cadáver.

¿Dónde se había metido el criminal? El misterio tardó en aclararse unos quince minutos, al cabo de los cuales una voz excitada gritó desde las regiones bajas de la casa que se había encontrado allí, sin sentido, a un bombero.

Monk y Ham se lanzaron escaleras abajo sin pérdida de tiempo. El bombero en cuestión tenía espeso cabellos rubios, hecho que muy posiblemente le había salvado la vida, pues a juzgar por las trazas había recibido un golpe terrible en la cabeza. Junto a él aguardaba un agente de policía a que llegara el médico llamado.

—Yo me encargo de reanimarle —dijo Ham—. Poseo un sistema infalible.

Desenvainó la hoja de su bastón —estoque y los espectadores vieron que la punta estaba impregnada de una gruesa capa oscura de una substancia ligeramente pegajosa.

En realidad la substancia era una droga que producía inconsciencia. ¡Pobre de aquel a quien tocase Ham con la punta del estoque!

Con la punta del dedo el abogado tomó un poquito y la aplicó a la lengua del desmayado bombero. En pequeña dosis, la droga era un estimulante; administrada en cantidad producía la inconsciencia. El bombero revivió casi al instante.

—¿Qué te ha sucedido? —le interrogó presuroso Ham.

—No sé —murmuró el hombre, palpándose la cabeza.

—¿Quién te ha atacado? —tornó a decir Ham.

—Un hombre vestido con un traje fulgurante —fue la contestación—. Apenas le hube visto, cuando ¡Zas! me golpeó con la culata de un revólver.

La habitación donde se hallaban era una pieza de hormigón situada más bajo que el nivel de la calle, verdadero infierno donde hervían las calderas generadoras del vapor destinado a la calefacción de los radiadores y del agua caliente para los lavados.

Movido por una súbita inspiración —Ham era hombre despierto, a pesar de las burlas con que le zahería Monk— Ham se aproximó a una de las calderas y escudriñó su interior con la mirada.

De pronto se estremeció violentamente e hizo ademán de introducir el estoque en la caldera, pero cambió de idea y se valió de una barra que encontró por allí. Con ella extrajo de la caldera una masa arrugada, los restos de una tela metálica.

—Este es el traje que llevaba el asesino —decidió.

—En este caso, se halla en el interior del rascacielos —dijo el químico—. Lo ha quemado porque vigila todas las puertas la Policía y no deja salir a nadie a la calle.

Ninguno de los presentes reparó en un individuo que estaba de pie detrás de ellos, junto a al puerta. Era este individuo un ser flaco y huesudo, con la cara tiznada por manchas de grasa y de polvo.

Vestía el traje verde que caracterizaba a los conserjes del rascacielos y precisamente porque era uno de ellos nadie le prestaba atención. Pero la merecía.

Sus facciones no le traicionaban; sin embargo, cogía el vuelo hasta la menor palabra de cuando se estaba hablando. Su cara de imbécil, su corta barbilla redonda y menudos rasgos eran de un color enfermizo, grisáceo.

La pelada cabeza se asemejaba a una vieja bola de billar manoseada por los sucios dedos de los jugadores. En la muñeca derecha lucía un lujoso reloj de pulsera.

El hombre miró por encima del hombro en un momento, como si estuviera deseando salir de la habitación. Y, en efecto, a poco salió al corredor, pero muy despacito para no despertar sospechas.

Como encontrara al paso un aparato telefónico, marcó un número en el disco. Una voz ronca, susurrante, fingida sin duda alguna, le contestó.

—Esto no marcha —anunció el conserje del traje verde.

—Pues, ¿qué sucede, Bugs? —le preguntó la voz susurrante.

—Por aquí andan dos de los ayudantes de Savage —repuso el llamado Bugs con el pálido rostro redondo pegado al auricular.

La voz susurrante profirió un juramento.

—Lo he leído en la última edición de la tarde —dijo—. ¿Cómo demonios se hallan envueltos en el caso?

—Uno de ellos, llamado Monk, posee un laboratorio en la cúpula

del rascacielos —le notificó Bugs.

Su explicación provocó nuevos juramentos de la voz susurrante.

—De haber sabido eso, hubiéramos empleado otros métodos para desembarazarnos de Winthrop —observó a continuación—. Tal y como van las cosas, no nos conviene tener sobre la pista a ese sabueso de Doc. Es hombre sobrehumano. Un sabio, un genio en cuestión de ciencia y tan fuerte como un Hércules. Que no se meta con nosotros o de lo contrario sacará tajada del asunto.

—Mi amo —murmuró Bugs—. Aún me resta otra novedad que comunicarle.

—Sepamos de qué se trata.

—Un escribiente de Winthrop estuvo con el oído pegado a la puerta de su despacho mientras sucedía... lo que usted sabe. Ignoro lo que habrá oído de la conversación, pero el caso es que ¡le he quitado de en medio! Lo he hecho en el mismo instante en que iba a confiarse a los dos hombres de Doc.

—¡Imbécil! —murmuró la voz entre dientes—. No puede comprometerme nada de lo que he dicho por teléfono.

—Yo nada sabía —protestó Bugs lloriqueando:— Temí que nos descubriera. Llevaba puesto todavía el traje plateado, me apoderé de un arco y de una saeta que hallé a mano... y le arrojé la flecha.

—¡Habráse visto idiota! —comentó la voz—. Ir a realizar tal hazaña delante de dos hombres tan inteligentes como todos los que sirven a Doc.

—Escapé con bien, no crea —le aseguró Bugs—. Mas para evitar que se descubran mis huellas dactilares y que se siga la pista de la tela plateada, me he visto obligado a quemar mi traje y a descargarle un golpe en la cabeza a un bombero, por si trataba de impedirlo.

Varios segundos de silencio sucedieron a estas palabras como si el jefe distante estuviera sumido en hondas reflexiones.

Impaciente por la espera, Bugs comenzó a hablar de nuevo.

—Si no hubiéramos acogotado al «viejo» Winthrop... —insinuó.

—¡Era necesario! —le recordó la voz—. De haber podido hacerlo legalmente, Winthrop no hubiera titubeado en despojar a un huérfano. Esto fue justamente lo que me engañó. Mas, a su manera, tenía una idea del honor; quizá temiera a la Ley. De todos modos estaba dispuesto a entregarnos a la Policía y sabía mucho, sobre

todo respecto a la faena, realizada en su astillero.

—Bien, los dos hombres de Savage andan husmeando por todas partes. ¿Qué haremos? ¿Dejarles que husmeen, no? Después de todo, no disponen de pruebas.

—No te preocupes, ya las hallarán. Esos hombres son brujos y el propio Savage es más que un hombre de carne y hueso. ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Qué? —deseó saber Bugs.

Tras de una pausa, replicó la voz:

—Escucha.

Y a continuación le dio una serie de órdenes sucesivas a las cuales replicaba Bugs que había comprendido. Una expresión de maligno placer le distendió las facciones a medida que oía desarrollarse los planes del jefe.

Consultó la hora en su lujoso cronómetro.

—Bueno, ya están «listos» —dijo, finalmente, con una sonrisa.

Colgó el auricular y retrocediendo por los laberínticos pasillos del rascacielos no paró hasta dar con Monk y Ham. Una vez en el cuarto de las calderas permaneció en el fondo al acecho de los dos hombres.

Nadie le había visto entrar, así como tampoco le viera salir de la habitación.

Con frecuencia consultaba la hora como si aguardara algún acontecimiento.

En cuanto a Monk y Ham, habían renunciado a la esperanza de arrancar al rubio bombero valiosos informes. El mozo había vislumbrado solamente una grotesca figura humana vestida de plata y las cenizas del costoso disfraz, sedimento informe de metal retorcido no aportaba prueba alguna eficiente.

—Ni el propio Doc sería capaz de deducir nada de esto —dijo el químico, indicando con un gesto la tela quemada.

Ham iba a asentir con una breve inclinación de cabeza, pero se abstuvo de ello. No formaba parte de su política estar de acuerdo alguna vez con su camarada.

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! —exclamó—. Subamos al piso donde habían las oficinas de la Compañía y examinemos el lugar afectado por la explosión.

—La Policía lo ha hecho —gruñó Monk.

—Sin encontrar lo que ha motivado la catástrofe —replicó el abogado.

Su réplica pareció zanjar la cuestión y él y Monk se dispusieron a subir la escalera, en vista de que todavía no funcionaban los ascensores.

El rascacielos tenía no una sola planta baja, sino tres, una debajo de otra, y como las calderas se encontraban en la más baja o sea en lo profundo del rocoso suelo de la isla de Manhattan y probablemente debajo del vecino «East River», que era muy ancho en este punto, los dos hombres se encontraron, así qué hubieron ascendido un piso, en la segunda planta.

En ella tropezaron con un agente de policía. Era un teniente, mas, así y todo se mostró deferente en grado sumo, pues Monk y Ham poseían grados honoríficos superiores al suyo.

—Se sabe algo más, caballeros, y como les supongo deseosos de obtener cuanto antes nuevos informes… —les dijo.

—Desembuche y no se ande por las ramas —le invitó el químico.

El oficial les explicó rápidamente:

—La verdad es que estamos perplejos respecto a la causa de la explosión que ha matado a Winthrop, aunque, desde luego, quizá se descubra algo nuevo cuando se hayan llevado a cabo las pesquisas más minuciosas. Por de pronto no hay que desperdiciar ningún dato. Es posible que haya provocado la explosión una bomba arrojada sobre el rascacielos desde un aeroplano. Sabemos que un aparato ha volado sobre el río muy cerca de este edificio en el momento de la explosión y asimismo que una lancha motora surcaba también sus aguas a la misma hora.

Ninguno de los tres reparó en Bugs, que erraba por allí cerca con el oído atento.

—¿Y se ha logrado identificar ese aeroplano? —inquirió Monk.

—Les sorprendería a ustedes la memoria que se desarrolla en las gentes siempre que algún hecho extraordinario despierta su atención —replicó el oficial—. Cabe suponer que aquellas personas que presenciaron la explosión han debido preguntarse si podría deberse a la bomba arrojada desde un aeroplano, porque varias nos han proporcionado el número impreso sobre la cara inferior de una de sus alas.

—¡Magnífico! —aprobó Monk—. ¿Hay algo más?

—Sí señor. Dos cargadores del muelle han identificado también la lancha motora. Aseguran que la tripulaba un hombre solo y no es improbable que el individuo en cuestión, haya también presenciado el lanzamiento de la bomba.

—La niebla es muy espesa —observó entonces Monk.

El oficial de Policía aprobó con un gesto maquinal. De uno de los bolsillos de la chaqueta extrajo un librito de notas, lo hojeó y dijo al cabo:

—El propietario del aeroplano es un caballero llamado Gilberto Stiles; el dueño de la gasolinera es un pescador cuyo nombre y apellido es algo así como... veamos... Gugillello Bellondi. El aviador habita en la calle Ochenta y Cinco de «Jackson Heights»; y el pescador vive en la «Sand Strett» de Brooklyn.

Bugs, que le estaba oyendo, se volvió con disimulo, sacó papel y lápiz de uno de sus bolsillos y apuntó los dos nombres y la dirección de ambos desconocidos, porque no se fiaba mucho de su memoria.

Acompañados por el oficial de Policía, Monk y Ham ascendieron al tercer piso de la planta baja.

—Lo mejor será que pongamos al corriente de este caso a Doc Savage —sugirió Monk, mirando al abogado.

Ham dijo:

—Ya se me había ocurrido la idea.

En el vestíbulo de la casa había un número determinado de cabinas telefónicas. Monk se metió en una de ellas y como descubriera que la pasada explosión no había afectado para nada la línea, marcó en el disco del aparato el número de la vivienda de su jefe.

—¿Doc? —inquirió después.

La pregunta era innecesaria. La voz sonora del hombre de bronce era inconfundible.

—Acabo de leer la edición extraordinaria de los periódicos de la noche —le oyó decir Monk—, y por consiguiente, ya estoy enterado de lo sucedido, ¿La explosión ha causado muchos destrozos en tu laboratorio?

—Algunos —confesó Monk—, pero no te llamo por eso, Doc. Te llamo porque quiero decirte que aquí pasa algo anormal entre bastidores.

—¡Cuidado! Entonces no vayamos a enredarnos en aquellos

procedimientos empleados por la Policía —le recordó Savage.

—Ya sabía yo que te interesaría el caso —exclamó a su vez el químico—. Es de los más singulares que puedes imaginarte. Por de pronto nada demuestra lo que ha producido la pasada, explosión... o si lo demuestra aún no ha sido descubierto. Después ha sido asesinado un tal Clarence Sparks, empleado de la Compañía, por un hombre vestido con un traje plateado...

—¿Qué dices? —interrogó vivamente Doc..

—Que un pájaro de cuenta vestido con un mono argentado y cubierto cabeza y rostro por una capucha del mismo material ha arrojado a Sparks una flecha en el momento mismo en que nos disponíamos a interrogarle. Por lo visto, Sparks sabía algo.

—¿Se parecía el asesino a los extraños seres revestidos de plata que, recientemente, han cometido una serie de robos en gran escala y que asimismo han hundido el vapor «Avallantia» de la Compañía Transatlántica?

—Es evidente. Yo creo que el individuo en cuestión pertenece a la banda de Los Cráneos Plateados.

Doc Savage guardó silencio un instante, como si reflexionara, y de pronto surgió del auricular un sonido indescriptible.

Monk se puso rígido al oírle; le conocía de antiguo. Era un pequeño acto inconsciente llevado a cabo por el hombre de bronce en momentos de una extraordinaria excitación mental.

De ordinario surgía antes de que acaeciera algún suceso notable; con frecuencia denotaba que Doc acababa de descubrir un hecho oscuro que más tarde debía poseer suma importancia.

—Monk, ¿no has reparado en la rareza de los robos llevados a cabo por los llamados cráneos plateados? —preguntó, inesperadamente, Doc.

—¿Aludes a los singulares disfraces que han adoptado esas gentes? —deseó saber el químico.

—No me refiero a eso —replicó su jefe—, sino a la rareza de los robos en sí. ¿Has reparado en ello?

—No, por cierto. ¿Cuál es?

—Que se haya asesinado a un número determinado de hombres al propio tiempo.

—¡Ya! Pero eso sucede siempre.

—Es que en estos casos los hombres asesinados eran poderosos

—le explicó Doc pacientemente—, y en uno o dos de ellos los robos llevados a cabo han sido insignificantes. Ejemplo de ello es el hecho que voy a relatarte.

—Te escucho.

—Hará cosa de dos semanas que la banda de Los Cráneos Plateados o, para ser exactos, siete de esos individuos, ocuparon una pequeña estación de gasolina de Long Island —le explicó Doc —. La estación es muy pequeña y jamás ha habido en ella no más de unos cuantos dólares en caja. Pero cierta “limousine” acababa de entrar en su recinto para proveerse de gasolina. Ocupaba el coche un caballero acaudalado nombrado Kirkland Le Page que fue muerto a tiros de revólver. En ese momento, el dueño de la estación estaba tendido en tierra, por lo cual no pudo ver qué fue lo que provocó semejante agresión. Por otra parte guiaba la “limousine” el propio Le Page.

—Recuerdo lo sucedido —dijo Monk, interrumpiéndole.

—Pues bien: Kirkland Le Page era Vicepresidente de la Compañía Transatlántica, propietaria del buque “Avallantia”, hundido más tarde por Los Cráneos Plateados.

—¡Caracoles! —exclamó Monk—. ¡Detrás de todo eso hay algo grande!

—Exactamente —repuso Doc.

Monk se mantuvo junto al aparato, sumido en sus reflexiones. En su mente daba vueltas y más vueltas a la reciente explicación de Savage. Pausadamente meneó varias veces la cabeza.

Hubiera asegurado que Doc se preparaba a indagar todo lo concerniente a Los Cráneos Plateados y que aun en caso de no haber ocurrido la explosión en el rascacielos, nada lo hubiera desviado un ápice de la línea trazada.

Monk abrió la boca. Se disponía a continuar la conversación interrumpida, pero entonces sucedieron más cosas.

A sus espaldas, en el vestíbulo donde había dejado aguardándole a Ham, acompañado por el oficial de Policía, sonó un grito ahogado. Al grito siguió el ruido de pasos precipitados sobre el suelo del vestíbulo. Se oyó un nuevo grito, luego un disparo.

Monk trató de volverse.

La cabina era pequeña y, sus hombros de una anchura exagerada, de modo que no lo consiguió de momento. Para poder

girar sobre sus talones tuvo que retorcerse como una serpiente.

La cabina tenía ventanas de cristal que de pronto cedieron con significativo crujido. Sus fragmentos cayeron en lluvia sobre el químico.

Entonces vislumbró el brillo de una mano calzada con guante de plata. La mano empuñaba un revólver.

Monk distinguió solamente el guante de plata y el arma pesada que empuñaba. El arma le amagó un golpe dirigido a la cabeza; él trató de esquivarlo. Sin embargo la cabina era reducida y el automático cayó de lleno sobre la coronilla de Monk.

Entonces se desplomó y ya no sintió los dos golpes consecutivos que le asestaron con una ferocidad criminal.

CAPÍTULO IV

DOS ASESINOS

DOC Savage oyó los sonidos aterradores producidos por los golpes asestados en la cabeza de su camarada, que no había tenido tiempo de colgar el auricular de su gancho, y, por consiguiente, que el aparato telefónico reproducía.

El hombre de bronce prestó atento oído. El ruido se producía con claridad suficiente para que él dedujera lo que acababa de suceder. Luego, del otro lado de la línea le llegaron gruñidos, roces significativos, apagados.

Era que sacaban a rastras el cuerpo de Monk de la cabina. Al propio tiempo debió ser colocado el auricular en su sitio porque sonó un ¡clic! metálico y se hizo súbito silencio.

Doc había estado inclinado sobre una mesa maciza de hermoso tablero incrustado, durante su conversación con el químico. Ahora se enderezó y la acción puso de manifiesto la imponente figura que ya conocemos.

Se hallaba en el despacho de su departamento, pero con la velocidad del rayo salió al pasillo. Sus movimientos, pausados en apariencia, se caracterizaban, sin embargo, por una celeridad extraordinaria.

Por ello, escasamente tres minutos después del desastre acaecido a Monk, se hallaba en la calle y en el interior de su magnífico “Roadster”. Apenas hubo penetrado en él, oprimió un botón y sonó una sirena debajo del capot.

Al oírla se apresuraba la policía a abrirle paso.

Doc bajó con el coche por el Broadway y por espacio de un buen rato la aguja del velocímetro marcó más de sesenta millas por hora.

Había equipado al “Roadster” con una pequeña estación de

radio, de la cual se servía para ponerse al habla con los tres miembros restantes que componían el grupo de sus cinco ayudantes famosos.

Mas ninguno de los tres se encontraba en Nueva York a la sazón. Johnny daba una serie de conferencias sobre arqueología y geología en una Universidad londinense.

Long Tom —que se hallaba asimismo en Europa— alternaba sus experimentos con los de un conocido sabio. Trataba nada menos que de confeccionar un aparato —sueño dorado de Tom— que, una vez perfeccionado, se utilizaría para la destrucción de insectos mediante ondas eléctricas ultracortas.

En cuanto a Renny, el conocido ingeniero, iba camino del Africa del Sur, preocupado por la instalación hidroeléctrica de cierta maquinaria cuyo proyecto tenía para él un interés capital.

Por vez primera en muchos meses tenía Doc, pues, que actuar solo, prescindiendo de la ayuda de tres de sus célebres ayudantes, cada uno de los cuales era maestro en una profesión determinada.

Cuando le separaban solamente unas manzanas del edificio afectado por la explosión, paró la sirena. Frente al rascacielos se apiñaba una multitud excitada. ¿Qué sucedería?

Detuvo el coche dejándola ante la esquina más próxima y avanzó a buen paso, deseoso de saber lo ocurrido a Monk y Ham.

Por el camino cogió al vuelo los comentarios de la gente.

—¡Han llegado en un camión blindado! —decía un hombre.

Una mujer le contaba a una amiga:

—¿Te has fijado cómo iban vestidos? ¡Con monos de plata!

—Y en los rostros llevaban también máscaras plateadas; ¡qué miedo! —repuso la amiga.

Doc siguió avanzando y oyó exclamar al conductor uniformado de un autobús:

—¡Los malhechores salieron en el mismo coche que los había traído!

—¿Reparaste, muchacho, que al salir del edificio arrastraban consigo a dos hombres? —le preguntó un compañero.

—Pues ya lo creo. Me parece que estaban muertos.

Las inalterables facciones de bronce de Doc Savage no variaron de expresión. No es que fuera insensible. La verdad es que poseía un completo dominio de sí mismo como resultado de su constante auto

educación.

Un oficial de policía —el mismo individuo con quien trabaran conversación Monk y Ham— respondió a sus preguntas. Doc tropezó con él al llegar frente al rascacielos y el hombre se apresuró a saludarle.

—Han sido Los Cráneos Plateados —explicóle antes de que él le interrogara—.

Han llegado en un auto blindado y se han abierto camino por entre la muchedumbre derribando, de paso, por tierra, a dos transeúntes. Entraron como saetas en el vestíbulo, en él se desembarazaron, a puñetazo limpio, del conserje y después se apoderaron de Monk y de Ham.

—¿Estaban muy malheridos? —deseó saber Doc.

—Lo ignoro. Ambos han recibido golpes en la cabeza asestados con una porra —replicó mascullando—. A Ham le cogieron cuando estaba detrás de mí; nos sorprendieron a los dos por la espalda; Monk se hallaba en el interior de una cabina telefónica y no le dieron tiempo de salir.

—¿Fueron muy fuertes los golpes asestados?

El oficial se humedeció los labios.

—Mucho, sí —replicó;— tanto que no me atrevería a asegurar que vivieran cuando se los llevaron a rastras.

—Y, ¿qué sabe respecto al camión blindado? Coches así no se ven con frecuencia, por las calles de la Ciudad.

—Al parecer es propiedad de una compañía que lo tiene destinado al pago de nóminas de sus empleados, que fue substraído poco antes de llegar aquí los malhechores.

—Le felicito por su excelente trabajo —declaró Doc—. Veo que en poco tiempo ha reunido valiosos informes. ¿Se ha seguido al camión?

El oficial sonrió.

—Lamento tener que decirle que se ha evaporado como el humo —replicó—. Le busca, naturalmente, todo coche equipado con una emisora de radio de que dispone el Cuerpo de Policía y, o mucho me engaño, o pronto daremos con él. No es posible que escape.

Doc no emprendió por sí mismo la caza desesperada del camión. Conocía la eficiencia de la policía metropolitana, porque en la época en que se inauguró el sistema moderno de persecución y

búsqueda por medio de los coches equipados con aparatos de radio, él formaba parte de la Junta informadora.

Un vehículo tan destacado como aquel camión no podría llegar muy lejos sin ser descubierto.

Lo primero que hizo fue, pues, examinar la plateada masa semifundida hallada por Monk y Ham en la planta baja del rascacielos.

Se le trajo un maletín que llevaba consigo en el coche, y valiéndose de los químicos ingredientes que extrajo de él, Doc probó la plata.

—Es plata acuñada —afirmó luego.

—¿Eh? —exclamó el oficial.

—Digo que la tela con que se ha confeccionado este mono ha sido tejida con finísimos hilos de metal, extraído, mediante una fundición, de dólares de plata —le explicó el hombre de bronce.

—¿Prueba eso algo?

—Tan sólo una cosa: que uno o varios de los malhechores que integran la banda de Los Cráneos Plateados son hábiles artífices, ya que, al parecer, labran con sus propias manos los trajes que visten. Si sus disfraces fueran comprados es casi seguro que para su confección se hubiera empleado una plata distinta.

El oficial aprobó con un gesto la explicación. No le sorprendía mucho porque sabia, por referencias, la habilidad detectivesca de Doc Savage.

Este no perdió en examinar el siniestrado despacho más tiempo del puramente indispensable, bañando a continuación, mediante diversas soluciones químicas, las manchas de pólvora que halló en la pieza.

—Su demolición se debe a los efectos del trinitrotolueno —declaró después.

—¿Eh?

—Del T. N T. —repitió Doc pausadamente—, el famoso explosivo utilizado durante la pasada gran guerra.

—¡Oh!

El hombre de bronce introdujo la diestra en los boquetes y hendiduras abiertas en la pared del despacho por la explosión y extrajo de ella varios trozos de acero. Cuando los tuvo reunidos los examinó.

—También hemos recogido y enviado a los peritos diversos fragmentos de ese metal —manifestó el teniente—. Y ahora esperamos que nos comuniquen si ha sido o no una bomba lo que ha originado la explosión.

—Ha sido una bala de extraordinaria fuerza explosiva.

—¡Caracoles! —exclamó asombrado el oficial—. ¿Una bala, dice usted? Sin duda será de cañón.

—Es posible —concedió el hombre de bronce—. Se trata de un proyectil moderno y ha sido disparado por una pieza de artillería de tres pulgadas.

—Disparado ¿desde dónde? —quiso haber el oficial.

Interrumpió aquí el dialogo la llegada de un sargento que les traía la noticia de haberse encontrado el camión blindado. Un coche provisto de la correspondiente emisora de radio había dado con él. Se encontraba abandonado delante de la bahía.

El vehículo se había descubierto al fin, pero no sus misteriosos ocupantes del traje de plata, que ni siquiera habían dejado en él las huellas de sus dedos.

Tampoco se había podido hallar un solo testigo del abandono del camión realizado por la banda.

—Su hallazgo no nos sirve de gran cosa —dijo, en son de queja, el oficial de policía.

—No lo diga usted.

—¿Por qué, señor Savage? ¿De qué puede servirnos el hallazgo de un coche vacío?

—Si no mienten los periódicos —le recordó Doc—. Las Cráneos Plateados robaron un auto blindado apoderándose del cuarto de millón de dólares que transportaba. La hazaña ha sido llevada a cabo a primera hora de la tarde de hoy.

—Sí; naturalmente.

—La policía siguió al camión…

—…pero, le perdió de vista enseguida… —El oficial de policía se interrumpió bruscamente y lanzó un juramento castañeteando al propio tiempo los dedos.

—Eso es —dijo—. La policía, perdió todo rastro de ellos al llegar en coche frente a la bahía, es decir, en el punto mismo donde acaba de hallarse ahora el camión.

El oficial gritó impulsivamente:

—¡Voy a dar orden de que se registre, pulgada tras pulgada, toda esa parte de la ciudad!

—Pero, discretamente, ¿eh?

—Pierda cuidado —replicó el oficial de policía—. Enviaré allá agentes vestidos de paisano y lanzaré sobre los muelles a mis espías. Tengo alquilado un verdadero batallón y es muy eficaz. No puede darse idea de las cosas que llegan a descubrir.

—¿Es aficionado a las apuestas? —le preguntó Doc.

—¡Oh, sí, mucho! ¿Por qué me lo pregunta?

—Con objeto de que hagamos una. Yo afirmo que sus espías no van a servirle de nada en esta ocasión.

—¿Qué le mueve a albergar esa idea?

—La de que, por esta vez, no tratamos con criminales vulgares —explicó el hombre de bronce—. Y dudo muchísimo de que los latrocinios similares a los realizados a primeras horas de la tarde de hoy sean los que haya impedido, en el fondo, a organizarse a esa banda.

Tras de reflexionar un momento el oficial respondió:

—De todos modos, apuesto cincuenta dólares a que mis agentes nos darán alguna buena noticia.

—Bien. Aquel que de nosotros gane la apuesta cederá esos cincuenta dólares a la Caja de Ahorros del Cuerpo de Policía.

Un agente penetró, corriendo, en el despacho. Venía sin aliento y dijo con calor:

—¡Un hombre vestido de plata acaba de asesinar a Guillermo Bellondi!

Doc Savage interrogó:

—¿Quién es ese individuo?

—Un pescador que se hallaba con su barca en el río en el momento de la explosión —le explicó el oficial—. He creído que quizá habría visto lanzar una bomba desde el aeroplano que volaba, a la sazón sobre su cabeza y en consecuencia había enviado a su casa a un agente.

—Pero el agente le ha encontrado muerto —dijo el mensajero de tan mala nueva—. Una mujer afirma que poco antes de llegar a la casa nuestro enviado vió salir de ella a un ser extraño vestido con traje de plata.

—Así ¿el asesino ha huido? —preguntó el oficial, con un

gemido.

—Sí, por ahora —repuso el agente.

Dos Savage interrogó:

—Y de ese aeroplano que acaba de mencionar, ¿qué se sabe?

—Es verdad; me había olvidado de comunicárselo —replicó el oficial—. Pues es propiedad particular de un tal Gilberto Stilles que habita en la calle Ochenta y Cinco de "Jackson Heights".

—¿Cuál es el número de la casa?

El oficial se lo dijo y a continuación trató de hacerle una pregunta, mas no lo hizo, porque ya Doc corría, con la velocidad de una saeta, hacia la puerta del despacho.

Corría de tal modo que en un santiamén se encontró junto al "Roadster".

Una vez más le abrieron camino los agentes del tráfico y la subida por el puente de "Queernsborough", en dirección al Norte, y de allí a lo largo del "Northern Boulevard" "Jackson Reights", fue recorrida en un mínimo extraordinario de tiempo.

"Jackson Heights" es un distrito vecino a la playa de "Long Island", de la que no se halla muy lejos, y se caracteriza, por sus edificios divididos, sin excepción, en departamentos.

En torno a algunos de ellos divisó Doc, arriates hermosos y varios árboles, diseminados en el centro de una o dos de sus calles.

No se detuvo delante de la casa de Stiles. Detuvo y dejó el coche en una calle adyacente, lateral, a la sombra de las ramas inclinadas de un sauce llorón. Entonces dio media vuelta y echó a andar por la acera.

Al llegar a la esquina fue a doblarla, pero cambió de idea y siguió andando a paso largo. Se detuvo al llegar junto a un coche estacionado, cuya masa le ponía a cubierto de miradas indiscretas.

Actuaba de aquel modo a causa de un descubrimiento que acababa de hacer.

En la parte baja de la calle, frente a la casa de Stiles, había divisado, junto a un resplandeciente Sedán azul, a un individuo sospechoso. Era un hombre flaco y huesudo, de cara redonda y pálida.

Su cabeza calva se parecía a una bola de billar largo tiempo manoseada.

En diversas ocasiones Doc había visitado el rascacielos donde

Monk tenía instalado su laboratorio y con ocasión de sus visitas había visto, casualmente, a los componentes de la brigada de conserjes.

Su memoria era feliz. Jamás olvidaba una cara vista. El hombre situado en la parte baja de la calle era uno de los conserjes del rascacielos de Monk.

Lo que, desde luego, no podía adivinar, era que el desconocido fuera Bugs, el asesino de Clarence Sparks.

Le observó un instante sin que él se diera cuenta y dedujo que no estaba tranquilo. Algo le impacientaba.

El hombre se agitaba; fumó, uno tras otro, varios cigarrillos. Luego, paseó lo largo de la calle mirando sin cesar en dirección del alto edificio de ladrillos ante el cual se hallaba parado el Sedán.

En una ocasión se metió en el coche, pero salió al momento y se plantó con el ceño fruncido delante del edificio. Mientras le estaba mirando, su cara descolorida adoptó, de pronto, resuelta expresión y se metió en la casa.

Doc Savage eché a correr, y volvió junto al "Roadster". El asiento posterior se abrió bruscamente a la presión de su mano sobre un botón y metiendo en él la diestra extrajo una cajita cerrada por sólidas garras de resorte.

Con ella en la mano corrió de nuevo en dirección al Sedán azul.

Valiéndose de las abrazaderas aseguró la caja al chasis del coche en el punto que le pareció menos expuesto a las miradas. Luego siguió a Bugs hasta el interior de la casa de Stiles.

Se encontró en un vestíbulo de estilo español, ornado de columnas y balconcillos de hierro forjado y provisto de una alfombra muy usada.

De momento no vió a Bugs ni tampoco halló una guía de inquilinos de la casa de que pudiera echar mano.

El ascensor era automático. Se entraba en él, se pulsaba el botón correspondiente al piso deseado y se ascendía. Doc prestó oído.

¡El ascensor estaba funcionando!

Aquellos edificios eran todos similares en construcción. Doc se situó, de un salto, en un ángulo del vestíbulo. Allí encontró una escalera por la cual descendió a la planta baja.

AL encontrarse en ella buscó el cortacircuitos en el cuadro de la luz eléctrica. Todavía se escuchaba el sonido característico del

ascensor.

De pronto cesó.

Doc había cortado la corriente. Ahora la caja del ascensor permanecería inmóvil, en su sitio. A la carrera ascendió.

La caja del ascensor se había detenido casualmente en el sexto piso del edificio, que era el último de la serie. Un largo corredor se extendía delante de él provisto de muchas puertas. Doc guardó profundo silencio y aplicó el oído.

En la parte baja del pasillo giró, de súbito, el pomo de una puerta. Doc retrocedió, veloz.

Un nicho que probablemente defendía la puerta de un incinerador, le ofreció refugio y se incrustó en él.

Oyó abrirse la puerta y el roce de unos pies. Contó hasta seis personas, todos hombres. El taconeo de los zapatos de alta tacón de una mujer es muy característico y allí no había ninguna.

Uno de los hombres avanzaba delante de los otros, bastante separado de ellos. Poca después apareció.

Era, Bugs, que vio a Doc Savage (no podía ser de otro modo); se le dilataron las pupilas y un horror repentino le contrajo el semblante.

—¡Savage! —gritó—. ¡Cuidado!

Y al propio tiempo se palpó la ropa en busca de un arma.

Doc actuó con sorprendente rapidez. Sacó un brazo y golpeó a Bugs con la mano cerrada. No pretendía hacerle gran daño: así y todo el golpe le lanzó contra la pared opuesta del pasillo y le dejó instantáneamente sin sentido.

El arma que había tratado de sacar patinó sobre las baldosas del corredor.

Doc miró en dirección a su parte baja, se encontró con fantásticas siluetas plateadas, con rostros tapados e impenetrables y no había errado en sus cálculos. Eran cinco los hombres que tenía delante.

Tres de ellos empuñaban los revólveres, advertidos por el grito de Bugs. Las armas vomitaron fuego y atronaron el corredor, con sus estampidos.

Tuvo algo de irreal la rapidez desplegada por el hombre de bronce para volver a meterse en el nicho. Tan sólo unos músculos vigorosos y flexibles por el continuo ejercicio diario eran capaces de

actuar de manera tan segura y eficaz.

Sin dar en el blanco las balas arrancaron el yeso de las paredes y rompieron los cristales de una ventana que se abría al extremo del corredor.

—¡Acometedle! —gritó uno de los seres, del traje plateado.

—¿Bromeas, Ull? —gruñó otro.

Sucesivas detonaciones ahogaron tales palabras y así cabe dudar de que el llamado Ull se hubiera dado cuenta de que acababan de nombrarle.

A Doc no le pasó inadvertido el hecho y retuvo aquel nombre en los archivos de su memoria… para el caso de que saliera de allí con vida.

Era evidente que se encontraba en un, aprieto. Tenía por norma no llevar nunca encima arma alguna, y por consiguiente no disponía de una en aquellos momentos. Lo que sí llevaba consigo eran varios ingredientes químicos de su invención y se dispuso a utilizar uno de ellos.

Una de sus manos se perdió en el interior del bolsillo de la chaqueta y salió empuñando lo que hubiera podido tomarse por una bola de cristal.

Era un pequeño globo de finísimas paredes y, contenía un gas anestésico que poseía la singular propiedad de vaporizarse al contacto del aire.

Conteniendo el aliento, lo arrojó lejos de sí.

Rara vez aquellas bolas de gas habían dejado de coger por sorpresa a sus enemigos. Pero aquella vez fue una excepción, Doc aguardó. Sus enemigos no dieron ni la más pequeña muestra de que hubieran sucumbido.

Sin embargo, tampoco volvieron a gritar y cesó el ruido de sus pasos. AL propio tiempo se cerró la puerta de golpe. Era evidente que huían ante el gas…

Doc asomó la cabeza.

EL corredor estaba ahora vacío. Los enmascarados habían vuelto a su departamento. Entonces, salió de su escondite.

Casi al instante se tiró dentro del nicho porque se había abierto otra vez la puerta y por ella habíase arrojado un objeto poco más pequeño que una pelota de “baseball”.

No cabía dudar que el ser que la había arrojado intentaba

detener con ella a Doc. Pero, como para lanzarla había usado de más energía de la precisa, la pelota pasó por delante de Doc y estalló, de pronto.

La explosión estuvo a punto de destrozarle los tímpanos y levantó en torno suyo, nubes de polvo de yeso. EL edificio entero tembló.

El techo del corredor se astilló, se deshizo, se vino abajo con estrépito atronador. El suelo se hundió en parte.

Protegido como estaba por el nicho, Doc resultó ileso aunque envuelto por la nube de humo, yeso y astillas. La granada era muy potente.

Justamente delante de él había desaparecido el suelo del corredor, había caído al del piso inferior. En cuanto al cuerpo de Bugs, desapareció. La explosión le había arrojado, sin duda, lejos de allí.

Cuando se apagó el fragor de la explosión tornó a abrirse la puerta situada al extremo, del pasillo.

—¿Qué? ¿Le habéis dado? —preguntó la voz de Ull con acento chillón. Ull no era el individuo que miraba el corredor.

—Me parece que ya está listo —replicó otra voz—. ¡El pasillo está todo destrozado!

En este punto se dejó oír un fuerte grito doloroso.

—¿Qué es eso? —interrogó Ull.

—Es Bugs —le replicaron—, que ha sido herido por la explosión.

—Yo me cuidaré de él —dijo Ull.

Poco después sonó un disparo y ya no volvieron a oírse los lamentos.

—Bueno, ya, está curado —dijo Ull.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó el segundo bandido.

—Bajad, bajad todos, por la escalera de incendios —dispuso Ull —. De un momento a otro puede llegar la policía.

Doc Savage dio a Ull y a sus siniestros camaradas tiempo de escapar, pues no deseaba que volvieran a arrojarle más granadas, y cuando lo creyó conveniente, salió del nicho.

En el piso de abajo chillaban mujeres, los niños lloraban. Sin embargo, no parecía que la bomba les hubiera tocado.

Bugs se había transformado en un montón de trapos. No le había destrozado gran cosa la granada, mas el agujero de una bala le

atravesaba el cráneo de parte a parte, justamente a la altura de los oídos.

Ull había calculado bien el tiro. Con repugnante frialdad se había deshecho del compañero para que no hablara, y también era evidente que no había querido que el herido le dificultase la fuga.

De un empujón abrió Doc la puerta través de la cual se le había arrojado el proyectil y, apenas hubo penetrado por el hueco abierto, se paró, de pronto.

Sus pupilas doradas se posaron en un gran sillón de cuero que ocupaba el centro de la pieza.

En ella vió sentado a un hombre, pero no a un hombre vivo, pues su cuerpo estaba rígido. Quizá se debía también el envaramiento a la hoja del largo cuchillo clavado en su pecho y cuya punta sobresalía junto al respaldo de la butaca.

Junto a él había caído al suelo un libro y como se hallaba abierto por la primera hoja, Doc leyó el nombre allí escrito.

El nombre era Gilberto Stiles.

CAPÍTULO V

“RAPID” PACE

DOC Savage posó una mano sobre la muñeca del aviador y oprimió con sus dedos el punto donde hubiera latido el pulso de no estar muerto. No sorprendió ni una sola la pulsación.

El difunto había volado por encima del río en el instante de ocurrir la explosión. Lo mismo él, desde su aeroplano, que el pescador desde su lancha, debieron presenciar algún hecho inusitado.

Por él habían sido asesinados antes de que pudieran hablar o ser sometidos a un interrogatorio.

Ahora bien: ¿de qué medio se habían valido Los Cráneos Plateados para averiguar sus nombres? Doc sospechaba (poco adivinaba él hasta qué punto acertaba) que el responsable de todo era Bugs. Sólo que Bugs se había llevado ya su merecido.

De la calle ascendió hasta Doc el zumbido de un motor; vibró un momento y enseguida cesó. Doc Savage no miró al exterior. Temió que pudieran verle los asesinos y convenía que le tuvieran por muerto para que descuidaran su vigilancia.

Habíase desvanecido el coche azul cuando Doc se asomó a la ventana.

Entonces salió de la casa por la escalerilla de incendios y ligero, furtivamente, se acercó al “Roadster”.

Un movimiento casi imperceptible fue la sola cosa que le demostró que vibraba el motor del coche, tan silenciosamente funcionaba. Obediente a la presión del acelerador arrancó. Estaba provista de un embrague ultramoderno.

Doc oprimió uno de los numerosos botones que ostentaba el tablero de instrumentos y a continuación dio media vuelta a una

llave.

Pequeñas explosiones surgieron bajo el guardabarros y al pasar por delante de un tranvía, asumieron un volumen espantoso. Mientras Doc graduaba dando vueltas a la llave se oyeron palabras sueltas y señales telegráficas.

Un perito en la materia hubiera comprendido al punto que el hombre de bronce buscaba, a través de una longitud de onda ultracorta, un determinado transmisor.

Transcurrido algún tiempo, zumbidos regulares y breves, repetidos con un intervalo de tres segundas, surgieron del altavoz. Eran semejantes a campanadas, sólo que muy espaciados y se sucedían sin interrupción.

Doc hizo girar la llave a la derecha. Las señales cesaron. Tornó a darle otra vez media vuelta a la izquierda y volvieron los zumbidos a cesar.

Dándole todo su volumen sonoro al altavoz, dirigió la vista a la esfera que el aparato tenía encima. La aguja de esta esfera, semejante a una rosa de los vientos, señalaba el Oeste.

Doc llevó el coche en aquella dirección. El aparato de que acababa, de servirse era una brújula de radio que funcionaba de modo maravilloso.

Aquel aparato de direcciones era empleado por Doc para varios usos.

Por ejemplo: cuando trabajaban con él sus cinco ayudantes se servían de coches provistos también de transmisores de radio que se dejaban abiertos en todo tiempo y hora. Y con sólo darle media vuelta a la llave que movía la brújula podía Doc, localizar el más próximo de los coches.

La brújula tenía, también, otra utilidad. Doc había perfeccionado diferentes y diminutos aparatos transmisores automáticos cuyas baterías eran poco mayores que una caja de cigarros. Estos aparatos emitían una serie de zumbidos característicos y, unidos a ellos, iban gafas o agarraderas metálicas mediante las cuales podían asegurarse a un objeto cualquiera.

Por vía de precaución, Doc había fijado uno de ellos al Sedán azul.

De vez en cuando una media vuelta de la llave de dirección en el momento en que cesaban los zumbidos, hacíales surgir de nuevo

por el altavoz y le ponía sobre la pista del coche azul que corría delante de él.

Guiado por ellos, llegó a la isla de Manhattan, descendió por el túnel abierto bajo el Hudson en la parte baja de la ciudad, atravesó luego las vías del ferrocarril aéreo y, tras de correr unas cuantas millas, penetró en un barrio fabril.

El distrito finalizaba junto a la orilla del agua y entonces fue cuando Doc divisó al Sedán azul, vacío ahora, estacionado delante de una imponente y maciza verja de metal.

No era una verja de barrotes, sino que estaba compuesta de planchas de acero sólidamente unidas. Verdaderamente causaba respeto. En la puerta se había abierto una mirilla para el vigilante y sobre la mirilla un letrero decía:

«ASTILLEROS WINTHROP»
Paine L. Winthrop, Presidente

Doc avanzó apresuradamente y aplicó un ojo a la cuadrada mirilla de la verja. Al otro lado se extendían los astilleros, grotescos a causa de la niebla, con sus grúas, material apilado, y cadenas en movimiento.

Con todo, no parecía que se trabajase a aquellas horas.

Al lado mismo de la verja, por la parte interior, yacía un hombre tendido de espaldas. Con uno de los brazos se tapaba el rostro, como si estuviera sumido en profundo sueño. De su cabeza, empero manaba un hilillo de sangre que le empapaba el hombro de la áspera chaqueta.

Doc dio a la verja un empujón. No estaba cerrada con llave, por cuyo motivo cedió en silencio y le dejó paso franco. Entonces examinó al hombre tendido.

Era ya viejo y gastado por el incesante trabajo; tenía los cabellos grises y cruzaba su pecho una faja de guarda. Doc le tomó el pulso a pesar de que respiraba. Lo veía muy bien. Un arma pesada, quizá un revólver, le había derribado.

A juzgar por el carácter de la herida permanecería sin sentido todavía, algún tiempo; pero no estaba en peligro de muerte.

Doc se adentró en los patios del astillero. La humedad depositada sobre la tierra compacta formaba una especie de cieno sobre el cual veíanse huellas de pasos.

Pensando que las más recientes debían ser las dejadas por los

pies de Los Cráneos Plateados, Doc las siguió. Avanzaban en línea recta y ello indicaba un objeto determinado. Terminaban ante la puerta de un macizo edificio de ladrillo que cobijaba, sin duda, las oficinas.

Doc esperó fuera aplicando un oído atento.

Un empujón asestado a la puerta demostró que estaba cerrada con llave, mas, tras de un momento de trabajo con un finísimo instrumento de acero, saltó la cerradura.

La oscuridad era todavía más intensa al otro lado y se mezclaba a ella el suave calor de los radiadores que hervían, desafiando el frío penetrante originado por la neblina.

En la pieza, había una mesa escritorio, un aparato telefónico y varios bancos de madera. Fijo a una de las paredes, un calendario lleno de huellas de moscas.

Doc avanzó, pasó por una puerta abierta, tropezó con los gastados peldaños de madera de una escalera que ascendía al piso superior. En lugar de subirla, metió Doc la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó de él un puñado de polvo oscuro que se hubiera tomado por simiente de trébol.

Sólo después de haber derramado aquel polvo por el suelo subió la escalera.

En el primer rellano había una puerta abierta. Al otro lado un despacho amueblado con mayor lujo que el recibimiento de entrada.

Los cajones de su mesa escritorio estaban abiertos y esparcidos por el suelo los papeles que habían encerrado. Era como si se hubiera querido examinarlos apresuradamente.

En un cenicero colocado sobre su pie, junto a la mesa, se elevaba una ligera columna de humo.

Doc se le acercó. Contenía puntas de habano y de cigarrillos que ardían ahora por contacto con el papel quemado. Doc dedicó un examen a los encendidos fragmentos.

Parecían impresiones heliográficas. Lo singular del caso era que se habían roto en menudos pedazos y quemado cada uno de ellos por separado, después de lo cual se habían aplastado las cenizas, de modo que, a pesar de su destreza sin igual no pudo identificarlas el hombre de bronce.

No hacía mucho tiempo que se habían quemado y el cuidado

con que se había llevado a cabo la operación era de mal agüero.

Doc dejó caer las cenizas. De pronto se enderezó y aplicó el oído.

En la planta baja había sonado un ruido particular, muy fuerte. Parecía un disparo. Le sucedieron otros tres. A continuación se oyó un grito ahogado, inarticulado...

Doc no bajó la escalera. Rápido como el pensamiento se acercó a una ventana y la abrió, procurando no hacer ruido para que no le oyeran desde abajo. De debajo de sus ropas salió a luz un objeto que siempre llevaba encima. Era un flexible y resistente cordón de seda al extremo del cual iba unido un garfio plegable.

Enganchado al borde exterior del alféizar de la ventana, el garfio soportó el peso de su cuerpo, mientras descendía por el cordón de seda.

A la izquierda del punto donde tocó tierra había otra ventana y miró por ella al recibimiento.

El cristal de la ventana estaba sucio.

La oscuridad y la niebla contribuían a dificultar su visión. Por fortuna logró descubrir un punto menos empañado en el cristal y sus pupilas escudriñaron el recibimiento.

En él descubrió un pequeño automático del calibre veinticinco que sostenía una manecita calzada con un guante de piel de Suecia.

Doc sacó el pañuelo, la plegó y extendió sobre los nudillos de su diestra sin envolverlos para no dificultar el movimiento de los dedos. A continuación golpeó el cristal. El cristal se rompió.

El pañuelo le protegía los nudillos; sin embargo, no impidió que introdujera la mano por la ventana, y asiera la diestra que empuñaba el revólver.

La tela de la manga se hinchó sobre su brazo al efectuar la operación, y en la pieza sonó un alarido. El automático se cayó de la manecita insensibilizada por efecto de la presión ejercida sobre ella.

Doc acabó de romper el cristal, buscó y alzó la falleba; soltó a su víctima el tiempo justo para alzar el bastidor de la ventana y penetrar en el recibimiento.

Halló a su víctima buscando a cuatro pies el automático. Doc lo apartó con el pie.

La mujer no se había dado cuenta del todo de que lo era hasta

después de haberle arrancado el revólver —levantó la vista y exclamó, irritada:

—¡Máteme de una vez! ¿No es eso lo que pretende?

Era una joven realmente encantadora.

Doc examinó a la bella de una sola ojeada indiferente y enseguida miró al suelo.

Sobre sus planchas de madera distinguió diminutas partículas similares a simientes de trébol. Aquéllas estaban tal y como él las había dejado… excepto en cuatro puntos distintos. En ellos estaba el suelo chamuscado como si se hubieran disparado cohetes desde su nivel.

La hechicera desconocida se puso en pie, pisó, sin querer, una de las simientes y sonó una detonación estrepitosa. Ella dio un bote y miró a Doc con ojos centelleantes.

—¿Qué quiere decir esto? —interrogó, arreglándose el cabello.

—No se alarme. Se trata, de una precaución que he adoptado para saber si me siguen los pasos —explicó el hombre de bronce.

La desconocida se retocaba el peinado jadeando. De pronto apuntó con el brazo tendido a Doc.

Su diestra empuñaba un revólver gemelo del que acababa de arrancarle el hombre de bronce.

El brazo apuntaba, a un botón de su chaleco. La manga subida por el movimiento dejaba, ver el dorado reloj de pulsera. Desde su sitio, y no obstante ser tan ligero, oyó Doc el tic-tac del cronómetro.

—Va a cometer usted un error —advirtió a la bella.

—Lo cometeré si se mueve sin que yo se lo ordene —replicó ella.

Doc interrogó:

—¿Han tratado acaso de asesinarla? ¿Cree usted que yo tengo parte en ello?

Sus pupilas fascinaban a la muchacha.

—¿Cómo podría probarlo? —dijo, con amargura.

—¿Por qué no?

—Mi asaltante iba embutido en una especie de mono plateado y se tapaba el rostro con una máscara de plata.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—¿La tentativa de asesinato? Ayer. Ayer a esta misma hora, sobre poco más o menos —. Así diciendo, la desconocida accionó con el revólver sin desviar la vista del chaleco de Doc—. Por ello, al

salir adquirí los dos automáticos. He nacido y me he criado en el Estado de Montana y por ello sé manejarlos.

—¿Por qué trataba de asesinarla el hombre vestido de plata?

El revólver se inmovilizó.

—Eso es lo que yo quisiera saber —replicó la desconocida.

Doc la contempló fijamente, como si tratase de leer en su pensamiento.

Luego, lenta, pero decididamente, avanzó unos pasos.

—¡Que disparo! —gritó la muchacha.

Pero Doc, continuó avanzando y ella no hizo fuego. Retrocedió ante él, mordiéndose los labios, hasta que tocó con la espalda en la pared. El hombre de bronce alargó el brazo entonces y le quitó, sin esfuerzo, el automático.

—¡Imbécil! ¡No sabe lo expuesto que ha estado a recibir un tiro!

—Los tiros de esa arma de juguete no pueden atravesar el chaleco que llevo puesto —explicó Doc, sin perder la calma.

Ella se había metido el bolso bajo el brazo con objeto de que no se le cayera en el encuentro. Mas no hizo resistencia cuando él se lo quitó. Dentro había un tarjetero lleno. Las tarjetas ostentaban todas el mismo membrete:

Señorita Lorna Zane Secretaria particular de Paine L. Winthrop.

—¿Lorna?

—Para usted señorita Zane.

En silencio, Doc le devolvió el bolso tras de comprobar que contenía solamente una caja de polvos casi llena.

La desconocida tomó, abstraída, el bolso, lo abrió maquinalmente y pareció asaltarle una idea luminosa, porque abrió de súbito la caja de polvos y lanzó éstos a los ojos de Doc.

No había contado, sin embargo, con la rapidez desplegada, en todos sus movimientos por el hombre de bronce, que hurtó de cuerpo.

Los polvos le pasaron por encima de un hombro y se esparcieron en forma de blanca nube por el recibimiento.

La desconocida trató entonces de escapar, pero Doc la asió por un brazo.

Ella lanzó un grito de mera alarma, ya que Doc no le había hecho daño.

A sus espaldas sonó una detonación. Acababa de estallar una de

las simientes. Rápidamente le sucedieron dos, tres detonaciones más.

Doc giró sobre sí mismo con la rapidez de un torbellino. Lo primero que vio fue una silla grande y pesada. El mueble describía un arco en el aire y parecía asestado de modo que venía en línea recta sobre él.

Doc se echó atrás, ladeándose, y esquivó la silla.

—¡Condenación! ¡Parece usted un rayo encadenado! —exclamó el individuo que le había arrojado la silla, a la cabeza—. ¡Un rayo encadenado!

Producía la impresión de un ser movido por una fuerza eléctrica y tal era la velocidad con que se expresaba que sus palabras producían el glo glo de los pavos. Al propio tiempo accionaba con ambos brazos, como un muñeco al que dieran cuerda.

En vista de que había errado la puntería, se llevó una mano al bolsillo de la americana. Era evidente que llevaba en él un arma.

Doc se tiró a fondo. Era ligerísimo, mas también lo era el desconocido, y le recibió con el puño levantado. El puño cayó como un ariete en la mandíbula de Doc.

Su contrincante aguardó, con gran expectación. Se le abrió la boca y se le dilataron las pupilas cuando vió que el hombre de bronce no se desplomaba.

Su rostro asumió entonces una expresión de susto sin que se desesperara por ello, al parecer.

—¡Es increíble, sí, increíble! —exclamó.

Descargó un nuevo golpe sin ser tan afortunado en esta ocasión como la vez primera. La mano izquierda de Doc se levantó entonces sobre él, le empujó y obligó a perder el equilibrio.

Mientras se desplomaba, la otra mano de Doc asía, y tiraba del bolsillo de su americana. Tras él fue la mitad de la chaqueta, con el arma que ocultaba.

—¡Maldito sea yo! ¡Sí, maldito, maldito! —exclamó el hombre con increíble rapidez.

Doc no le prestó atención, porque la desconocida volaba a coger el automático de que él la había despojado primeramente.

Cuando, patinando sobre las planchas de madera, llegó Doc antes que ella a coger el revólver, ella hizo una mueca de despecho y se refugió en el ángulo de la pared.

El hombre muñeco se levantó del suelo como gato al que pisan la cola y retrocedió de un salto como si temiera un segundo encuentro con su oponente.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted? Eso es lo que quisiera saber.

—Doc Savage —le replicó el hombre de bronce.

—¡Ah! Esto lo explica todo. Si, lo explica absolutamente todo.

Doc miró a la muchacha.

—¿Este individuo es...? —preguntó a su vez.

—Harry Pace —le contestó el individuo—. Eso es, Harry Pace o «Rapid» Paco, con me llaman mis compañeros de oficio ¿Comprende el juego de palabras?

—Es un perito de la casa —explicó Lorna a Doc, con acento seco.

La muchacha había sufrido un cambio notable. Parecía más avergonzada.

—¿Conque usted es Doc Savage? —agregó—. He oído referir tantísimas proezas llevadas a cabo por usted que, la verdad, tenía por un personaje de leyenda.

—Eso es, legendario, señor Savage, un personaje de leyenda.

—¿Puede saberse, entonces, por qué ha tratado de derribarme con esa silla? —deseó saber Doc Savage.

—¡Oh! Ha sido una equivocación. Una desdichada equivocación. Ya habrá comprendido que trataba de defender a Lorna. Mi norma es actuar rápidamente en todas las ocasiones.

Las doradas pupilas de su interlocutor le miraron aprobadoras.

—¿Ha visto en torno de estos astilleros a Los Cráneos Plateados?

—¡Dios mío! —balbuceó Pace—. ¿Qué ha sido eso?

—Quédense aquí —exclamó vivamente Doc.

Y se dirigió a la escalera.

Pace echó a andar detrás de él, pisó una de las simientes explosivas esparcidas por el suelo, dio un salto prodigioso y se puso a temblar.

—¡Ay, ay! —exclamó, con voz ahogada —. Mis nervios no soportan todo esto. ¡No señor!—.

—Permanezca junto a la señorita Zane —ordenó el hombre de bronce.

Y se perdió en la sombra de la escalera. Avanzaba con paso tan

rápido y sigilo, como el huracán.

Pace miró a Lorna, y le dijo, apresuradamente:

—Lorna, estoy preocupado. ¿Qué significará todo esto?

—Lo ignoro —replicó ella, con acento sombrío.

—Si le sucediera a usted algo malo, creo que me moriría —aseguró Pace con grave acento.

Ella le miró reflexivamente.

—No lo dudo —respondió con acento seco.

—¡No bromee, Lorna! Ya sabe que estoy loco por usted. ¡Loco, sí señor! ¿Por qué no le gusto?

—Porque es muy asustadizo —replicó Lorna en el mismo tono de antes.

—¡Oh, no puedo evitarlo!

—Y porque, además, es muy hablador —continuó diciendo ella —. Dice usted todas las cosas dos veces. ¿No cabe contenerse un poco?

—Trataré de hacerlo —le prometió Pace.

—Bueno, pues a ver si se enmienda.

Ambos aguzaron el oído sin oír a Doc, pues el hombre de bronce avanzaba con sigilo por los pisos superiores del edificio. Bajó por un corredor, dobló una esquina y descubrió que la casa era mucho mayor de lo que había supuesto. Tenía numerosos pasillos y, en suma, era un verdadero laberinto.

Inesperadamente penetró en una gran habitación, ocupada por muchísimas mesas de escritorio, parte de las cuales a juzgar por la ausencia de papeleras y otros útiles de despacho, no se usaban al presente.

Otras sí estaban en uso. Sin duda la Casa Winthrop había trabajado en otros tiempos más que a la sazón.

AL otro lado de la pieza, frente a él, distinguió una gran caja de caudales maltrecha por el uso prolongado. Mas, no era solamente la pintura lo que al desprenderse de sus costados producía mal efecto.

La puerta, arrancada, reposaba en el suelo y esparcidos en él se veían los papeles que, sin duda, había encerrado hasta aquel momento. Por encima de la caja se elevaba una columna de humo verde y el aire olía a nitro quemado.

La voladura de la caja debía ser lo que habían oído desde abajo, él, Lorna y Pace.

CAPÍTULO VI

LAS IMPRESIONES MISTERIOSAS

DOC no perdió tiempo en examinar la caja de caudales, sino que se dirigió corriendo a la izquierda, donde encontró una puerta abierta por la que salió al corredor, que se extendía varios metros al otro lado; después, dobló un recodo que le volvió al sitio de donde saliera, es decir, en dirección a la escalera y a la puerta de la calle.

Un entrecortado grito de excitación le sobresaltó. ¡Lo había lanzado Pace!

Tronó un arma. Lorna Zane gritó algo ininteligible.

Doc varió de rumbo, encontró una ventana y levantó el bastidor rápida y silenciosamente. Doce pies por lo menos le separaban del suelo; sin embargo dio el salto con bastante facilidad. Los músculos vigorosos de sus pantorrillas sirvieron de almohadillas a su descenso.

Poco después se hallaba detrás de una esquina que, por casualidad, no distaba mucho de la verja de entrada.

Lorna y "Rapid" Pace atravesaron corriendo los astilleros luchando por alcanzar el refugio que un rimero de quillas les ofrecía. Ni uno ni otra volvieron la vista atrás una sola vez atentos exclusivamente a la carrera emprendida.

Sonó el estampido de un arma de fuego.

—¡Me han tocado! —Pace se cogió un brazo—. ¡Me han tocado!

Pero no volvió la cabeza y lo mismo él, que la señorita Lorna se metieron detrás del montón de quillas. Sonó un segundo disparo y la bala produjo un sonido hueco al penetrar, en la madera.

—¡Apoderaos de la maldita muchacha! —aulló la voz de Ull, uno de los cráneos plateados que ya conocemos.

Saltaron los tres. Doc salió de su escondite. El grupo vestido con

los trajes y antifaces de plata, al que había seguido hasta allí, corría en dirección al hacinamiento de quillas con las armas en la mano.

Sobre el fino tejido de acero que le protegía el cuerpo, llevaba Doc un chaleco poco corriente, provisto de innumerables bolsillos, verdaderos departamentos almohadillados de manera que apenas se conocían.

De uno de ellos extrajo un frasquito de metal, cuyo almohadillado interior contenía unas píldoras del tamaño de las cerezas. Arrojó una de ellas delante de los asesinos.

Al chocar con el suelo, la bola despidió un relámpago deslumbrante y sonó un estampido que dejó vibrando los tímpanos del hombre de bronce.

La explosión derribó a dos criminales de la banda.

Ull, que prudentemente no se había puesto a la cabeza del grupo, gritó:

—La muchacha tiene granadas, sin duda. ¡Atrapadla!

Dada la oscuridad era imposible, en efecto, adivinar de dónde había salido el proyectil. Los criminales reanudaron la persecución.

Un segundo relámpago, una segunda detonación sucedió a la primera. Esta vez el proyectil cayó en el centro mismo del grupo.

Incluso Ull fue derribado y se le cayó el bulto que llevaba en los brazos.

Era un largo paquete, redondo, atado con un cordón fino que estaba sellado.

Era un paquete que contenía impresiones heliográficas, sin duda.

Ull se lanzó a recogerlo, como si significara para él tanto como la vida. Por lo visto la pérdida de aquel paquete hubiera echado a rodar sus planes.

—Dejad a esa chiquilla —gritó ahora—. El amo desea sobre todo estas impresiones y no hay que arriesgarse a perderlas después del trabajo que nos ha costado sacarlas de la caja de caudales. ¡Atrás, os digo! Partamos de aquí antes de que alguno llame a la Policía.

Sus hombres retrocedieron disparando sobre el montón de quillas. Saltando por encima del armazón de un barco a medio concluir, se dirigieron a la puerta, dando una vuelta completa en torno de un tractor, de una grúa y de otra maquinaria.

Uno de ellos sacó una lámpara de bolsillo y se valió de su luz para la fuga.

Por fin llegaron delante de la verja. Estaba cerrada.

—¡Diantre! —exclamó Ull, y lanzó una mirada fulminante al pobre guarda que continuaba sin sentido—. ¡Creí que la habíamos dejado abierta!

La pesada hoja de metal se aseguraba mediante una barra que la atrancaba ahora sólidamente, pero ellos la volvieron a quitar y salieron a la calle.

Con frenética prisa se metieron en el Sedán azul.

—Ahora vamos a casa de Gardner —ordenó Ull con su acento peculiar.

El motor del coche vibró, vuelto a la vida, las llantas de goma patinaron sobre el húmedo asfalto y enseguida arrancó, bamboleándose.

Densa sombra envolvía la verja y sus alrededores y los bandidos no se cuidaron de escudriñarla. Por ello dejaron de hacer un descubrimiento sensacional.

La capa nebulosa de humedad pareció hincharse, condensarse y materializóse en una gigantesca, figura, de bronce. Esto ocurrió en un punto alejado unos quince pies del lugar donde había estado estacionado el coche.

AL amparo de la noche y de la niebla, Doc había llegado junto a la verja antes que los bandidos, salió a la calle, y, cerrándola, se había ocultado donde ya hemos visto.

La orden de Ull: «Ahora vamos a casa de Gardner» había llegado a sus oídos.

Doc se había tomado el trabajo de ocultarse porque convenía que Los Cráneos Plateados continuaran albergando la convicción de que le habían matado en el departamento de Gilberto Stiles, el infortunado aviador.

Hallar a sus dos hombres, Monk y Ham y rescatarlos, si es que vivían todavía, castigar el crimen cometido en ellos si por lo contrario hubieran muerto, era la inmediata tarea de Doc Savage.

Y no era imposible que los mismos bandidos le proporcionaran los medios de poner en obra sus propósitos.

Una vez más él podía seguirles mediante el aparato de dirección de la radio.

Sin embargo, no emprendió en el acto la persecución. Retrocedió y volvió a entrar en los astilleros.

Lorna Zane asomó, cautelosa, por detrás del montón de cascos, del cual salió, como un cohete y dando saltos, «Rapid» Pace una vez la costa estuvo libre de enemigo.

Venía agitando los brazos y hablando como fonógrafo descompuesto, y enseñó a Doc el rasguño que había recibido en el hombro.

—Es vergonzoso, sí, vergonzoso, y un misterio también lo que está sucediendo. Un siniestro misterio, sí. El caso más...

Sin hacerle caso, Doc preguntó a la señorita Zane:

—¿Sabe lo que contiene la caja de caudales del segundo piso?

—Es mi obligación, ya que únicamente yo conozco la combinación que la abre.

Doc la invitó con un gesto.

—En ese caso haga el favor de acompañarme arriba.

Mientras entraban en el gran edificio de ladrillos, Lorna Zane dijo, llena de cólera:

—¡No comprendo lo que ocurre! ¿Por que razón se habrá intentado asesinarme?

—¿Cuál es su posición en la casa? —inquirió Doc.

—Aunque soy solamente la secretaria del señor Winthrop, dirijo, en realidad, los astilleros —replicó ella.

—Entonces ahí tiene una explicación de lo sucedido.

La muchacha le dirigió una mirada furtiva. Una luz singular brilló en sus ojos seductores.

—No comprendo.

Pero Doc se hizo el desentendido y pronto llegaron a la gran habitación, donde había volado la cerradura de la caja de caudales.

—Vea, qué es lo que falta —dijo a Lorna el hombre de bronce, indicándole la caja.

Lorna dio principio al registro, recogiendo paquetes para dejarlos caer enseguida inspeccionando cartas. No le llevó mucho tiempo el inventario.

—Sólo falta una caja —dijo al fin.

—¿Qué es? —preguntó Doc.

—Un rollo sellado, unas impresiones que el señor Winthrop me confió hará unos cuatro meses para que las guardase en la caja de caudales —replicó la muchacha.

—¿De qué o de quién eran esas impresiones? —tornó a

interrogar Doc.

La muchacha titubeó un instante.

—Hay algo anormal en todo esto —respondió—. Se me dio la orden terminante de no desliar el rollo, y como además estaba sellado, no me hubiera sido fácil desobedecer la orden sin que se conociera. Por consiguiente, no tengo ni la menor idea de lo que contiene.

Doc meneó la cabeza.

—Pues tienen mucha importancia esas impresiones, a lo que parece —observó.

Lorna, se mordió los labios, desconcertada.

—Lo que sí me choca es lo sucedido durante la primavera —dijo —. En esa época el señor Winthrop nos concedió a los empleados unas vacaciones de cinco meses, durante las cuales percibimos íntegros nuestros sueldos respectivos. El hecho es singular, porque jamás nos había concedido vacaciones con sueldo hasta entonces. Solamente hace cuatro meses que he regresado.

—Y ¿no ha notado nada de extraordinario en las oficinas?

—No. En los astilleros me parece que se ha trabajado mucho durante mi ausencia. Mas a mi regreso, ya no se hallaba aquí el objeto construido ni quedaba tampoco ninguno de sus constructores.

—Vamos —le propuso Doc—, y continuaremos hablando por el camino.

—Yo no creo que nuestras vacaciones hayan tenido que ver con las obras realizadas aquí —murmuró Pace echando a andar tras de ambos—. ¡Fueron tan deliciosas!...

Los tres se retiraron en el «Roadster» del hombre de bronce, ocuparon el cómodo asiento delantero y el coche arrancó. La zumbante aguja de direcciones del aparato de radio les indicó el camino emprendido por el Sedán.

Doc condujo rápida y silenciosamente por espacio de algún tiempo atento únicamente a disminuir la distancia que les separaba del coche azul, ya que el transmisor colocado en aquél por sus propias manos era de onda corta.

—¿Conocía Winthrop la combinación que abre la caja de caudales? —interrogó Doc a Lorna, al fin.

La muchacha meneó la cabeza.

—No —replicó.

—¿Y eso?

—Eso digo yo, eso digo yo. ¿Por qué razón? —exclamó Pace.

En la oscuridad las tinieblas eran cada vez más densas —la muchacha apretó los labios.

—Como, en realidad, soy yo la que llevo la dirección de los astilleros —replicó con, calor—, hay muchos detalles a los cuales no presta mucha atención el señor Winthrop… Y uno de ellos es justamente la combinación de esa caja.

Doc Savage les anunció de pronto:

—El señor Winthrop ha muerto; no lo sabían ustedes, ¿verdad?

La muchacha se quedó rígida en su asiento. Abrió la boca como para responder, reflexionó sin duda que no debía hacerlo y tornó a cerrarla. Sus nerviosas manos se enlazaron y desenlazaron sobre el regazo.

La noticia hizo saltar a Pace, que exclamó tartamudeando:

—Le falló el corazón, ¿eh? Si, el corazón ha sido ¡Yo lo tenía predicho hace tiempo!

—No ha sido el corazón —explicó Doc—, sino una bala explosiva arrojada desde un punto todavía desconocido.

—Pero ¡es horrible! —murmuró Pace. Y por una sola vez, no repitió la frase.

—¿Sabrían decirme, cualquiera de los dos lo que hay detrás de todo esto? —dijo Doc.

—Yo, no —replicó Pace.

—Ni yo tampoco —murmuró la señorita Zane.

Le dio media vuelta a la llave del aparato de dirección. Sus zumbidos se acentuaron. Las facciones bronceadas de Doc no dieron muestras de preocupación o de inquietud, mas no reanudó el interrogatorio.

Moderó la velocidad del coche porque el aumento incesante de volumen de los zumbidos indicaba que se hallaban próximos al coche azul; dobló a continuación un recodo.

El Sedán saltaba, levantando surtidores del agua depositada en los charcos del camino, y por fin se detuvo.

Se hallaban a la sazón en un camino lateral, rodeados de una muralla de vegetación. La luz de los faros arrancó destellos azules de un objeto determinado.

Doc moderó aún más la marcha y levantó las ventanillas del coche. Eran éstas de un modelo especial y tenían cristales irrompibles. El chasis, el capó y el radiador del «Roadster» se hallaban defendidos por una coraza protectora de metal.

EL objeto que tenían delante era el coche azul, vacío en aquel momento.

Valiéndose de la lámpara de bolsillo, Doc localizó huellas de pasos sobre el sendero. Al parecer, Los Cráneos Plateados habían desandado a pie el camino hecho en el Sedán.

Siguiendo su rastro sin distraerse un segundo, Doc avanzó hasta ir a parar a la carretera, y bajando por ella —allí las huellas se marcaban bien en el suelo húmedo llegó a una farmacia delante de la cual había una parada de coches.

Por vía de precaución, Los Cráneos Plateados habían reemplazado el lujoso Sedán, demasiado ostentoso, por un taxi de alquiler.

Doc interrogó al farmacéutico, quien describió al conductor del taxi como de edad avanzada y que se distinguía por sus grandes y caídos bigotes blancos.

El farmacéutico no había reparado en los hombres que alquilaran el taxi, pero les había oído partir poco antes.

Treinta minutos después detuvo Doc el «Roadster» ante un lujoso edificio moderno, situado en la parte más conspicua de la “Park Avenue”. Dos porteros, embutidos en sendas llamativas libras, guardaban la puerta.

—Y ahora, ¿qué? —interrogó Lorna, dirigiendo una mirada de curiosidad al edificio aquel.

—Pues ahora —le comunicó el hombre de bronce—, voy a dejarla ahí dentro.

La secretaria se mordió los labios con los blancos dientes.

—¡Protesto! —exclamó vivamente.

—Su vida está en peligro —le recordó Doc Savage—. Aquí estará segura.

—Y ¿qué haré yo? Sí, ¿qué haré yo entre tanto? —deseó saber Pace.

—Usted quédese en el coche —le contestó Doc.

El hombre de bronce escoltó a Lorna hasta el edificio. Y una vez en el vestíbulo recibieran innumeras atenciones de los porteros,

quienes se apresuraron a acompañar a ambos al interior de la casa.

Al vestíbulo sucedía una sala de espera, combinación refinada de níquel, esmaltes y alfombras de delicioso matiz.

Una muchacha esbelta y exquisitamente formada les ofreció asiento. Era rubia. Otra, igualmente bella, de rojos cabellos, les trajo una bandeja llena de bebidas heladas.

A continuación salió a recibirles una bella dama de negras trenzas y les ofreció diversas revistas.

—¡Caramba! —exclamó Lorna— ¿Qué significa todo esto?

Doc no replicó. Miraba a una joven que se les aproximaba. Las doncellas que le habían servida hasta entonces eran nobles por su belleza, mas quedaron eclipsadas por la recién llegada.

Esta Venus seductora tenía los cabellos bronceados, similares en matiz y calidad a los de Doc Savage.

—¡Hola, Pat! —fue el saludo que él le dirigió—. Te presento a Lorna Zane. Esta es Patricia Savage, mi prima, señorita Zane.

Patricia cambió un apretón de manos con la secretaria de Winthrop y dijo a su primo en tono festivo:

—Es la primera vez que vienes por aquí, Doc, y me agradaría enseñarte la sala de gimnasia. Es una preciosidad. ¡Ah! También trabajan aquí ahora treinta masajistas peluqueras, sumamente hábiles y ya tan apuntadas en lista a las damas más elegantes de la ciudad. Todas desean embellecerse, mas como algunas son sumamente gruesas, no sé realmente cómo voy a componérmelas para hacer que adelgacen. ¡Por suerte me pagan par adelantado!

—Conque estas muy ocupada, ¿eh?

—¡Ocupadísima! —replicó, riendo, Pat—. No es cosa de chanza regir un salón belleza, y para colmo un gimnasío, ¿sabe? De modo que no tengo un momento libre.

En esto vieron salir a un cliente, regordete, con el rostro, encendido aún, a causa del reciente masaje y con los cuatro pelos de la cabeza, ondulados.

—También tengo clientes varones, ves —dijo sonriendo Pat—. Mas no sé si vienen aquí a embellecerse o a flirtear con mis bellas ayudantas.

—Bueno, Pat: ¿quieres prestarme tu ayuda? —le dijo Doc.

—¿Ayudarte? —repitió ella alegremente—. Lo mismo da que me preguntes si he volar sobre el Atlántico, si deseo arrojarme al

espacio provista de paracaídas o si deseo que me peguen un tiro. Todo ello es más seguro que prestarte mi ayuda.

—Pero, ¿quieres ayudarme, sí o no? —insistió su primo.

—Desde luego —Pat se volvió a reír—. ¿Quién trata de asesinarte ahora?

—Nadie. Es la señorita Zane la que está en peligro —explicó Doc; y con precisa brevedad le explicó lo ocurrido.

Pat escuchó su relato con visible interés. Le agradaban las aventuras y ya ha ayudado a Doc en diversas ocasiones.

Incluso había tratado de unirse al grupo compuesto por sus ayudantes, pero Doc se había negado a admitirla porque la vida que ellos llevaban era impropia de una mujer, y con objeto de tenerla ocupada fue lo que la ayudó a instalar aquel Instituto de Belleza.

“Rapid” Pace paseaba, nervioso, por delante del coche cuando Doc, se le reunió en la calle.

—Estoy perplejo —confió a Doc apenas le hubo echado la vista encima—. Sí, ¡sumamente perplejo! Quisiera saber cómo vamos a dar ahora con esos demonios del traje plateado.

—Pues daremos con ellos gracias a una orden dictada por Ull, es decir, por el jefe provisional de la banda.

—¿Y cuál es esa orden? —deseó saber Pace.

—La de dirigirse en coche a casa de un cierto Gardner —le comunicó Doc.

—¡Oh, oh! —gruñó Pace—. ¿Gardner? ¿Se trata de Bedford Burgess Gardner?

—¿Quién es ese individuo?

—El Presidente de la Compañía Transatlántica, el rival del difunto señor Winthrop, por más que últimamente se hablaba de fundir en una, las dos Compañías —dijo Pace, valiéndose de inusitadas frases largas,— Gardner es…

—¡Vamos a su casa! —dispuso Doc, interrumpiéndole.

—Casualmente sé dónde habita. Si, lo sé. Posee un palacio, sí, un palacio que es una joya.

La «joya» era un conjunto de edificios blancos enclavados en la cima de una verde colina que se elevaba sobre la cinta azulada del Hudson, a la distancia de unas millas de la ciudad, hacia el Norte.

La mansión era un palacio construido conforme a un mismo plano de Mount Vernon, con altas y blancas columnas. Adosadas a

él había varios edificios más pequeños, similares a las cabañas de los antiguos esclavos.

Las caballerizas, muy amplias, y detrás de ellas una pista anchurosa giraba en torno de un campo particular de aviación, también de ingenioso estilo colonial.

Otro hangar —éste cobijaba, un hidroplano— y varias casillas de botes, del propio estilo, se elevaban al pie de la colina, junto a la ribera.

—¿No lo dije? ¡Es una, joya! Sí, señor; una jo...

—¡Silencio! —dijo Doc a quien comenzaban a cansar las repeticiones de su compañero.

Habían dejado el “Roadster” a corta distancia de la espléndida mansión y se aproximaban a ella a pie. Justamente se hallaban, a la sazón, en una avenida encuadrada, a ambos lados, por frondosa y siniestra vegetación.

Delante de ellos surgió inesperadamente un punto rojizo, luminoso. Usando de mayores precauciones si cabe, los dos se acercaron a ella y distinguieron un taxi parado. La luz roja colocada en la parte posterior del coche iluminaba su número de matrícula. Así vieron que procedía de Nueva Jersey.

—Probablemente es el mismo coche que, tomaron Los Cráneos Plateados al abandonar el Sedán en Nueva Jersey —manifestó el hombre de bronce.

Así diciendo describió una vuelta entera en torno al estacionado vehículo, comprobando que estaba desocupado, y después siguió avanzando con Pace hasta llegar junto a un campo herboso, muy recortado, y húmedo de rocío helado. Detrás del campo se alzaba la casa, maciza, imponente, casi sobrenaturalmente blanca.

—Parece un hueso pelado —comentó Pace estremeciéndose—. Sí, señor; un hueso blanco y pelado.

—¿Qué es lo que sabe respecto a la persona de ese Gardner? —le interrogó Doc.

—¡Hum! Que es muy misteriosa. Extraordinariamente misteriosa.

—A ver, explíquese.

—Pues quiero decir que apenas sale de casa —explicóle su compañero—, o por lo menos no recuerdo que se le haya visto en la calle. No tiene instalada, su oficina en la parte baja de la ciudad,

como es de rigor y transmite todas sus órdenes por teléfono. Se dice que es muy extraño y que no le agrada la compañía. Incluso se dice que sus sirvientes no viven aquí, que les obliga a salir de la casa al anochecer.

—¿Es rico?

—El más poderoso magnate de América en cuestión de líneas de vapores —repuso Pace—, gracias a la fusión con otras menores, de su Compañía.

—¿Le ha visto alguna vez?

—No, señor. ¿No acabo de decirle que en raras ocasiones se le halla en la calle?

—¿Es viejo?

—Sí, eso dicen… Se afirma…

Lo que se aseguraba jamás llegó Doc a saberlo, ya que, procedente de la casa blanca, llegó a sus oídos un grito hueco, porque había sonado en el interior; gutural, causa del terror que lo inspiraba.

El grito se repitió. Se abrió una puerta con violencia derramando torrentes de luz al exterior. Esta puerta era la de un pequeño balcón elevado, quizá, unos quince pies sobre el suelo.

En el hueco luminoso se destacó, grotesca, una figura humana. Era la de un hombre rayano en los cuarenta. Aun, a distancia se distinguía su semblante que irradiaba terror. Llevaba el uniforme de los conductores de taxi.

El hombre huía, evidentemente. Y trató de saltar por encima de la barandilla del balcón.

Entonces tronó un arma, dentro de la casa. En torno al chofer cayó una lluvia tal de proyectiles que su cuerpo se desplomó sobre la barandilla, vaciló un instante, y cayó, arrastrado por su propio peso, al jardín.

Bajo el balcón se extendía una avenida asfaltada con la cual vino a chocar la cabeza. El golpe le hubiera matado, de no haberlo hecho ya los proyectiles.

CAPÍTULO VII

LA «CABEZA DE TURCO»

DOC oyó un leve rumor a sus espaldas, miró en torno y sorprendió a Pace que parecía atacado de violento temblor. Las sacudidas de su cuerpo hacían oscilar la rama del arbusto en que ambos estaban apoyados.

De pronto y como conejo asustado, salió Pace disparado en busca de un refugio más seguro.

Doc corrió en dirección a la quinta, dobló a la derecha, manteniéndose siempre agachado para evitar que le víera, desde el balcón, el tirador invisible. A medida que se aproximaba iban en aumento las proporciones de la quinta, que era verdaderamente muy espaciosa.

La puertecilla lateral que descubrió ante sí estaba cerrada, pero, gracias al fino Instrumento de metal que ya conocemos, dio entrada a Doc rápida y silenciosamente. La oscuridad que había al otro lado se lo engulló después.

Tras de dar varios pasos, penetró en una pieza cubierta con una gruesa alfombra, y sorprendió el sonido anhelante, entrecortado, de humana respiración. Transcurridos breves segundos, unos pies hollaron la alfombra.

Doc maniobró con agilidad sorprendente. Sus manos nervudas asieron los brazos de un hombre. La lucha fue breve. Un ruido apagado indicó que caía un arma sobre la alfombra.

Doc soltó entonces a su cautivo, de un salto retrocedió, se apoderó del arma, y cuando la tuvo en su poder y abrió la llave de la luz eléctrica.

A la luz deslumbradora recientemente surgida, contempló al individuo que ella le descubría. Iba muy encorvado y tenía un

aspecto poco vulgar.

Llevaba barba negra a lo Van Dyck, sólo que un poco más larga, que le ocultaba la parte baja del semblante, transformándola en peluda masa.

Los ojillos eran tan pequeños, que apenas se distinguía el color de las pupilas.

Aquel ser barbudo se batió en retirada y estuvo a punto de caer, pero así y todo logró apoderarse de un pesado bastón que se hallaba apoyado en una silla de la sala. Entonces sus ojillos diminutos favorecieron a Doc con una mirada centelleante.

Un silencio profundo reinó en la pieza y por espacio de unos segundos y de pronto el hombre barbudo se movió. Doc le saludó, con un leve gesto.

—Es Doc Savage, ¿verdad? Yo le he visto en alguna parte... en fotografía, tal vez.

Sin responder, Doc vació el automático que empuñaba y como al verificar la operación comprobó que no se había disparado arrojó los cartuchos por el balcón y depositó el arma sobre una columna, junto teléfono.

—¿Qué sucede aquí? ¿Quién es usted? —interrogó al individuo barbudo.

—Soy Gardner —le replicó, temblorosa, la voz áspera del dueño de la casa.

—¿Qué sucede aquí? —repitió Doc.

—Se lo diré solamente a la Policía.

—Yo poseo un nombramiento...

—No lo dudo, mas aquí estamos en Weschester. Su nombramiento no es válido.

—Es general —le advirtió Doc—, y por consiguiente valedero para todos los Estados.

Gardner meditó la respuesta mientras el bastón oscilaba un poco bajo la nerviosa presión de su diestra.

—Bueno, ¡váyase al infierno! ¡Salga aquí! —exclamó al fin—. De noche no agrada ver gente en casa.

Sonó ruido fuera, pasos precipitados, la voz de Pace llamó, insegura, al hombre de bronce. Apenas Doc le hubo contestado, entró en la pieza.

Gardner ordenó con acento áspero:

—¡Salga usted también! —y le señaló con su índice tembloroso.

Pace interrogó:

—¿Quién ha matado al chofer del taxi?

Doc miró a Gardner.

—Eso es ¿quién le ha matado? —deseó saber—.

—Lo ignoro —gimió Gardner—. No sé de qué me hablan.

—¡Pues le costará caro! ¡Sí señor, le costará caro!

Gardner le acometió enarbolando el bastón. De un salto, retrocedió Pace, y Doc tuvo que hacerse a un lado para esquivar la arremetida.

De súbito, Gardner cambió de idea y se aproximó a la puerta.

Con los nervios tensos a causa de lo que consideraba como un allanamiento de morada, abandonó apresurado la habitación.

Chasqueado Doc por el resultado negativo de su visita, salió al vestíbulo seguido de Pace.

No distinguió ya a Gardner, hasta que, procedente del piso alto, oyó el roce de unos pies, acompañado de significativos forcejeos.

Entonces ascendió con Pace un tramo de escalera. Doc empuñaba la lámpara encendida. Poco después penetraba por el abierto hueco de una puerta, en la habitación del balcón.

En su suelo yacía el bastón de Gardner y junto a él divisaron húmedas manchas rojas. Se había volcado una silla.

—Ha habido lucha, una lucha encarnizada —afirmó Pace—. Pero, ¿a quién se ha cogido? ¿A Gardner o al conductor del taxi? ¿Esa sangre ha sido derramada por el dueño de la casa o por el chofer? ¡He aquí el enigma!

Doc se abalanzó a un punto determinado, dobló la cintura, recogió del suelo un fragmento metálico, centelleante. Era un trocito de tela, sucia y rasgada, arrancada a los trajes poco comunes de los misteriosos Cráneos Plateados.

—¡Han cogido a Gardner! —murmuró Pace—. Es decir: ¿le habrán cogido? ¿No le habrán cogido?

Doc se aproximó o mejor, se deslizó hasta la puerta más próxima, abrióla y franqueó su umbral. Tardo en seguirle, Pace llegó junto a la puerta.

Y asustóse por lo visto de la oscuridad del pasillo. Titubeó, retorcióse las manos, y su habitual nerviosidad se acentuó visiblemente.

Resultado de aquella vacilación fue que en lugar de echar a andar tras de Savage, subió al primer piso y se apoderó allí del arma de que Doc había despojado a Gardner.

Salió luego de la habitación y recorrió la casa en tinieblas. En la mano empuñaba el revólver y sus facciones reflejaban una sombría resolución.

Pocos instantes después, a la sombra de una de las cabañas que se hallaban más próximas a la casa, tuvo lugar una siniestra reunión.

En torno a las cabañas había un jardín muy cuidado, cuyas altas plantas se alineaban en un orden perfecto en sus arriates y por consiguiente constituían un lugar ideal para furtivas idas y venidas.

Allí, uno de los hombres del traje de plata acababa de reunirse a otros dos compañeros.

—¿Es Ull? —murmuró, receloso, uno de ellos, sacando el revólver.

—Sí, el mismo —replicó el recién llegado, con voz sibilante.

—¿Has visto quién es el intruso que se ha metido en la casa? —interrogó el otro, guardando el revólver.

—Es Doc Savage —replicó Ull.

—Pero, yo había creído…

—Ya sé —dijo Ull entre dientes—. Por lo visto ha escapado a la granada en el departamento del aviador. No ha muerto.

Su compañero profirió un juramento en voz baja.

—¿Qué haremos, entonces? Si no hubiéramos hecho fuego sobre el conductor del taxi cuando trataba de huir…

Ull reflexionó. Envuelto en su disfraz que rielaba débilmente a la luz de la luna, componía una figura grotesca.

—Bueno, hasta aquí todo lo demás nos ha salido bien —dijo al cabo—, y por ello lo mejor que podemos hacer es salir de aquí cuanto antes. El resto de la banda, ¿se nos ha adelantado ya?

—Sí, Ull.

Ull dio a su compañero un leve empujón.

—¡Muévete, pues! Nos reuniremos a ella.

Apenas las tres enmascaradas figuras habrían dado un paso, cuando les detuvo el sonido de una voz. La voz salía de una ventana de la cabaña.

—¡Eh, idiotas! ¡No despreciéis la ocasión que se os presenta!

Dos de Los Cráneos Plateados dieron un salto de sorpresa y sacaron los revólveres. Ull lanzó un juramento de cólera y les asió por un brazo.

—¡Es el amo! —les advirtió muy quedo.

Evidentemente sus compañeros no habían oído hasta entonces el sonido de la voz, pero la declaración de Ull les impresionó hondamente.

—¿Te refieres al jefazo que nos dirige en secreto? —tartamudeó uno de ellos.

Sin contestarle, Ull se dirigió a la ventana detrás de la cual les acechaba el orador invisible.

—Dice que desperdiciamos una buena oportunidad, ¿La oportunidad de qué? ¿Y qué hace usted aquí?

—La oportunidad de desembarazarnos de Doc Savage —dijo la voz desde la oscuridad de la ventana—. En cuanto a lo que hago aquí no es de tu incumbencia.

—Pero será muy arriesgado levantar la caza —le contestó Ull—. Porque ese individuo parece un arsenal de armas científicas. Dos veces la cantidad de hombres que se hallan bajo el mando no podrían desembarazarnos de él.

La voz asumió un acento altanero.

—Supongo que no eres de los que desprecian a un enemigo…

—No, si ello está a mi alcance —respondió Ull—. Mas, he visto trabajar a ese individuo y será peligroso hostigarle.

—Voy a echarte un paquete —le advirtió de pronto la voz de la cabaña—. ¡Cógelo!

Un instante después se divisó, a la luz de la luna un objeto que volaba por los aires y Ull le recibió con habilidad sin igual en la abierta palma de la mano.

El objeto pareciese mucho a una botella ciudadosamente envuelta, e hizo un ruido peculiar al herir la mano de Ull.

—Acércate a la ventana —le ordenó el jefe invisible—, pues voy a darte órdenes más concretas.

Ull obedeció y sus voces se debilitaron tanto, que ni siquiera los dos bandidos que aguardaban junto a ellos en el jardín, los dos compañeros de Ull, lograron percibir lo que decían.

Los dos lanzaban ávidas miradas a la ventana, porque nunca les había sido dado ver su jefe secreto, al siniestro ser que les dirigía

realmente. Ni tampoco consiguieren verle en esta ocasión, porque no se les mostró.

Dentro del blanco edificio proseguía Doc entretanto la búsqueda de Gardner y de Los Cráneos Plateados. Sin embargo, no se daba mucha prisa porque, en la carrera peligrosa que había emprendido, darse prisa equivalía a correr el albur de una súbita muerte.

Transcurrido que hubo algún tiempo oyó ruido; alguien se movía cerca de él.

Se detuvo y aguardó. El ser invisible llegaba del exterior. El hombre de bronce aguzó los sensibles oídos, reparando sobre todo en los nerviosos movimientos llevados a cabo por el ser invisible. Ello le identificó.

—¡Pace! —llamó en voz baja.

Pace lanzó una exclamación ahogada y encendió un fósforo. La vista de Doc le alivió visiblemente.

—Le andaba buscando —dijo con voz balbuciente—. Sí, señor, le andaba buscando. Ahora vengo del jardín.

—¿De dónde ha sacado esa arma?

Pace la examinó maquinalmente.

—Es la de Gardner —explicó—. Ya sé que no está cargada, naturalmente, mas, empuñándola me siento más... más... ¿cómo diría yo? seguro, eso es, seguro.

—¿Ha visto a Gardner o sabe algo de su paradero?

Pace hizo un gesto negativo y ambos continuaron sus pesquisas, esta vez en compañía. El nervioso perito era un charlatán infatigable y comenzó a expresar e voz baja su opinión hasta que Doc tuvo que recordarle que el ruido más leve constituía en aquellos momentos un excelente blanco.

—Yo creo que Gardner es el culpable de todo lo que ocurre —dijo todavía Pace, y guardó silencio.

Los dos hombres salieron al jardín siempre manteniéndose a la sombra, de las paredes de la casa, avanzaron en línea recta al lugar donde había caído el cuerpo del conductor asesinado. Antes, sin embargo, de llegar junto a él, asomó Doc la cabeza desde un ángulo del edificio.

Entonces surgió de su garganta aquel nota fantástica que le era peculiar en los momentos más trascendentales. La provocaba la sorpresa que se había apoderado de él a la vista de uno de los

Cráneos Plateados, inclinado, a la sazón, sobre el cadáver del conductor.

El individuo tenía en la mano una botella de vidrio y vertía parte de su contenido sobre las ropas del cadáver.

Doc abandonó su escondite. El Cráneo Plateado alzó la vista lanzó una exclamación muy semejante a un balido y le arrojó la botella. Doc retrocedió de un salto con objeto de dejar paso al improvisad proyectil.

Unas gotas del líquido que encerraba se derramaron fuera, sin embargo, y le cayeron sobre la chaqueta que llevaba puesta.

Prontamente se la quitó y lanzóse sobre el Cráneo Plateado.

El bandido huyó. Mas, en su prisa corría a ciegas. Por otra parte le pesaba el traje plateado y al cabo dio un troncón, y cayó a cuatro pies. Como volver al propio tiempo la cabeza, vió a Doc que le iba a los alcances.

Junto a él se abría una ventana de la planta baja de la casa. Sin cuidarse de las heridas que pudiera producirle la rotura de los cristales, rodó hasta la ventana, hizo saltar el bastidor mediante un empujón de cabeza y hombros y desapareció al otro lado.

Doc, tiró a un lado la chaqueta y advirtió a Pace:

—¡No se acerque a ella ni toque tampoco ese cadáver!

Pace aulló:

—¿Por qué?

—¡Porque puede envenenarle su contacto! —le explicó a voces Doc—. Se trata de un ardid, de una combinación de un ácido y de un tóxico determinados para deshacerse de la persona que trate de tocar el cadáver.

Las últimas palabras de aquella oración fueron ahogadas por inesperado estrépito. Era que de un vigoroso puntapié acababa Doc de echar abajo lo que quedaba del bastidor de la ventana y saltaba al otro lado.

Súbita llamarada, de unos cien metros de longitud, rasgó entonces las tinieblas y la acompañó el tronar de la pólvora. Al propio tiempo martilleó un proyectil en la pared.

Doc avanzó a tientas, tropezó con una silla que tenía rota una pata y la arrojó al punto de donde saliera el fogonazo. Oyó el ruido de la silla que chocaba contra la pared, mas no consiguió tocar al tirador porque éste había cambiado de posición.

Un sordo «pat», «pat», hirió al propio tiempo sus oídos. Prontamente volvió la cabeza, miró por la ventana a tiempo de ver retroceder la cabeza y hombros de Pace.

El nervioso perito corría haciendo honor a su apodo y nombre; volaba, campo de tenis adelante. La situación acababa por sobreponerse a su valor.

Doc avanzó al amparo de aquel ruido, pasó por el punto donde era más espeso el humo de la pólvora y corrió al otro lado de la planta baja. Estaba seguro de encontrar allí al bandido.

Agachándose, Doc pasó una mano por el suelo de hormigón. Como en otros bajos, estaba cubierto de una capa de arena o polvo arenoso. No había crujido bajo los pies de Doc porque sus zapatos iban provistos de unas suelas de goma y no de una goma corriente, sino de otra más esponjosa.

Pero la arena debería rechinar bajo la presión de un calzado ordinario aun bajo la presión de tacones comunes de goma.

Como había esperado el crujido, descubrió al cabo al Cráneo Plateado y él le oyó avanzar pausadamente a su encuentro en la oscuridad. Cuando le tuvo cerca, dio un salto.

No le descargó golpe alguno ni trató de cogerle. Buscó simplemente su cuello y le oprimió la nuca con dedos musculosos.

Su habilidad era extraordinaria en todas las materias, pero particularmente en materia de cirugía y de anatomía. Conocía, pues, la situación de ciertos centros nerviosos sobre los cuales una presión convenientemente aplicada producía una parálisis temporal.

Por ello, bajo sus dedos, el hombre vestido de plata se quedó súbitamente inerte.

Doc llamó por la destrozada ventana:

—¡Pace! Todo va bien.

No era el deseo de su compañía lo que le movía a llamarle. El nervioso perito, con su molesto hábito de repetir todo cuanto decía, le era tan insoportable como pocas personas a las que hubiera tenido que aguantar.

Y para colmo era tímido también y asustadizo.

Pero deseaba unir en cuanto le fuera posible los sueltos cabos de aquella intriga misteriosa, de Los Cráneos Plateados y Pace podía ser muy bien uno de dichos cabos.

«Rapid» Pace apareció junto al vano de la ventana, tras de haber

descrito amplio rodeo con objeto de no pasar junto al cadáver del conductor del taxi.

—Había ido en busca de otra arma cualquiera, palo o garrote, conque ayudarle —explicó a Doc, para excusar su cobardía.

Doc no le contestó y se valió de su lámpara de bolsillo para localizar la llave de la electricidad, que llenó la planta baja de luz. Se acercó después al hombre vestido con el traje de plata y le despojó de la capucha.

Apareció un semblante estúpido, cuadrado, unos ojos feísimos, una boca contraída por perpetuo gesto burlón.

—Es un bribón de los más característicos —observó Pace—. Sí; de los más característicos.

Doc le registró, sin hallar nada que le indicara el nombre del individuo, incapaz de moverse o de hablar a causa de la parálisis singular que le había atacado, el individuo podía únicamente dirigirle miradas centelleantes.

Doc le volvió boca abajo, le asió por el robusto cuello y sus dedos tornaron a ejercer en él una presión. El resultado de la operación fue sorprendente.

La víctima comenzó a retorcerse y trató de incorporarse.

—¡Déjame ir! —pidió entre dientes. El temor temblaba en su voz y miró fijamente las manos de Doc, sus tendones semejantes a delgadísimos cables de acero.

—Antes deseo saber dos cosas —repuso con calma el hombre de bronce.

—¡Vete al diablo! —exclamó el bandido.

—¿Qué ha sido de mis dos ayudantes, Monk y Ham? ¿Dónde se encuentran actualmente? —Doc se expresaba con suma lentitud, mas el acento amenazador de su voz sonora crispó los nervios, del ser tendido en el suelo, a sus pies.

—Esto es lo quo deseo saber ante todo. Lo segundo es: ¿quién dirige el tinglado de esta farsa de Los Cráneos Plateados?

El bandido se humedeció los labios con la lengua. Visiblemente nervioso, titubeó un instante y al fin replicó:

—¡Así me aspen si sé una palabra de todo ello!

—Dele una paliza, señor Savage —sugirió Pace—. Los seres de su calaña se tornan cobardes ante los golpes.

—Sin duda vas a menudo al cine. Se te ha pegado —le dijo con

acento de sorna el bandido.

—¡Sujételo, señor Savage, que voy a asestarle un directo en las mismísimas narices! ¿Eh? ¿Qué es eso?

El brazo de Doc describió súbito molinete y le derribó a tierra.

Simultáneamente despertó los ecos de la casa la detonación de un arma de fuego. Acababa de dispararse un tiro desde la ventana, mas no dirigido a Pace, sino al propio Doc.

La bala fue a incrustarse en su chaleco, con lo cual no obstante su resistencia, se le agotó la provisión de aire en los pulmones y cayó hacia atrás.

De un salto prodigioso logró, así y todo, colocarse junto a un pilar, detrás del cual... se escondió. Pace estaba seguro allí donde él le había lanzado de un empujón.

Algo se movió fuera, de la ventana. Surcó el aire un revólver que fue a caer en el regazo del hombre tendido. En el ínterin no se pronunció palabra ninguna. Tampoco era preciso.

El bandido se apoderó con avidez del arma, se volvió, sin moverse del suelo y apuntó con ella a Doc.

De momento pareció que iba a ser cogido entre dos fuegos. No podía abandonar su escondite sin colocarse delante de la ventana, y el tirador debía poseer suficiente inteligencia para dispararle, esta vez, a la cabeza.

—La muerte vestida de plata.

El bandido quiso levantarse con objeto de afinar la puntería.

Doc se incrustó en el pilar. Su mano derecha, desapareció a la vista, tan rápidamente se había movido. Era que él la había introducido en un bolsillo de la chaqueta de donde salió armada con el único objeto que tenía a mano: el gancho plegable sujeto al extremo del cordón de seda.

Doc arrolló este cordón a su gancho para darle mayor peso, luego lo arrojó en dirección del bandido con toda la fuerza de que era capaz. La mano del hombre ofrecía excelente blanco; cualquier jugador de «baseball» hubiera logrado tocarla.

EL bandido aulló de dolor. Arrancada el arma de su diestra por la violencia del golpe, patinó hasta llegar muy cerca de Pace.

El bandido se miró repentinamente las manos. Parecía sorprendido por algo que acababa de descubrir en ellas. Luego comenzó a gemir con voz aterrorizada.

Pace hizo ademán de asir el arma arrancada a la mano de EL Cráneo Plateado.

—¡Quieto! —le ordenó Doc. Pace se hizo atrás y retiró la mano mirando estúpidamente a Doc; luego al hombre que estaba en el suelo, mientras el horror le dilataba las pupilas.

El rostro del hombre se llenaba vertiginosamente de manchas mientras su boca emitía sonidos entrecortados.

—¡Esa arma… tiene en la empuñadura… parte del veneno… del cadáver! —dijo ahogándose.

Doc se aventuró a dar un salto y con un revés de la mano rompió la sola bombilla eléctrica que alumbraba el bajo. La oscuridad les rodeó en el acto.

Mas ya no se volvió a disparar desde la ventana. El tirador había partido sin duda.

Doc dio media vuelta, se apoderó del bandido y le arrastró a la sombra del pilar.

—Voy a darle ocasión de vengarse —le dijo—. Sepa que la empuñadura del arma, que le han proporcionado estaba impregnada con una parte del líquido venenoso que habían echado ustedes sobre el cadáver. Se trata de una treta urdida con objeto de asesinar a usted, para cerrarle la boca en el caso de que no consiguiera acabar conmigo.

—¡Maldito… maldito Ull! —balbuceó el bandido—. ¿Qué… desea saber?

—¿Dónde están mis ayudantes? —replicó al punto Doc.

—En la cabeza de turco —murmuró el hombre.

—¿Dónde?

Al bandido le costaba ímprobo esfuerzo articular las palabras. El veneno singular obraba en él con sorprendente rapidez.

—En la cabeza de turco… los dos están allí.

—Pero, ¿qué es la cabeza, de turco?

El bandido no le oyó, al parecer.

—Ull… no es el dirigente de… Los Cráneos Plateados —siguió diciendo y las palabras surgieron como de un saco vacío.

—Pues, ¿quién es, entonces? —preguntó Doc Savage.

No obtuvo respuesta.

Llevó a cabo un examen durante el cual procuró no tocar las manos con que había asido el bandido el revólver que le habían

arrojado desde la ventana.

—¡Ha muerto! —anunció luego a Pace.

CAPÍTULO VIII

PROFUNDO MISTERIO

UN silencio profundo sucedió a esto.

Doc se aproximó a la ventana, sin hacer ruido, cuidando por el camino de no pisar los vidrios rotos que había en el suelo. Como no oyera el más leve rumor, se aventuró a lanzar rápida ojeada al jardín. En él no había nadie.

Pero no osó salir. Hubiera sido una invitación a que dispararan sobre él. Por ello ascendió la escalera, cruzó los pasillos del piso primero y finalmente salió de la casa por una puerta de servicio. Una vez en el jardín lo registró de extremo a extremo sin hallar alma viviente.

El tirador de la ventana había desaparecido… lo cual no era de extrañar, ya que había tenido tiempo de huir.

Al volver a la casa dijo a Pace:

—Quisiera que se quedase aquí y siguiera el curso de los acontecimientos hasta la llegada de la Policía.

Sacudió el cuerpo de Pace un temblor tan violento que estuvo a punto de derribarle.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Que me quede yo solo con dos cadáveres? ¡Ay, no, señor! ¡No seré yo quien se quede!

Sin embargo, Doc, estaba decidido a cargarle con aquella responsabilidad.

—Es que probablemente asistiremos a mayores hechos violentos antes de haber dado con mis dos ayudantes —observó.

Pace replicó, con un gemido:

—Pues bien: me hallo dispuesto a correr ese albur en su compañía. Sí, en su compañía. Junto a usted se respira vida y animación. Por estar a su lado yo…

—¡Chiist! ¡Escuche! —advirtió Doc.

¡Pum! El sonido era apagado, cual si acabara de caer una rama sobre el piso de madera. ¡Pum! tornó a oírse de nuevo.

—Por lo visto, no se han ido todavía esos Cráneos Plateados —balbuceó Pace.

—¡Venga!

Doc corrió a la escalera, y por ella ascendió al segundo piso.

Allí tornaron a oír el ruido singular sólo que más acentuado. Procedía de una habitación de la fachada. Doc la atravesó con la velocidad del rayo y fue a abrir un armario.

De su interior cayó al suelo un hombre. Estaba atado y amordazado y era él quien había hecho el ruido oído, al golpear la puerta del armario con la cabeza. Doc le desató y le quitó la, mordaza.

Era un guapo, robusto mocetón de unos treinta años sobre poco más o menos. Sus cabellos oscuros y muy espesos olían a cosmético; su tez era tan perfecta como la de una mujer, largas las pestañas.

Pero el vigor de su cuerpo impedía que se le considerase afeminado.

Pace gimió tras de dirigirle una sola ojeada.

—¡Vaya por Dios! ¡Si es Hugo Mac Coy!

—¿Le conoce usted? —deseó saber Doc.

—Le conozco mucho de vista. No hace mucho que rondaba en torno a los astilleros. La atracción es... Lorna Zane. Sí, ella es quien lo atrae.

Hugo Mac Coy logró ponerse en pie, a pesar de que era evidente que tenía los músculos entumecidos.

Con viveza, sin igual se frotó todo el cuerpo. Llevaba puesto un traje admirablemente cortado.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Doc.

Mac Coy le dirigió una breve mirada escrutadora y, al cabo, respondió:

—He sido sorprendido y atacado por la espalda.

—¿Por quién?

—Probablemente por Bedford Burgess Gardner —exclamó Mac Coy.

Doc le indicó la puerta.

—Hablaremos por el camino. Dos de mis hombres han sido

secuestrados por los Cráneos Plateados y, con excepción de su rescate, todo es ahora secundario.

—Pero ignora usted dónde pueden estar —observó Pace, en son de protesta—. El hombre de abajo nos ha hablado de una cabeza de turco, pero no sé cómo va usted a arreglárselas para saber lo que es eso.

Sin molestarse en contestar, suplicóles Doc:

—¡Dense prisa!

Y los tres descendieron a buen paso la escalera y salieron al jardín, atrevidamente atravesaron el campo y alcanzaron el roadster de Doc sin que ocurriera nada de particular.

El coche persiguió la luminosa proyección de sus propios faros, semejante a negro fantasma que persiguiera a una blanca sirena.

—¿Vio a Gardner en el momento en que él le atacaba? —preguntó Doc a Mac Coy, reanudando el interrumpido diálogo.

El joven meneó la cabeza.

—Estaba oscuro y en realidad no vi a nadie. Pero ha debido ser él, porque no había ninguna otra persona en la casa, ¡barbudo bribón!

—¿Tiene idea de por qué le atacaron?

—Sólo conozco una razón: que quieren quitarme de en medio —replicó Mac Coy, encogiéndose de hombres.

—Pues yo lo dudo —declaró Pace.

Mac Coy le dirigió una fría mirada. Pace se la devolvió con creces. Era evidente que se aborrecían.

—¿Qué quiere decir con eso? —interrogó Mac Coy, con acritud.

“Raid” Pace saltó:

—Que ese cuento me suena a falso. ¡Si, señor, es falso!

El semblante de Mac Coy se ensombreció. Se pudo ver a la luz resplandeciente de los faros del coche que apretó la mano y la alzó, iracundo, sobre la cabeza de Pace. —¡Voy a romperle la cara!— mas enseguida bajó el puño —. No. Es usted una mala cabeza y, para colmo, está amargado. Le duele que la señorita Lorna haya salido conmigo en diversas ocasiones, ¿eh?

—¡Dejémosla al margen de la cuestión! —le suplicó Pace, irguiéndose.

Doc lanzó el roadster sobre un puente donde su velocidad le movió a recorrer una veintena de pies con las ruedas despegadas

casi por entero del suelo.

—Dejen a un lado sus asuntos particulares —indicó a los dos hombres—. ¿Qué hacía esta noche en casa de Gardner, Mac Coy?

—Mi profesión es la de consejero en materia de finanzas…

—¡Yo diría que es un “metomentodo”! —saltó Pace, interrumpiéndole.

—¡Cierre el pico o le bautizo! —exclamó el otro—. Le decía, señor Savage, que en calidad de consejero de finanzas…

—No comprendo bien lo que significa ese cargo —observó Doc.

—Pues quiere decir que él me capacita para dar a toda corporación o industria en marcha consejos referentes a sus negocios, como asimismo sirvo, en ocasiones, de intermediario entre dos grandes Compañías en litigio. Por ejemplo: entre la Compañía naviera de Gardner y la naviera y armadora del señor Winthrop con motivo de la discusión entablada entre ambas. El señor Gardner me llamó, yo estudié la situación y aconsejé la fusión de las dos Compañías. Pero se opuso a ello Winthrop. Para tratar de este asunto es por lo que acudí esta noche a casa de Gardner.

—¿Sabe usted —interrogó Doc—, que se ha asesinado al señor Winthrop a última hora de la tarde?

—¡Oh, no! —exclamó Mac Coy, con sentido acento—. ¿Quién le ha matado?

—Los Cráneos Plateados, probablemente.

Mac Coy meneó lentamente la cabeza.

—¿Valiéndose de qué? —deseó saber.

—De un proyectil disparado por un cañón de tres pulgadas.

—Oiga, ¿habla en serio?

Sin contestar a la pregunta, Doc a su vez le interrogó:

—¿Sabe algo respecto a este misterio?

—¡Ni una palabra! —exclamó con vehemencia el otro.

Doc iba a dirigirle sin duda otra pregunta, pero lo pensó mejor y aplicó los frenos al coche. El vehículo se detuvo en seco.

Habíanse aproximado a uno de los puentes tendidos sobre el Harlem que conducen a la isla de Manhattan.

Un pelotón de agentes de policía, provistos de bombas lacrimógenas y revólveres adecuados, les interceptaron el paso.

De él se destacó un sargento que, al avanzar, reconoció a Doc.

Retrocediendo apresuradamente le hizo seña de que pasara, pero

Doc quiso hacerle antes algunas preguntas. Deseaba saber qué era lo que ocurría de extraordinario.

—¿Por qué razón interceptan ustedes el paso del puente, sargento?

—Vigilamos todos los de la ciudad, lo mismo que las vías de ferrocarril y de los metros —replicó el interrogado—, para apoderarnos de esos condenados Cráneos Plateados.

—¿Después del asesinato del señor Winthrop han cometido alguna nueva fechoría?

—¿Una? ¡Dirá usted muchas! —exclamó el sargento—. Han perpetrado varios robos en diversos cinematógrafos, han abierto violentamente una caja de caudales y asaltado tres joyerías. Operan como un batallón de soldados. Bajo las capuchas de sus monos van provistos de máscaras antigás y debajo de los trajes ocultan granadas de mano, ametralladoras y cotas de malla. Son de lo peorcito que ha tenido que soportar la ciudad.

—¿Y se sabe por dónde operan ahora? O por lo menos, ¿a dónde se dirigen?

—Ni tampoco de dónde vienen —replicó el sargento—. Por lo visto, tienen su escondrijo en un punto desconocido de los muelles, por la parte del East River, porque siempre que acaban una faena de las suyas van hacia allá.

Doc Savage continuó adelante.

—Si nosotros hemos andado tras de los Cráneos Plateados toda la tarde —observó Pace—, ¿cómo es posible que hayan cometido todos los robos de que ha hablado el sargento? ¡No puede ser!

—La banda, esa debe ser muy numerosa —replicó el hombre de bronce—, probablemente hemos seguido sólo una ínfima parte de ella.

—¿Adónde vamos? —interrogó Mac Coy, bruscamente.

En vez de replicar, Doc detuvo el roadster ante una farmacia de las que están abiertas toda la noche, penetró en su interior y hojeó con avidez el listín del teléfono.

Pace y Mac Coy, que le habían seguido, miraban con interés la operación.

En el listín halló Doc numerosas entidades que llevaban el nombre de «Cabeza de turco». Su dedo bronceado seguía infatigable la lista de nombres.

—Veamos éste —dijo, al fin, deteniendo el índice en uno que rezaba:

Club «Cabeza de turco».

Pace pegó un respingo.

—¿Por qué elige ese entre todos? —deseó saber.

—Es muy sencillo. Vea la dirección. Se halla enclavado en el distrito de Brooklyn, junto a los muelles, o sea frente a la isla de Manhattan, donde habitan los bandidos; y en Wallow Street, para ser más exacto. Tras de sus crímenes no es improbable que la banda se haga transportar por el río a la playa de Brooklyn.

—Le ruego que le permita ayudarle en la medida de mis fuerzas —rogó inesperadamente Mac Coy—. El caso despierta en mí un interés personal, desde luego.

Las doradas pupilas de Doc se le mostraron inescrutables.

—¿Personal? —repitió.

—Como figuro en la nómina de empleados de Gardner —explicó el joven—, quisiera que no se me achacaran cosas que no he hecho. Gardner viene actuando, desde hace poco, de manera singular, la cual me induce a sospechar que pasa algo anormal. Si las cosas van mal resultaré comprometido en el caso públicamente. Por ello si es que he estado trabajando para un pillo, deseo que se sepa que he sido una de las personas que han contribuido a llevarle a la cárcel.

—¿Así usted opina que Gardner es un bribón?

—Sí. Es muy posible también que sea el jefe de los Cráneos Plateados —replicó Mac Coy.

Wallow Street era una calle corta y muy estrecha, llena de malos olores y de sombras. Se componía de una media docena de edificios que, a excepción de los dos primeros, situados en la parte alta de una colina, alternaban con casuchas de ínfima categoría.

Ellas albergaban pequeños almacenes y depósitos, tinglados abarrotados de velamen y tiendas de cordelería y otros objetos útiles para la navegación en pequeña escala.

La calle terminaba delante del agua, allí donde las sucias aguas del East se estancaban. Y lamían los malecones, dejándoles una capa de fango y de grasa.

A la sazón, los muelles estaban desiertos, mientras que, por el contrario, en la calle, sus infelices vecinos se aglomeraban en las escalerillas de incendios o en lo alto de las boardillas para escapar a

la cálida neblina.

«Rapid» Pace y Hugo Mac Coy guardaron silencio mientras Doc metía el coche en la Wallow Street. Continuaban sumamente fríos y circunspectos entre sí y en todo el trayecto no habían vuelto a dirigirse la palabra.

Al detenerse el roadster intentaron apearse, mas les contuvo una seña del hombre de bronce.

—Quédense aquí los dos —les ordenó.

Luego la maloliente oscuridad pareció tragarse al gigante de bronce. Ningún sonido indicó el punto por donde se había marchado.

Pace y Mac Coy dirigieron la mirada a las esquinas de la calle, brillantemente iluminadas a la sazón. Esperaban ver pasar junto a una u otra al hombre de bronce, mas no sin cierta sorpresa, no le vieron aparecer.

De haber alzado la vista hasta situarla a un nivel de la línea de tejados le hubieran divisado allí en el acto de destacarse del fondo nebuloso del espacio tras de verificada la ascensión mediante el escalo de una tubería de metal colocada para el desagüe del tejado.

No había señales de vida en lo alto del tejado; sin embargo, Doc echó a andar por él con tantas precauciones como centinela, al cual se le ha encargado mucho estar alerta.

Los tejados estaban unos de otros a igual nivel, con excepción del de una casa que constaba de un piso menos que las demás. Doc salvó el inesperado obstáculo valiéndose del gancho y el cordón de seda que ya conocemos.

Después de franquearlo se aproximó al alero y observó la calle con un pequeño periscopio. Este aparato funcionaba, notablemente bien aun en la oscuridad.

Club «Cabeza de turco».

El letrero se hallaba debajo de él, casi a sus pies, y sus letras rodeaban una llamativa cabeza de turco. El edificio entero estaba tan desprovisto de luces como los negros y sombríos almacenes que se alzaban a ambos lados de él.

Doc retrocedió. Los edificios así suelen ser abuhardillados, Doc buscó y halló la ventana de una bohardilla y aplicó a ella el oído. Escuchó largo tiempo sin oír sonido alguno procedente del interior.

No entró en la bohardilla; dirigiéndose a la parte posterior de la

casa, fijó el gancho de hierro a una chimenea y se deslizó por el cordón de seda hasta el nivel de una ventana.

La abertura tenía un hermoso cristal. La lámpara de bolsillo salió entonces a la luz, despidió un haz de rayos poco más gruesos que la mina de un lápiz y Doc examinó el borde donde se hallaba el cristal incrustado.

Ahondó cuidadosamente en él con la punta del cortaplumas.

Lo que halló en aquel borde estaba tan bien oculto que por poco si se escapa a su atento examen. Adherido a la masilla había un hilo de cobre, tan fino como un cabello. De haber tratado de quitar la masilla con menos cuidado hubiera roto aquel hilo y dado la voz de alarma.

Ahora bien: tal descubrimiento demostraba que no había estado de más la precaución empleada. Y no era imposible que también la ventana de la bohardilla estuviera dispuesta del mismo modo.

Doc continuó la tarea de descubrir con sumo tiento el hilo de cobre para localizar sus extremos Entonces unió ambos cabos, formando de esta manera un corto circuito que mantendría, en actividad los electro magnetos del sistema de alarma. Sin el cortocircuito en cuestión no hubiera podido quitar el cristal a la ventana sin que actuara el ingenioso mecanismo.

Tranquilizado con respecto a este punto se abrió paso a través del bastidor de la ventana, pero antes de saltar al otro lado volvió a descender al tejado, corrió, atrevido, a la ventana de la bohardilla, le dio un tirón y la ventana se abrió.

Rápido como una centella corrió junto al cordón de seda, por él se deslizó al nivel de la ventana abierta, de un tirón sacó el gancho de su sitio, arrolló el cordón en torno a él y se lo guardó en el bolsillo mientras se internaba en el club.

Avanzando sin hacer ruido llegó junto a una puerta, asomó la cabeza y halló la prueba de que las precauciones tomadas poco antes no habían sido vanas.

Al extremo del pasillo y apenas distinguibles a la vaga luz que penetraba por la abierta ventana de la bohardilla, divisó cuatro siluetas humanas trajeadas de plata.

—Cuidad de poner los silenciadores a las ametralladoras —dijo una voz.

—¿Por qué no bajará el hombre que ha abierto la ventana? —

murmuró otra.

De ese modo transcurrió un minuto, quizá, de ansiosa espera.

—Vosotros dos volved al cuarto y vigilad a los dos pimpollos de Savage —tornó a susurrar el bandido que había hablado primero.

Dos Cráneos Plateados se destacaron del grupo. Bajaron por el pasillo y descendieron un tramo de escaleras. No vieron a Doc Savage porque iba delante de ellos.

Doc hizo una cosa extraña mientras adelantaba en silencio. En una de sus manos llevaba un bote de tela perforada similar a los potes de talco que vemos en las perfumerías y, de vez en cuando, derramaba en el suelo parte de su contenido. Como el polvo era oscuro, no se destacaba en la oscuridad.

Los dos cráneos de plata llegaron, al fin, delante de una puerta, que empujaron e iluminaron con sus lámparas de bolsillo. La ojeada que dirigieron a su interior pareció satisfacerles.

—No lograrán escapar —dijo uno:— ahora ven conmigo y nos llegaremos hasta la puerta trasera de la casa. No me agrada el modo que ha tenido de abrirse la ventana de la bohardilla, pues es probable que alguien la haya hecho para engañarnos mientras penetraba aquí por otro lado.

—Ya sabes que nadie puede hacerlo sin dar la señal de alarma —replicó su compañero.

—De todos modos vamos a asegurarnos de ello.

Los dos hombres se retiraban.

Habrían llegado apenas al primer recodo del pasillo cuando ya Doc surgía junta a la puerta, la empujó y pasó al otro lado. Recorrió el interior de la pieza con el luminoso hilo de su lámpara.

En ella estaban esposados de pies y manos el elegante Ham y el simiesco Monk. Lo mismo sus labios que sus ojos estaban ocultos por vendas que casi les ocultaban el rostro.

EL resorte que cerraba, las esposas era primitivo y cedió pronto al fino acero utilizado por Doc. Mediante rápidos tirones despojó a los dos hombres de las mordazas.

Monk se enderezó con un rugido y se destapó los ojos. Vió a Doc, abrió la boca, estupefacto, y dejó caer el puño con el cual se disponía a descargar un golpe.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó, sonriendo—. Ya sabía yo que llegarías. Sólo era cuestión de más o menos, tiempo.

De pronto se abrió la puerta con violencia.

Uno de los encapuchados asomó la cabeza por el hueco abierto, atraído, sin duda por la exclamación de Monk, vió a Doc y lanzó un alarido ensordecedor.

Doc empuñaba todavía una de las esposas de que había despojado a sus compañeros, e instintivamente, la arrojó sobre la puerta.

La cabeza desapareció, cerrándose la puerta al tiempo que la esposa astillaba una parte de su paño.

En el corredor sonó entonces un ruido especial semejante a la caída del granizo sobre un tejado de zinc; producíalo el tableteo de una ametralladora silenciosa cuyos impactos sobre la puerta eran más fuertes que el clamor desplegado para vomitar las balas.

Monk estaba ya de pie, Doc le lanzó, de un empujón, a un extremo de la pieza, y lo mismo hizo con Ham, que luchaba por arrancarse la venda de los ojos. El hombre de bronce intentaba ponerlos a cubierto de la tormenta que se les venia encima.

Un griterío extraordinario, alternado con rápidas carreras sonaba en el pasillo. Los Cráneos Plateados se reunían para el ataque.

En la habitación ocupada, por Monk y Ham, que estaba amueblada, había sillones, mesas, columnas diversas, Doc lanzó uno de aquellos muebles por la ventana y cayó al otro lado con gran estrépito de vidrios rotos.

Desde el pasillo se disparaban tres automáticos silenciosos, cuyos proyectiles, de calibre de una pistola, no lograban atravesar las paredes de la pieza. Sin embargo, saltaron los goznes metálicos de la puerta.

Una mano enguantada introdujo en el interior del cuarto el cañón de una ametralladora. Monk arrojó sobre ella una de las columnas destinadas a sostener un cenicero. La columna dio en el blanco; gimió el dueño de la mano y la ametralladora patinó por el suelo, hasta el otro extremo de la pieza.

Monk se lanzó sobre ella exponiéndose a que le disparasen un tiro en el ínterin.

—¡Aguarda! —exclamó Doc. De un tirón se despojó de la cota metálica que llevaba puesta, con objeto de proteger su dorso, la extendió sobre una silla y alargó el improvisado escudo a Monk

que, protegido por él, corrió a apoderarse del arma.

La silla saltó y se estremeció bajo los impactos y al llegar junto a ella caían al suelo, aplastadas, las balas, pero Monk consiguió apoderarse de la ametralladora. Al tenerla en la mano hizo fuego con ella sobre sus asaltantes y en el pasillo alguien lanzó un grito de dolor.

—Los bandidos llevan también cotas de malla —anunció a Doc, cuando estuvo a su lado—, y por ello hay que apuntarles a las piernas o a la cabeza. Yo le he dado a uno en la pantorrilla.

El clamor de la ametralladora apresada produjo un efecto notable, al parecer, porque instantáneamente cesó el tiroteo en el pasillo. Sonó ruido de pasos que se fue debilitando, poco a poco. Monk salió prontamente del cuarto, sosteniendo a la altura de su pecho el improvisado escudo.

—Me parece que se dirigen a la parte posterior de la casa —exclamó.

Doc y Ham le siguieron. Todavía oyeron correr a Los Cráneos Plateados, hasta que inesperadamente reinó profundo silencio en la casa.

En el suelo había un reguero de sangre, de la sangre derramada por el hombre herido en la pantorrilla. Doc siguió aquel reguero, mas no por mucho tiempo, pues terminaba de un modo que indicaba haber sido enjugado, quizá, con un pañuelo del propio herido.

—Me parece que no han abandonado la casa y que vamos a encontrarles —dijo Monk.

—Vigilad las puertas —recomendó Doc.

Monk corrió a la entrada y casi al momento hubo al lado de ella violento forcejeo. Este forcejeo cesó muy pronto.

¡Doc, ya tengo uno! —gritó Monk—. Lo acabo de atrapar al salir.

Doc corrió al punto indicado y halló en él al simiesco químico que tenía en jaque, con la ametralladora a un asustado joven.

¡El joven era “Rapid” Pace!

—Oímos ruido de lucha y decidimos intervenir —explicó, balbuceando.

—¿Dónde está Mac Coy? —le preguntó Doc Savage.

—Ha dado la vuelta al edificio. Eso es, al edificio.

—¿Ha visto salir corriendo a alguien del club?

—No, no, señor.

Doc examinó un momento a Pace. Se necesitaba un valor poco común para penetrar, así en el club. Aquel individuo era un enigma; en ocasiones daba muestras de fibra, en otras parecía de lo más asustadizo.

Apareciendo por la puerta trasera del edificio, Hugo Mac Coy puso fin a sus reflexiones. Nadie, aseguró con énfasis a Doc, había corrido calle abajo, procedente de aquella puerta.

—Sin embargo, por algún lado han debido marcharse los bandidos —observó Monk.

Había recobrado ya la voz infantil que le era peculiar y que formaba chocante contraste con su esforzada manera de entrar en acción.

Justamente entonces le agradaba hacer muchísimo ruido.

—Pues en caso necesario recorreremos la casa entera hasta, descubrir dónde se han metido —replicó Doc—. Monk, Ham, ¿les habéis oído decir algo que pueda descubrirnos a la persona que les dirige?

—Lo hace, en realidad, alguien que se mantiene al margen del caso y que ni siquiera, se mezcla con la banda. Como que ni siquiera le conocen muchos de los miembros que la integran. Por ello ni sabemos su nombre ni hemos oído nada que pueda, revelarnos su identidad —fue la malhumorada respuesta de Ham.

—Lo que sí podemos decirte es que su lugarteniente se llama Ull —dijo Monk—, y el tal Ull no es un cualquiera. Es un hombre de ciencia, a lo que parece. Él es quien ha inventado muchas armas químicas de que se sirven Los Cráneos Plateados. Por… ejemplo, sus disfraces y las cotas de malla, tan eficientes o más que las nuestras. También ha compuesto un veneno que mata por contacto.

La errante mirada de Doc se había posado en un aparato telefónico.

—¡Un momento! —suplicó a sus compañeros. AL tomar en la mano el receptor descubrió que funcionaba y marcó un número. Antes de que fuera levantado el receptor de su gancho, al otro lado de la línea oyó llamar dos veces al timbre lejano.

—Aquí es el Instituto de Belleza de la “Park Avenue” —dijo al cabo una educada voz femenina.

—¿La señorita Savage? Deseo hablar con ella —dijo Doc.

Un momento después dijo otra voz:

—La señorita Patricia al habla.

—¿Está bien la señorita Lorna Zane? —deseó saber Doc.

—Si no sucumbe al cabo a alguno de mis tratamientos, lo estará —replicó Pat—. Figúrate que se me ha ocurrido decirle que se valga de todos los ingredientes que quiera mientras está conmigo y se está aprovechando que es un contento. Para principiar se está aplicando mi crema egipcia para el cutis. ¿Sabes lo que me figuro, Doc?

—Vigílala bien —le sugirió Doc.

—No temas. Pero ¿sabes qué es lo que sospecho? Pues que la has trastornado. Siempre me está preguntando por ti.

Doc replicó en tono, seco:

—Trata de desengañarla —y dejó el auricular.

CAPÍTULO IX

LA CAPTURA

PATRICIA colgó, a su vez, sonriendo, ya que sabía que Doc era invulnerable como pocos hombres a los encantos femeninos. La atención de una mujer le azoraba y por ello mismo disfrutaba Pat en ponerle en aprietos.

Lástima era, en verdad, que se mantuviera indiferente en aquella ocasión porque no cabía dudar de que había hechizado a la señorita Zane y no era sólo ella una belleza, sino que también poseía exquisita sensibilidad e inteligencia.

—¡Pobre Lorna! —exclamó, suspirando—. Es como si se diera de cabeza en una pared de piedra.

—Y tú, hija, vas a recibir un tiro si no te estás quieta —le dijo una voz fría inesperadamente.

Pat se sobresaltó y rápidamente dio media vuelta. Las ventanas de su despacho particular se hallaban encuadradas por cortinajes que llegaban hasta el suelo. Un hombre desconocido surgió de detrás de uno de ellos.

Por lo menos Pat decidió que era un hombre, ya que su voz era bronca por demás para surgir de unos labios femeninos. En cuanto a su aspecto era singular: iba cubierto por un traje plateado.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

—Casi nada.. Pero no se preocupe en averiguarlo y llame a la dama Lorna.

Y así diciendo, el intruso alzó su diestra enguantada para demostrarle que iba armado.

Pat miró el revólver. Exteriormente se conservaba muy serena y estaba muy elegante con su traje de tarde, creación de una de las mejores modistas de la ciudad.

—¡Ea, muévase! —le ordenó el hombre.
—Voy, voy —Pat se apoderó del auricular de un teléfono interior.
De un rápido salto colocóse el intruso a su lado, le arrancó de la mano el instrumento y lo colgó de su gancho.
—¿Qué ibas a hacer? —exclamó con un gruñido.
—Ese aparato comunica con la habitación donde un peluquero está arreglando ahora los cabellos de la señorita Zane —le explicó Pat—. Iba a llamarla. Si no me cree usted, llámela usted mismo.
El hombre vaciló, como dudando de lo que debía hacer en aquella ocasión.
—¿También trabajan hombres en esta casa? —preguntó.
—Naturalmente, y muy guapos por cierto —replicó Pat—. A las damas de la buena sociedad, entradas en años, les agradan así.
—¡Ya! —dijo con sorna el hombre—. Pues voy a arriesgarme a que cualquiera de esas damas me tome por un peluquero o masajista.
Tomó el auricular que, con el receptor constituía una sola pieza, se lo llevó a los labios y comenzó a decir:
—Deseo hablar con la persona que le está arreglando el cabello a la señorita Zane…
No habló más porque le interrumpió un ruidillo singular. Jadeando, semiahogado, tuvo que dejar, de súbito, el auricular y retrocedió tambaleándose.
Parecía haberse olvidado de que poseía un arma y se llevó ambas manos a las aberturas para los ojos que tenía la capucha de su disfraz.
Pat se abalanzó a él, con las dos manos se apoderó del arma que empuñaba y se la arrancó de un tirón. Triunfante, retrocedió de un salto, porque en ocasiones había ayudado a Doc, peligrando a veces su vida y por ello tenía tomadas sus precauciones.
Una de éstas era, justamente, la del aparato telefónico. Estaba desconectado y por consiguiente no funcionaba, mas el acto de aplicar la boca al receptor provocaba la salida por él de un pequeño chorro de gases lacrimógenos.
Tan ingeniosa idea debíase al hombre de bronce, a cuyo fértil cerebro debíanse también otros muchos inventos por el estilo.
—Cuando se haya recobrado —dijo Pat al “gangster”—,

recuerde que debe levantar los brazos.

El hombre gruñó balbuceando palabras incoherentes No sabía quitarse las manos de los ojos. Los sonidos balbuceantes, entrecortados, que emitía, le daban cierta semejanza con una criatura.

Tan fuertes eran que ahogaban el ruido hecho por un segundo Cráneo Plateado que apareció en el umbral de la puerta, a espaldas de Pat, y avanzó, diligente, con el brazo levantado.

El arma que empuñaba la mano de aquel brazo descendió pesadamente sobre Pat. La muchacha gimió y se le doblaron las rodillas.

—Eres prudente —dijo el recién llegado,— mas no todo lo que sería de desear.

Mientras se hallaba todavía aturdida fue levantada en vilo y tirada sobre un sillón. La misma arma que le había asestado el golpe le fue mostrada, puesta delante de su vista.

—Te aseguro que no tendré reparo en disparar con ella sobre una dama —le dijo el bandido—. Tenemos mucho que perder para andarnos con chiquitas.

Pat replicó con mucha compostura:

—No tengo la menor gana de moverme.

—Veo que eres comprensiva —gruñó el hombre no sin cierta admiración. Y a continuación dijo a su compañero:

—Ahí, en ese ángulo, tienes una pililla. Lávate en ella los ojos.

El primer bandido, semicegado aún, se dirigió a tientas a la pililla y si bien se echó encima bastante cantidad de agua, consiguió, al cabo, lavarse los ojos.

Por entonces los efectos del gas se disiparon y pronto pudo valerse de la vista. Con gusto se arrogó la tarea de vigilar a Pat.

—Hazme otra jugarreta por el estilo —le dijo con los dientes apretados—, y te dejo en el sitio.

—No harás tal. La dama debe venir con nosotros. Esa es la orden del jefe.

—Eso significa que voy a tener el honor de acompañaros, ¿verdad? —interrogó Pat.

—Justamente.

—¿Por qué?

El hombre le dirigió una mirada penetrante a través de los

agujeros abiertos en el capuchón a la altura de los ajos.

—Si no me engaño, ese Doc Savage la considera mucho —dijo.

—¡Hum! Sospecho que más quisiera que no hubiera nacido yo —replicó Pat—. Le sorprendería si le contara el sinnúmero de veces que ha perdido un tiempo precioso en salvarme de la muerte.

El Cráneo Plateado se rió groseramente.

—Bien. ¡Pues ahora vamos a darle ocasión de que vuelva a hacerlo! —declaró.

Pat profirió vivamente:

—No comprendo…

—Quiero decir que vas a convertirte en cebo, ¿comprendes ahora? Nos serviremos de ti para hacerle caer en una trampa.

—¿Y por lo mismo, sin duda, les habéis respetado la vida a Monk y Ham?

El hombre rechinó los dientes.

—¿Sabes que Doc les ha libertado, eh?

Pat lo ignoraba, ya que con su reserva habitual, nada de ello le había dicho Doc por teléfono.

Una alegre sonrisa le dilató los labios y miró sin pestañear la boca del arma con que el hombre la amenazaba.

—Mi intuición femenina me dice —manifestó al bandido—, que sería conveniente que renunciarais a vuestros planes del momento y corrierais a refugiaros en… en Tombuctú, pongo por caso.

—Tu intuición debe decirte, ahora, que debes cerrar el pico —replicó el "gangster", acercando a su rostro el revólver.

—¡Basta de conversación! —ordenó el otro "gangster", que atentamente examinaba los aparatos telefónicos colocados sobre la mesa del despacho. Al cabo, tomó el auricular de uno de ellos, le sostuvo un momento en el aire, marcó la llamada y pareció satisfecho del resultado obtenido.

—Envíe a la señorita Zane al despacho de la señorita Savage —pidió a la persona que contestó a su llamada. Luego, mientras dejaba el auricular, miró ceñudo a Patricia.

—Esperemos que esta vez salga bien lo que nos hemos propuesto o de lo contrario… —dijo en son de amenaza.

Por suerte el plan se desarrolló a gusto de los dos "gangsters". Muy compuesta, atractiva, y sin el menor recelo, entró Lorna en el despacho con paso ligero. Las empleadas de Pat habían hecho de

ella un reclamo de la casa.

Los dos hombres se colocaron, al punto, a su lado, apuntando con los revólveres.

—¡Sé prudente, hija mía! —le advirtió uno de ellos.

Lorna miró a uno, luego a otro, luego a Pat.

—Lamento lo que sucede —dijo ésta—. Mas no he podido evitarlo.

—También podría yo gritar —dijo Lorna, con acento sombrío—. Pero entonces moriríamos las dos.

—Puedes estar segura de que así sucedería —le dijeron.

—Ahora, saldréis en nuestra compañía a la calle por la puerta de servicio —dispuso el segundo Cráneo Plateado.

Lorna no se movió. Contemplaba con mirada intrépida a las dos siniestras figuras de los enmascarados.

—¿Qué queréis de mí? ¿Por qué tratasteis de asesinarme en las oficinas del astillero?

—Ya sabes la razón. No trates de enredarnos, hija mía.

—No, de veras que no —insistió Lorna—. ¡Digo la verdad!

Su acento vehemente pareció penetrar en los Corazones endurecidos de los dos hombres, convenciéndoles.

—En ese caso, dinos: ¿has echado una ojeada a las impresiones?

—¿De cuáles me hablan? ¿De las heliográficas robadas a la caja de caudales de las oficinas?

Eso es. ¿Las conoces?

—No, no las conozco.

El Cráneo Platearlo dejó escapar un leve silbido de asombro.

—¡Que me aspen si no le creo! —exclamó. Y adoptó un aire pensativo.

El segundo Cráneo Plateado prorrumpió en una estridente carcajada.

—Creo adivinar lo que ha pasado —dijo a su compañero—. Recordarás el diálogo entablado por teléfono entre el jefe y el señor Winthrop y cómo el primero amenazó de muerte al segundo, ¿no es eso? Pues bien: la amenaza amedentró a Winthrop. Dijo al jefe que «la dama», aquí presente, conocía la existencia e historia de las impresiones que entregaría a la Policía en el caso de que algo malo ocurriera. Hemos vigilado a Winthrop y en efecto, las impresiones estaban en poder de «la dama» aquí presente.

—¿Es decir, que Winthrop mintió con objeto de salvar todavía el pescuezo?

—Así parece.

—Entonces, ¿me dejarán ustedes en libertad? —inquirió, esperanzada, Lorna.

—¡Sí, aguarda un poco! —gruñó el segundo Cráneo Plateado—. ¡Vamos, en marcha! ¡Y no os olvidéis de llevarnos hasta la puerta de atrás!

Lorna y Pat obedecieron. Humildemente echaron a andar delante de los dos bandidos. ¿Qué otra cosa podían hacer?

En un lugar de una calle, por la parte de atrás del ultramoderno edificio que albergaba el famoso Instituto de Belleza propiedad de Pat, se extendía un pasaje cerrado por grandes puertas de hierro.

El pasaje era frecuentado, durante el día, por los grandes camiones que llegaban al edificio a descargar géneros y mercancías, pero a aquella hora el pasaje estaba ocupado por un solo camión, inofensivo en apariencia.

Su conductor llevaba subido el cuello de la chaqueta y el sombrero encasquetado hasta los ojos, lo cual, unido a las tinieblas de la noche, impedía que se le reconociera.

Ni Lorna ni Pat consiguieron ver sus facciones al subir, a la fuerza y en compañía da sus secuestradores, al camión, cuyas puertas se cerraron a sus espaldas.

Uno de Los Cráneos Plateados acercó los labios a una ranura de la pared y preguntó al conductor:

—¿Qué tal?

—Todo va bien —repuso alegremente—. Acabo de recibir una nota del jefe, Doc lo ignora, mas, todo está dispuesto. Saltará en el plazo de diez minutos, a lo sumo. ¡El jefe en persona lo ha preparado todo!

—¿Dónde se encuentra ahora Savage?

—En el club.

El Cráneo Plateado profirió un espantoso juramento.

—A ver si descubre… —exclamó sin decidirse a terminar la frase.

—No hay miedo —afirmó muy sereno el conductor—. Primero hallará la muerte. Ya te he dicho que está todo dispuesto; Savage nada sospecha, hasta que de pronto… ¡pum! habrá concluido.

Pat no perdió una palabra del diálogo y, en su desesperación, se arrojó, con súbito impulso, sobre el enmascarado que tenía más cerca. Fue un movimiento destinado a fracasar, porque el hombre estaba alerta.

Hurtó, pues, la acometida ladeando el cuerpo y respondió a ella asestando a Pat en la cabeza un golpe no muy fuerte, pero sí suficientemente violento para obligarla a retroceder, tambaleándose.

El vehículo rodó fuera del pasaje y se perdió en la aglomeración de coches que originaba el tráfico mientras que en el interior del camión los dos bandidos amordazaban a las muchachas con pañuelos sujetos por tiras de esparadrapo, mientras les decían:

—En el club «Cabeza de Turco» os notificarán, lo ocurrido.

CAPÍTULO X

MORTAL EXPLOSIÓN

EL club estaba, silencioso exteriormente pero en su interior se llevaba a cabo siniestra tarea. Doc y sus compañeros proseguían la búsqueda emprendida.

—Este lugar es más que un refugio —les aseguró Monk—. Encierra un secreto.

—¿Qué te mueve a afirmarlo? —deseó saber Savage.

—El proceder de Los Cráneos Plateados —replicó el químico—. Se muestran cautelosos en grado sumo y en cierta ocasión oí decir a uno de ellos que si la Policía llega a descubrir lo que aquí hay, habrá puesto toda la carne en el asador.

Ham, que estaba sacando ropa de un armario, lanzó un gruñido placentero.

Acababa de hallar su bastón estoque.

—Nuestros secuestradores se lo trajeron después de apoderarse de nosotros —explicó, blandiéndolo—, y el veneno que contiene la punta del estoque despertó su curiosidad. Creen que Ull puede hacer buen uso de él.

—Sí, a jugar por lo que he oído, ese Ull es un as en inteligencia.

La excitación del momento encendía el rostro de Hugo Mac Coy cuando se mezcló a la conversación.

—¿Alguno de ustedes, caballeros, ha oído hablar, mientras estaban presos, de Burgess Gardner? —interrogó.

—No —contestóle Monk—. ¿Quién es ese individuo?

—Probablemente el jefe secreto de Los Cráneos Plateados —repuso Hugo.

Pace exclamó entonces:

—¿Qué diantres le mueve a sospechar de Gardner? Eso es. ¿Qué

le mueve a sospechar? ¡Me agradaría saberlo!

—¿Sospecha usted de otra persona? —inquirió Mac Coy.

Pace le dirigió una mirada, fulminante y le volvió la espalda.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso —observó al propio tiempo—. Lo que urge ahora es descubrir dónde se han metido los misteriosos Cráneos Plateados.

—No será difícil —repuso Doc, en voz queda—. Monk: vigila tú la puerta de servicio; usted, Mac Coy, la de entrada.

Él salió a la calle y corrió a la esquina tras de la cual había dejado el coche estacionado. La calle continuaba silenciosa. Únicamente oíanse los gritos alegres de la chiquillería alojada en las casas de vecindad del distrito.

Del asiento posterior del «Roadster» sacó un objeto que se hubiera tomado, sin vacilar, por una cámara fotográfica. Era, en realidad, la linterna proyectora de rayos violeta.

Con ella en la mano, volvió al club y subió la escalera. Se recordará que había derramado en ella, parte de los polvos de la caja de talco mientras Los Cráneos Plateados le conducían, sin saberlo, junto a Monk y Ham.

Sin saberlo, también, los bandidos habían pisado aquellos polvos.

Doc apagó todas las luces, encendió la linterna y apuntó al suelo con la oscura lente. Diseminadas huellas de un resplandeciente azulado matiz aparecieron en todos los puntos sembrados de polvos.

Allí donde habían sentado la planta Los Cráneos Plateados surgían innumerables huellas fosforescentes.

El hombre de bronce siguió el rastro que ellas le proporcionaban, poco a poco, fue tornándose más impreciso. Era que al andar se habían ido desprendiendo los polvos de las suelas de los zapatos de los bandidos.

Así y todo le llevó hasta los bajos.

El suelo era de hormigón. Un gran horno, veíase adosado en uno de sus ángulos y en torno a él se extendían, semejantes a los tentáculos de un enorme cefalópodo, gruesas tuberías. Junto a ellas distinguió Doc cajas, una lata llena de carbón y diversos barriles.

Las huellas luminosas le llevaron junto a una de aquéllas que estaba arrimada a la pared.

—Haceos atrás —recomendó el hombre de bronce a Ham y Pace,

que le habían seguido; y movió el barril.

De momento pareció que se hallaba colocado sobre terreno sólido, mas una ojeada, atenta les descubrió un boquete circular cuyos contornos disimulaban las señales dejadas en el suelo por el fondo del barril.

Sirviéndose del tacón del zapato, oprimió Doc la cubierta del boquete hasta que, inesperadamente, se levantó y saltó como un muelle, descubriendo una cavidad tan negro que parecía un pozo lleno de tinta.

El haz luminoso de la lámpara de bolsillo llenó de luz la habitación que había detrás y la escalera de descenso. Suelo y paredes del piso subterráneo estaban revestidos de ladrillo.

En él había una mesa, sillas, perchas, de las cuales perdían trajes da plata en abundancia, cajas abiertas llenas de proyectiles y otras llenas de armas y de granadas de mano.

Mas tampoco se encontraban allí Los Cráneos Plateados.

Tras de asegurarse que no iba a caer en un lazo, descendió Savage la escala.

De la percha había colgados, aparte, cuatro monos plateados que era evidente se habían dejado allí apresuradamente, Doc los levantó, lleno de curiosidad.

Una estaba manchada de sangre, fresca todavía.

—Sin duda pertenece al individuo herido por Monk en la pierna —decidió.

Y permaneció enfrascado en la contemplación de aquellos trajes.

Arriba, Monk descansaba, ora sobre un pie, ora sobre otro, mientras vigilaba la puerta encomendada a su cuidado. Suponía que abajo se habría entrado ya en acción y sufría por tener que permanecer inactivo.

Sus ojos escudriñaban el callejón, aplicó el oído, retrocedió hasta la escalera del bajo y tornó a escuchar.

Ningún ruido salía de los bajos de la casa. Pero lo que sorprendió fue un leve rumor originado al otro lado de la puerta vigilada por Mac Coy.

Monk titubeó.

—¡Mac Coy! —llamó, muy quedo.

No obtuvo respuesta. Con la ametralladora empuñada, se acercó a la puerta.

Mac Coy debía estar al otro lado; sin embargo, no estaba. Monk recorrió de una ojeada la parte visible de la calle.

Transcurrieron unos segundos antes de que vislumbrara, un objeto borroso que se alejaba del club al amparo de la sombra proyectada por el edificio.

Actuando con una ligereza notable en un ser de su volumen, Monk descendió los peldaños de la entrada, recorrió unos doce metros y, apuntando con deliberada lentitud, invitó al bulto en movimiento:

—¡Alto, sea quien sea!

La silueta guardó silencio tanto tiempo seguido que parecía como si no fuera a contestar jamás.

—¡Vamos, hable! —gruñó Monk.

—¡Calle, que pueden oírle! —le contestó la voz de Mac Coy.

—¿Oírme? ¿Quién?

—Cuatro de Los Cráneos Plateados, a los cuales acabo de ver en el acto de cruzar la calle.

—Aguarde un momento. Voy a enterar a Doc de ello. Vale la pena.

Rápido como el viento, tornó a penetrar en el club, descendió parte de la escalera del bajo y chilló:

—¡Doc! ¡Mac Coy acaba de divisar en el acto de preparar algún ardid a cuatro Cráneos Plateados!

Monk divisó a Ham y a Pace mientras corrían escaleras arriba, vió aparecer a Doc en el fondo del boquete abierto en el piso bajo, y no aguardó más sino que volvió en el acto junto a Hugo.

Éste no estaba ya en el sitio donde le había dejado. Decidiendo que se habría adelantado para no perder de vista a su presa, Monk corrió calle arriba.

Llegado a la primera esquina, la vio desierta.

Entonces dirigió la vista en torno para ver si le seguían sus compañeros... y presenció la exhibición más brillante de fuegos artificiales que conociera en toda su existencia.

AL propio tiempo el suelo pareció levantarse bajo sus pies y saltar en sentido vertical. Simultáneamente sonó un ruido semejante al estallido de varios cohetes y una luz deslumbrante le tiñó de rojo las pupilas.

Destacándose del rojo que le servia de fondo vió entonces a Doc,

Ham y Pace. El trío no corría, sino que materialmente volaba par los aires, como impulsado por una fuerza invisible.

Mientras les contemplaba llegó hasta él la fuerza de la explosión, le azotó cual coloso invisible y le derribó abierto de pie y manos.

Aturdido, ensordecido, porque la explosión le había atacado temporalmente los oídos, legró al fin incorporarse. Levantando la vista, vió desplomarse las albardillas de los tejados, caer semejantes a copos de nieve, menudos fragmentos de cristal. También comenzaban a deshacerse varios muros.

En la calle, junto al club, o mejor dicho, donde aquél había estado, se levantaba hasta el cielo un enorme montón de escombros humeantes.

La próxima relación que tuvo con el mundo sensible fue una voz áspera que decía:

—Un simple ladrillo no puede originar lesión en la cabeza de Monk, pronto estará bien.

Incapaz de coordinar las ideas, interrogó:

—Habeas, ¿dónde está?

—Ahí lo tenéis —exclamó Ham—. Sobre todo, le preocupa el cerdo. Le dejamos en el laboratorio, ¿te acuerdas?

—Sí, y, desde luego, te diga que no serás tú quien me preocupe nunca —replicó Monk, ya despabilado—. Pero, ¿qué ha sucedido? Lo único que recuerdo es una especie de Vesubio en erupción.

—Ello acaba de ocurrir —profirió Ham, con vivo acento—. ¡Mira en dirección del club!

Dándose cuenta de que le volvía la espalda, el químico, se volvió, valiéndose de las manos y sin levantarse del suelo, donde se hallaba sentado.

Un intenso resplandor le obligó a cerrar los párpados.

En el lugar ocupado por el club «Cabeza de Turco» se elevaba una torre de llamas crepitantes, que se retorcían a la altura de doscientos pies por encima, de sus cabezas. Oleadas de calor azotaban al propio tiempo el semblante.

—¿Qué será lo que arde así? —balbuceó.

—Materias químicas —replicó al momento Doc—. Sin duda se había abierto una mina, bajo el edificio, cargada, además del explosivo, con otra materia inflamable.

—Mac Coy ha visto correr a cuatro Cráneos Plateados —dijo,

tembloroso, Monk—. Y sin duda, han sido los que han encendido la mecha. ¿Pero dónde se ha metido?

—No le hemos visto todavía —le contestó Doc.

Pace, situado detrás, de ellos, se curaba algunos arañazos sin importancia. Al oír las palabras de Doc, exclamó:

—Ese hombre es muy suave y desconfío de él. ¡Si, señor, desconfío!

—Pues de no haber descubierto en el acto de huir a los hombres del traje de plata —observó Monk—, no lo habríamos pasado muy bien.

Justamente en la parte baja de la calle apareció en aquel momento la borrosa silueta de un hombre. Avanzaba haciendo eses y con ambas manos se oprimía la cabeza. Tenía las ropas desgarradas y de ellas se desprendían partículas de polvo cada vez que tropezaba.

Cuando estuvo junto a ellos vieron que se trataba de Hugo Mac Coy.

—¿Dónde fueron Las Cráneos Plateados? —le preguntó Doc, prontamente.

Hugo les miró con dolorida expresión, sin quitarse las manos de la cabeza.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —repuso—. Parte de una pared se ha desplomado sobre mí y me ha privado del conocimiento.

Las llamas desprendidas de lo que quedaba del club ascendían cada vez a una mayor altura; rojas lenguas de fuego destacábanse de la hoguera y se lanzaban a una altura de cientos de pies.

Como su crepitar dificultaba la conversación, Doc se retiró con sus hombres a un punto donde no les achicharrara el fuego. En torno de ellos sonaban ya las sirenas de alarma sin que hubieran aparecido todavía los bomberos.

Mirando las llamas decidió el hombre de bronce que pasaría mucho tiempo antes de poder ahondar en sus cenizas o llevar a cabo una investigación de las ruinas del club.

—Vámonos —propuso a sus compañeros—. Tenemos que hacer cosas más trascendentales que estarnos contemplando, cruzados de brazos, estos fuegos artificiales.

Tras de dirigirle una mirada escudriñadora, Monk echó a andar resueltamente. Acababa de descubrir que Doc llevaba debajo del

brazo uno de los singulares trajes metálicos que les servían de disfraz a Los Cráneos Plateados.

—¿De dónde has sacado esa prenda, Doc? —deseó saber.

—De una pieza situada, debajo de la parte baja del club.

—¿Podrá servirnos de prueba? —interrogó Monk, con visible ansiedad.

—No, mas como el mono está provisto de bolsillos en su reverso —dijo Doc—, me interesa ver su contenido. Quizá éste nos proporcione la prueba que deseas.

Continuaban alejándose de las llamas. Inmenso gentío habíase congregado ya en torno de sus personas. Las bombas de incendios circulaban entre la multitud con estruendosos bocinazos, seguidas por las brigadas de salvamento y por los coches de la policía.

Tal era el estrépito de la calle y el bullicio que reinaba ahora en ella, que el grupito compuesto por Doc y sus acompañantes llamó poco la atención.

Se detuvo al llegar ante una farmacia cuyos escaparates había destrozado la reciente explosión. Estaba vacía —el farmacéutico había corrido, sin duda, a ver el fuego— pero en su interior ardía una luz. Era la misma visitada anteriormente por el grupo cuando la calle había estada iluminada.

—Veamos la que contienen los bolsillos de ese mono —propuso Monk a sus compañeros.

Doc hizo un gesto de aquiescencia y, seguido por ellos, penetró en la farmacia. Rotos cristales alfombraban su suelo, ya que infinidad de botellas habían sido sacudidas y arrojadas de los estantes por la explosión.

El hombre de bronce se sirvió como de una mesa del tablero de mármol del surtidor de soda.

Después sacó de uno de los bolsillos interiores del mono un rollo de papel azul, lacrado y sellado.

Pace adelantóse, y exclamó:

—¡Anda! ¡Si son las impresiones robadas a la caja, de caudales!

—Así, pues, ¿ha visto ya ese rollo? —interrogó con viveza Mac Coy.

Pace miró, con el ceño fruncido, al aspirante a la mano de Lorna.

—No —replicó—. Me lo ha descrito la señorita Zane.

Doc desenrolló la impresión —era una sola— y la extendió sobre el tablero.

—¡Caramba —exclamó Monk, recorriendo de una ojeada las blancas líneas que se destacaban sobre el fondo azul del rollo—. ¡Si es un esquema de la bahía de Nueva York! ¡No era esto lo que yo esperaba!

El mapa de la bahía no era total, pero sí muy detallado. En él se habían anotado, muy escrupulosamente; por cierto, pequeñas indicaciones y la profundidad del agua.

Era un esbozo grosero y, desde luego, no podía igualarse a la carta de marcar de un buque cualquiera; sin embargo, se le asemejaba mucho.

Doc paseó el índice por la azul extensión del mapa.

—Estas cuatro estrellas señalan, sin duda, puntos muy esenciales —dijo a sus compañeros.

Las estrellas en cuestión hallábanse situadas aproximadamente en el centro mismo del río East. La primera en Manhattan, pasado el distrito de Wall Street; la segunda, al Sur y a un cuarto de milla de la primera; las otras dos espaciadas, un poco más abajo que las anteriores.

—Quizá sean boyas —observó Ham.

—No he visto ninguna, en esos parajes —replicó Doc—. Repara, además, en la posición de la primera, la que está más al Norte.

Ham la examinó más detenidamente y tuvo un sobresalto.

—¡Por Júpiter! ¡Justamente está frente por frente al club «Cabeza de Turco»¡ —exclamó.

—Eso es.

—¿Crees que eso tiene un significado particular?

—¡Ya lo creo!

—Si nos explicaras...

—Más tarde —fue la respuesta del hombre de bronce.

Se acercó a la cabina del teléfono, tomó el receptor y marcó un número. Por espacio de breves momentos se mantuvo con la boca pegada al aparato.

Sus metálicas facciones no se habían alterado. Sin embargo, oyóse un instante aquel ultraterreno sonido sobrenatural que le era peculiar, el que emitía inconscientemente siempre que descubría algo.

Pausada, lentamente, anunció a sus compañeros:

—¡Los Cráneos Plateados acaban de apoderarse —de Pat y de Lorna Zane! Me lo comunican desde el Instituto de belleza.

CAPÍTULO XI

MISTERIO EN EL LECHO DEL RÍO

SE aproximaba el alba y permanecía todavía despierto «papá Knickerbecker», como los humoristas neoyorquinos denominan a su ciudad natal. La noche había sido muy peorcita.

En sus comienzos habíanse perpetrado más de veinte grandes robos, ¿quién los había cometido? Indudablemente Los Cráneos Plateados.

La noticia fue propalada por los diarios; radiada por todas las emisoras, mientras la policía comenzaba a desesperar de su eficacia en este caso.

El alcalde paseó, desvelado, toda la noche, por el corredor de su vivienda. El gobernador no dejó de llamarle por teléfono a cada momento para preguntarle si no opinaba que debía intervenir en el caso el ejército.

Los periodistas aguzaban sus lápices sin cesar y corrían a entrevistar a los dirigentes de las cosas públicas.

En total ascendía la suma robada a casi un millón de dólares, un cuarto de los cuales se había llevado, por sí solo, el camión blindado apresado a primera hora de la tarde.

Buena para ocupar la primera página en la primera edición de la tarde era, no cabe duda la nueva del asesinato de Paine Winthrop; sin embargo, antes de que se diera fin a la edición había sido relegada a las últimas páginas.

Y lo más sorprendente de todo ello era que el Cuerpo de Policía, tan eficiente de ordinario, no había conseguido capturar a la sazón ni a uno solo de Los Cráneos Plateados Es decir: ¡ni siquiera tenía una idea de dónde podría hallarlos!

Ya podían seguir cometiendo fechorías los siniestros personajes

de los trajes plateados, perpetrando robos en gran escala, derribando a tiros a cuantos pretendían oponérselos. Ya podían huir indemnes.

Quizá consiguiera seguirles la policía a lo largo de unas cuantas manzanas de casas. Luego, sin excepción, desaparecían.

Aquella desaparición se llevaba a cabo, generalmente, en los muelles de la isla de Manhattan, y de ello había tomado debida cuenta la policía.

Todavía había niebla en los muelles, y como al propio tiempo tardaría una hora larga en apuntar el alba, se hallaban sumidos en profundas tinieblas cuando hubo transcurrida la noche de que hablamos.

Fuera de los estrechos estaban anclados buques diversos en espera de que se disipara la cerrazón. Dentro de la bahía, remolcadores y vaporcitos circulaban entre resoplidos estruendosos de las sirenas, y sobre cubierta vigilaban los hombres que estaban de guardia.

Un solo bote, en el río, navegaba en completo silencio. Era una bella embarcación, fina y esbelta, sumamente veloz, cuyos motores no producían el ruido proporcionado a su gran potencia, pues llevaban silenciadores.

De ser aquella noche señalada para la obtención del premio Harmsworth, se lo hubiera llevado de fijo: tan rápida era.

En ella iban, solos, Doc y Monk. El químico llevaba los mandos, Doc se calzaba, a su lado, un par de pesados zapatos de cuero con suela de plomo.

De vez en cuando Monk levantaba a la altura de sus ojos un aparato semejante a una caja y escudriñaba, ora una margen del río, ora la otra.

De este modo se orientaba.

Antes de embarcar, Doc había colocado en la motora proyectores de intensa luz infrarroja, cuyos rayos, invisibles a simple vista, penetraban la niebla y el humo hasta un grado notable.

La caja de Monk tornaba visibles aquellos rayos. Así el invento estribaba, pura y simplemente, en una adaptación de los aparatos de señales conocidos por los técnicos navales y estaba constituida por elementos familiares a los buenos fotógrafos.

—El punto que buscamos se halla en la parte alta, del río, a unos cien pies de distancia —decidió el químico, tras de una comprobación final.

Doc se interrumpió en la tarea de calzarse uno de los zapatos de cuero y metió la mano en el interior de una caja. De ella extrajo una boya que encendió y arrojó por la borda con su larga cuerda unida a un ancla por unos de sus extremos.

La boya osciló, llegó, flotando a popa y allí se detuvo. Acababa de anclar.

Monk anunció, después de orientarse de nuevo.

—Estamos ya en el punto señalada en el mapa por la primera estrella.

La embarcación moderó su velocidad. Doc se puso de pie. Con ambas manos levantó a la altura de la cabeza un objeto parecido a una pecera y se lo caló hasta el cuello.

Era un casco de buzo hecho de una materia transparente como el vidrio, sólo que más resistente, y su ventaja sobre los cascos usuales consistía justamente en aquella transparencia, que facilitaba la visión en todos sentidos.

En el interior del casco iban un receptor y un micrófono, conectados a una pequeña emisora colocada a espaldas de Doc, en la chaqueta que se estaba poniendo a la sazón. En una manga iba la antena emisora y en otra la receptora del aparato.

Esta última era una espiral y, señalando con el brazo en todas direcciones, Doc podía determinar la posición de cualquier otro buzo que se sirviera de una de los transmisores.

Doc abrió el impermeable aparato de radio y le dio media vuelta a la llave de longitud de onda. En el acto captó otras estaciones más importantes, emisoras de aficionados, ondas ultracortas. Mezclado a ellas percibió de súbito un gemido estridente.

Aguardó, con los nervios en tensión. El gemido tornó a dejarse oír.

Señalaba una emisora oficial. Doc continuó buscando, y cuando halló una faja libre, dio a Monk la longitud de onda.

También Monk se había apoderado de un aparato de radio similar, y por ello se apresuró a anotar la longitud que le daba Doc.

Apenas la hubo hecho, vió saltar a Doc por la borda. Las suelas de plomo de sus zapatos tiraron de él hacia, abajo de las aguas.

—No te muevas de aquí —le recomendó—, para el motor de la lancha y apaga las luces de a bordo. Emplea los remos. Creo que te bastarán para sostenerte en el mismo sitio.

—Desde luego —convino Monk—. Tú no te olvides de comunicarme hasta la menor novedad.

El aparato de radio funcionaba a las mil maravillas, circunstancia que agradó sobremanera a Doc, pues aquella era la primera vez que lo probaba, lo mismo que el casco transparente.

Dentro del casco, y a un lado de él, de manera calculada, hábilmente para que no le privara de la vista, llevaba un indicador de presiones, que tenía la forma de un reloj. La esfera, era luminosa. Doc observó cómo giraba en torno la manecilla.

La presión registrada no era suficiente para afectar su cuerpo resistente, ya que en aquel punto no era el agua, muy honda. Los patentados «pulmones» de la escafandra de tipo convencional mantenían una atmósfera respirable dentro del casco.

Cuando distaba poco del lecho del río, Doc encendió un potente faro impermeable.

AL fin su pie tocó fondo y levantó en torno suyo una nube de cieno.

Mediante un movimiento vertical del brazo que contenía el receptor en espiral localizó entonces el transmisor de Monk. Distaba de él unos pasos.

Doc marchó contra corriente en aquella dirección, escudriñando, de paso, el lecho del río a la luz del reflector.

AL tropezar sus zapatos con la envoltura metálica que envolvía un objeto, descubrió su presencia allí. Doc lo recogió del suelo, lo limpió y examinó.

Sostenía en los brazos una caja de metal de un pie cuadrado de extensión, sobre poco más a menos, y soldada en sus cuatro caras, a fin de que no entrase el agua.

—Echa un cable —ordenó a Monk, por radio.

Poco después descendía, culebreando, el cable pedido. Doc asió su extremo y la caja fue izada a la superficie.

—¡Conque ya la tienes! —observó, regocijado, Monk, cuando Doc se le hubo reunido a bordo.

—Sí —replicó el hombre de bronce—. Y con ello el secreto de los acontecimientos pasados, si no me engaño.

Valiéndose de un arma cortante probó y consiguió desoldar, poco a poco, uno de los lados de la Caja. Contenía diversos alambres, luego un serpentín y, finalmente, el extremo redondo de vidrio.

La luz que había dejado a flote en la parte alta del río semejaba un borroso manchón azulado en la oscuridad. Doc operaba en el fondo de la lancha, a la luz del reflector. En la parte baja de la bahía, cambiaron señales con las sirenas dos remolcadores. La motora derivaba…

—Y bien: ¿de qué se trata? —inquirió, ansioso, Monk.

—Verás: me parece que…

El químico se había enderezado con objeto de mirar la caja por encima del hombro de Doc, mas se dejó caer de bruces al fondo de la motora al sonar sobre sus cabezas un silbido penetrante.

Le acompañó un relámpago, allá en la parte baja del río, al que sucedió otro, muchísimo más brillante, en la parte alta. Dos explosiones ensordecedoras sonaron a un tiempo y se confundieron con estruendo pavoroso.

En el punto ocupado recientemente por la boya se elevó un líquido. Un agua biliosa fue removida en él, e hirviente, cayó en tromba sobre la motora.

La embarcación fue cogida de través, elevada, al aire y vuelta del revés.

Doc y Monk se asieron a la cuerda salvavidas y no la abandonaron hasta que otra vez salió a flote, debido a sus dotes especiales marineras.

Pero todos los objetos que había a bordo, incluso la caja misteriosa, desaparecieron. Hasta seis pies de altura, un agua revuelta se agitaba en el fondo de la lancha.

Doc corrió al cuadro de instrumentos, oprimió determinada botón y los grandes motores entraron en acción. Mediante la acción combinada, de una palanca, las bombas vaciaron el fondo de la motora.

Realmente no era un buque corriente. Por el contrario, sus dotes extraordinarias y las usuales marineras tenían robado el seso de los técnicos navales, que por ello tenían proyectada la construcción de una flotilla de veloces guardacostas por el estilo.

—¡Ha sido una bala! —exclamó Monk—. Las he oído silbar en

demasiadas ocasiones para equivocarme, muchacho.

Doc replicó, con sombrío acento:

—Sí, se ha disparado desde la parte baja de la bahía. El proyectil ha llegado hasta aquí antes que el ruido de la explosión. Venía dirigida a la boya luminosa que he dejado a flote.

Doc se había apoderado del gobernalle. La embarcación se encabritó y su fina proa tajante hendió, rauda, las aguas de la bahía.

Monk descendió y abrió de un tirón una escotilla, de ella surgió un trípode mecánico que sostenía una ametralladora.

El arma disparaba proyectiles de una pulgada de diámetro, sobre poco más o menos, mas aun así eran capaces de atravesar una coraza.

De una sola descarga, la ametralladora hubiera podido echar a pique un destructor si a Monk le venía en gana.

EL químico se situó detrás de ella y aguardó los acontecimientos.

No tenía ni la más leve idea de que clase de embarcación iba a oponerse a su avance, más ambos antagonistas eran formidables tal y conforme estaban arreados. Lo que sí le preocupaba era no haber oído los motores del buque enemigo.

AL pasar por el punto donde se había disparado el cañonazo volvió a sorprenderse otra vez al hallarle desierto.

Doc obligó a la motora a describir un estrecho circulo. No se vio nada.

Entonces describió un nuevo círculo, más amplio, con idéntico resultado.

Todavía, dos veces dio vueltas y vueltas. Por fin detuvo los motores de la gasolinera y él y Monk escucharon.

EL único sonido que oyeron fue, en la parte alta del río, la vibración peculiar de una motora y, poco después, el ¡bom! ¡bom! de una sirena procedente del mismo lugar. Se aproximaba una lancha de la Policía.

Monk dirigió a Doc una mirada de turbación, se humedeció los labios y murmuró:

—La explicación del enigma no puede ser más que uno...

—Sí —convino Doc—. Por fantástica que nos parezca la idea, ese proyectil ha sido disparado por un submarino.

*****

«Rapid» Pace y Hugo Mac Coy se pusieron, de un salto, en pie cuando, precedido de Monk, penetró el hombre de bronce en el salón del departamento ocupado por Hugo en el rascacielos.

—¿Sabe algo de Lorna... ¡perdón!... de la señorita Zane? —inquirió Mac Coy, con ansiedad.

—Eso —le coreó Pace—. ¿Sabe algo?

—No —repuso Doc—. ¿Ha regresado Ham?

Pace le indicó con un ademán la puerta de la biblioteca.

—Se halla ahí dentro —repuso—. No quiere que le molesten, y por eso nos ha rogado que le dejemos solo.

Aun así la pareja hubiera seguido a Doc y Monk al interior de la biblioteca, de no haberles Doc, hecho seña de que aguardaran.

La imprevista aparición en la biblioteca de sus mojados compañeros contrajo expresivamente el semblante de Ham.

—¡Ya sabía yo —murmuró, malhumorado—, que iba a perder una excitante aventura!

Doc deseó saber:

—¿Las novedades? ¿Has averiguado algo?

—Sí. A pesar de lo intempestivo de la hora, he trabajado mucho. He examinado todos los planos levantados por la Institución de Sanidad.

—Y bien: ¿has sacado algo, en limpio de tu examen?

Ham tomó un mapa enrollado que reposaba sobre la mesa escritorio.

—Aquí lo veras. Mas también yo te la diré, una cloaca muy hermosa, cuya construcción se comenzó quince años atrás, estaba destinada a pasar por debajo de los muelles de Brooklyn, con objeto de que pudiera desaguar en el río East. La cloaca en cuestión se abandonó en la época mencionada, casi poco después de emprendidas las obras, porque costaba demasiado cara.

—¿Corría, tal vez, junto al club «Cabeza de Turco»? —preguntó Doc.

—Debajo de él, para ser exactos —respondió Ham.

—¡Caramba! —exclamó Monk, admirado—. Ahora comienzo a ver claro. Los Cráneos Plateados se han abierto paso en dirección a la cloaca y por ello han volado el club, sin duda. Quieren impedir que descubramos la cloaca y el pasadizo secreto anexa a ella.

—Yo quisiera saber con qué mira se sirven de esa cloaca

abandonada —declaró Ham.

—Para poder llegarse al submarino —replicó Monk, con un gruñido.

Ham había sacado un nuevo estoque de la armería instalada en su departamento de un club elegante. AL oír la salida del químico, le hizo seguir una vertical y con él describió molinetes diversos, pausados, mientras miraba con sorna a Monk.

—¿Un submarino? ¡Bah! —exclamó, en tono seco—. ¡Estás más loco que una cabra! Sin duda te ha trastornado el cerebro ese ladrillo que por poco te aplasta, en el derrumbamiento del club.

Monk frunció el ceño.

—Oye, picapleitos —dijo—. Esta noche había un submarino en el río, ¿te enteras? O si no un submarino, era una embarcación por el estilo. Sabe también que quien la dirigía, fuera quien fuere, nos largó una andanada con un cañoncito que, a poco más, nos quita el resuello para siempre.

Abstraídamente, Ham desenvainó a medias el estoque y tornó a enfundarle al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Su semblante reveló profunda sorpresa.

—¿Hablas en serio? —preguntó con gravedad.

—Muy en serio —le aseguró Monk.

Doc dijo a Ham:

—Ya recordarás que con un cañón de tres pulgadas se dio muerte ayer por la tarde a Paine Winthrop y, más tarde, se asesinó asimismo a las dos únicas personas que podían haber visto el submarino. Me refiero al aviador y a Gugillello Bellondi.

—Eso es. Se les quitó de en medio para que no se conociera la existencia del submarino —aprobó Monk.

—¿Es decir —profirió vivamente Ham—, que la banda de Los Cráneos Plateados ha podido entrar en el club a través de la cloaca abandonada y salir por el mismo sitio sin que nadie les viera?

—No es imposible —replicó Doc—. Y ahora dime si has tomada informes de Ull.

Ham repuso, atravesando el estoque, con mirada penetrante:

—Sí. Es un tal Don o Donald Ull alias Ellís Nodham, alias Profesor O'Donald, alias... ¡una infinidad de nombres más! Por fabricar bombas de las llamadas de «piña» y vendérselas a los “gangsters” ha cumplido condena en Sing Sing. También tiene

patentados varios e ingeniosos inventos eléctricos.

»Durante la pasada gran guerra fue técnico en una fábrica de gases asfixiantes; Es, por consiguiente, químico notable; ha dibujado el modelo de varias escafandras patentadas y, en cierta ocasión, levantó el plano de un submarino para dos personas, que tiene ya patentado. He hablado de él con una docena de personas que le han conocido en otro tiempo y todas están de acuerdo en afirmar que es un bribón de marca.

—¡Pues vaya con el mocito! —observó Monk—. ¡Es un sabelotodo!

—Si lo es él, no te digo nada de lo que debe superarle en inteligencia, la persona que le dirige en la sombra —observó el abogado.

La frase hizo ponerse sombrío al químico, que declaró:

—Hombre, a propósito: ¿Cómo habrán sabido Los Cráneos Plateados que íbamos a navegar por el río?

—Por medio de sus espías —respondió el abogado—. Bueno, ahora quisiera yo saber qué es lo que habéis descubierto en el río.

—Una caja de hojalata, soldada por los cuatro costados, impermeable al agua —le explicó Monk—. Estaba llena de una materia oscura, aislante, así como de alambres.

—¿Cuál será su utilidad?

En lugar de contestarle, Monk dio media vuelta y se encaró con la puerta, del salón, pues al otro lado acababa de sonar el timbre del teléfono.

Doc se le adelantó de un salto y entró en la pieza en el mismo instante en que tomaba Pace el auricular.

—Perdón —exclamó Doc.

Y se lo arrebató de la mano.

Una voz chillona, como la de una rata, le dijo, desde el otro lado da la línea:

—Quisiera hablar con Doc Savage ¿Está en casa?

—Soy yo mismo. ¿Qué se le ofrece —repuso Doc.

—Pues verá: una dama me ha entregado cierta notita por la ventana de una casa —le explicó la voz desconocida—. En ella me dice que está secuestrada por unos bribones, y que me dirija a usted en busca de socorro, que usted me pagará bien el mandado…

—¿Cómo se firma esa dama?

—Pat —respondió la voz. De pronto se alteró, sonó inquieta—. Oiga, señor, creo que me han seguido… manifestó.

—¿Dónde se halla?

—En una farmacia situada en la esquina de las calles Stein y Dacker. Le aguardaré aquí hasta… —la voz se interrumpió bruscamente y sonó una exclamación ahogada.

Le sucedieron unos doce segundos de expectante, profundo silencio. Por fin la voz tornó a dejarse oír, impregnada de un horror indescriptible.

—¡Si, señor, me han seguido los pasos! Esos hombres son Cráneos Plateados y acaban de entrar en la farmacia. Corren hacia mí…

La voz chillona profirió varios alaridos. En el interior de la farmacia se rompieron maderas y sonó estrépito de vidrios rotos. Era, evidente que se acababan de echar abajo las puertas de la cabina del teléfono.

También pareciéronle golpes al hombre de bronce los sonidos sordos y continuados que sucedieron al tumulto descrito.

Una voz inconfundible —la voz de Ull dijo a continuación:

—Mucha suerte hemos tenido al sorprender a este individuo en el momento de rondar la ventana donde están encerradas las dos mujeres. Creo que no es tan inofensivo como parece.

—¿Qué haremos ahora de él? —deseó saber uno de Los Cráneos Plateados.

—Conducidle junto a ellas —dispuso Ull. Y alguien colgó entonces de su gancho el auricular del teléfono.

CAPÍTULO XII

LA CELADA

DESPUÉS de colgarlo, Ull dirigió al aparato una mirada centelleante. Era siniestra su figura envuelto como estaba en el mono plateado, y el pesado automática que empuñaba en la mano izquierda no desdecía ni un ápice de su fiero aspecto.

A su espalda dos Cráneos Plateados apuntaban con los revólveres al asustado mozo de la botica, a quien el miedo colocaba al margen de un colapso.

Otros dos miembros de la banda tenían sujeto por los brazos a un pobre hombre de aspecto miserable que también estaba asustado, al parecer.

—¡Soltadme! —suplicó con vocecilla penetrante y aguda—. ¿Qué os he hecho yo?

—¡Cierra el pico! —se le ordenó rudamente.

Y a continuación:

—¡Fuera todo el mundo! —ordenó Ull.

Uno de los dos “gangsters” que sujetaban al mozo de la farmacia rogó a su jefe:

—¡Aguarda un minuto, sólo un minuto, Ull! Tengo un insoportable dolor de cabeza y quiero ver si hallo remedio.

—Bien, pero date prisa —le recomendó el jefe.

El hombre inició la requisa de los medicamentos almacenados en la farmacia. Demostraba escasa consideración por él, ya que comenzó a verter o tirar los frascos colocados en las estanterías. Verdaderamente parecía gozar en hacer daño.

Al cabo se detuvo delante de un estante cargado de frascos y tubos de vaselina y lo vació en el suelo. A continuación les anduvo pisoteando y el peso de su cuerpo hizo salir de sus tubos la vaselina

y le manchó de grasa las suelas de los zapatos.

Por ello fue dejando huellas grasientas de su paso en el suelo mientras continuaba tirando más y más medicamentos, y al cabo, hallaba la aspirina que buscaba.

Fue entonces cuando todos Los Cráneos Plateados marcharon en dirección a la puerta del establecimiento, arrastrando en pos de sí al hombre que había hablado por teléfono.

Cuando iba a salir a la calle, observó Ull entre dientes:

—Mejor será que antes cerremos el pico para siempre a este mocito.

El pobre mozo de la botica palideció, estiró sobre sus pies, quiso abrir la boca, para proferir sin duda alguna frase suplicante, mas las palabras murieron en su garganta.

AL desplomarse sin sentido chocó con las fuentes del agua de soda que había sobre el mostrador, puso en movimiento las palancas y de la fuente salieron chorros de chocolate, fresa y piña.

Antes de bajar por la calle oscura, Ull y sus acompañantes de los trajes plateados lanzaron en torno una mirada de precaución.

El hombre que había pisado la vaselina dejó huellas grasientas, un buen rato, sobre el pavimento de la calle, mas al cabo aquéllas fuéronse debilitando, poco a poco, hasta pasar inadvertidas a simple vista.

El hombre se volvió a mirarlas, frunció el ceño y trató después de restregarlas con objeto de que se conocieran más.

—No hagas tal cosa —le advirtió Ull—. Un acto así podría despertar sospechas.

—¿Qué quieres decir? —gruñó el hombre.

—Que no te restregues los pies con objeto de dejar deliberadamente tus huellas —explicó Ull.

—¡Bah! ¿Quiere decir que es tan vivo ese tío?

—Es un genio —repuso Ull—. No sabes cuánto lamento haberme tropezado con él en mi camino.

Y así hablando penetraron en un callejón tan oscuro como si fuera en él noche cerrada.

—¿Caerá ese Savage en el lazo? —interrogó a su jefe uno de los enmascarados.

—Sí. Es un lazo perfecto. Pero sobre todo, las huellas de la vaselina.

La banda soltó entonces al hombre de la voz aguda. Se sacó a luz un mono plateado y el hombre se lo puso prestamente. Aquel mono tenía unas grapas adecuadas para facilitar su rápida colocación.

—Bueno. Pido una buena recompensa —observó riendo.

—Te has lucido, de veras —confesó Ull, con acento cordial.

Avanzaron deprisa coma si se dieran cuenta, a cada paso, de que la calle se tornaba peligrosa.

—Apuraos —les recomendó Ull en cierta ocasión.

—¿Estás seguro de que Doc nos seguirá? —deseó saber el hombre de la voz chillona.

—Sí, con tal que hayas representado bien tu papel ante el teléfono —le contestó el jefe—. ¿Qué te parece? ¿Pareció convencido?

—Estoy segurísimo —replicó sin titubear el de la voz aguda.

—Pues si así es, ya debe andar a estas horas tras de nosotros.

Ull demostró visible complacencia.

—Registrará la farmacia y, naturalmente, verá la vaselina pisoteada tan a conciencia...

—¿Y si no actúa conforme nosotros deseamos? Me refiero a que deje de hacer lo que se espera de él...

—¡Bah! Ya sabes que siempre se sirve de los rayos ultravioleta —replicó Ull convencido.

La banda se apiñó ante la sucia entrada de una casa y Ull hizo entonces una seña determinada. AL propio tiempo tarareaba una canción popular.

Como el aria no fue entonada mal del todo, es decir, no era irreconocible, se abrió la puerta.

Las sombrías miradas de dos hombres que se hallaban al otro lado se encararon con ellos por encima de dos ametralladoras. Estas estaban dispuestas, y los ojos ocultos por sendas máscaras adoptaron una expresión de glacial resolución. A las máscaras de los encapuchados acompañaba el consiguiente traje de plata.

Ull miró fijamente a los dos, pero no les dijo nada.

—¡Está bien! —exclamó uno de ellos—. Pero no me engañarás aunque vistas el traje usual. A ver, ¡descúbrete un brazo!

Avanzando lentamente, para no provocar un ataque, Ull se arremangó y mostró al hombre un lujoso reloj de pulsera, de caja y cristal reforzados convenientemente.

—Pasan de la hora diecisiete minutos, once segundos —dijo trae echar una ojeada a la esfera.

Uno de los desconocidos la consultó, a su vez, en su reloj y se echó a reír.

—Está bien —exclamó.

—Recuerda —le advirtió Ull—, que todos llevamos relojes. Son excelentes cronómetros y se han puesto en hora a un tiempo, mas no todos señalan la hora exacta. En este momento todos vamos adelantados dos minutos, quince segundos.

—Eso es —dijo el “gangster”—. Puedes pasar. Vale la contraseña.

Ull y sus acompañantes bajaron por un corredor mal iluminado y llegaron a una habitación ocupada a la sazón por otros Cráneos Plateados. Uno de ellos encendió, un instante, la lámpara de bolsillo, al verles entrar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a Ull.

—Aguardar a que caiga en el lazo dispuesto al hombre de bronce —explicó Ull—. Ya no puede tardar. Todo está preparado y caerá en la trampa que ha de ocasionarle la muerte a su entrada en la casa.

—Entre tanto, ¿qué haremos nosotros?

—Permanecer aquí, al alcance de la mano por si acaso fallara la trampa —ordenó Ull—. Esta vez no puede fallar, no debe fallar.

Una grotesca plateada silueta, entró precipitadamente en la habitación y dijo al jefe, con ansioso acento:

—El amo quiere hablarte. ¡Me parece que está más loco que una cabra!

Ull emitió una exclamación de sorpresa.

—¿El jefe aquí? —exclamó.

—No —aclaró el otro—. Se ha puesto al teléfono y desea hablarte.

Al entrar en la pieza contigua, o sea donde estaba colocado el aparato telefónico, Ull dio muestras evidentes de la nerviosidad que le dominaba en aquel momento. Tomó el tubo y dijo:

—Ull al habla…

Una voz ronca, velada, susurró:

—¡Maldito Ull! ¡Por poco si lo echas a perder!

Ull reconoció aquella voz sibilante, y al propio tiempo la rabia

de que estaba impregnada le impresionó más de la cuenta porque se llevó una mano al cuello como para respirar mejor.

—Pero jefe —, protestó—, la cosa no ha salido tan mal, es más, me parece que no hemos salido mal librados.

El jefe lanzó un expresivo juramento.

Ull se apresuró a decir, tartamudeando:

—Claro que hemos cometido torpezas, como, por ejemplo, la de perder el mapa y tener que volar el club. Mas hay que tener en cuenta que hemos empeñado una lucha peligrosa contra un hombre de la talla de Doc Savage y, por lo tanto, que no todo nos irá bien de aquí en adelante.

—Eres un… —el jefe titubeó como si no encontrara epíteto bastante fuerte que dirigirle.

Pero deseoso Ull de defender su causa ante la voz susurrante que tanto respeto le imponía, le interrumpió.

—Nuestra posición es satisfactoria todavía —siguió diciendo—. Primero Doc Savage no sospecha nuestra identidad. Sabe quién soy yo, mas no importa. También lo sabe la Policía. Después tenemos en nuestras manos a la prima de Savage y a Lorna Zane.

»Ambas constituyen un cebo perfecto, cebo que atraerá a Doc y le hará caer en el lazo.

—Escucha….

—Doc Savage se dirige ahora en línea recta sobre una trampa de la cual no puede posiblemente escapar —siguió diciendo Ull—. Le quitaremos de en medio. Y después de él no habrá nadie que se atreva a molestarnos. Entonces repetiremos lo que llevamos a cabo anoche. De esos robos, jefe, hemos sacado casi un millón en total…

—¡Condenado, maldito charlatán! —gruñó el jefe distante—. Yo no he mandado que se efectúen más robos que el primero, o sea la detención del camión blindado. Las otros se deben a tu propia iniciativa. Ull, ¿te has vuelta loco? ¿Ignoras que has levantado en contra nuestra a la ciudad entera?

—¿Y qué? Nadie puede ponernos la mano encima gracias al sistema empleado para escapar —dijo seriamente Ull.

—¡Vaya! ¡Y yo que te tenía por un ser inteligente! —dijo con sorna el jefe—. El Gobernador lanzará un ejército sobre la ciudad. Se llamará a la armada, se utilizarán los submarinos, Y entonces, ¿cuánto crees tú que lograremos resistir tal estado de cosas?

Ull murmuró:

—Quizá logremos escapar antes de que todo esa suceda…

—¡Vete al diantre! —dijo la voz—. ¿Por qué crees que te he estado apoyando monetariamente? ¿Para que saques provecho de esos robos? ¡Vaya, vaya! ¡Lo que robaste anoche no bastaría, por sí solo, a cubrir los gastos que llevamos ya hechos! Además, la suma robada está en billetes grandes, cuyos números poseen todos los Bancos a estas horas. En cuanto a las joyas, pueden ser identificadas. De todo ello no sacarás en limpio doscientos mil dólares.

Ull parecía trastornado.

—¿Quiere decir, amo, que nuestro asunto es mucho más beneficioso?

—Pues ¡claro está!

La confusión de Ull se transformó en ira.

—¡Ah! Conque estás valiéndote de mi inteligencia e iniciativa para tus propios fines, ¿eh? Oye te aseguro…

—¡Silencio! —le ordenó la voz del el otro extremo de la línea—. No me importa que cometas alguno que otro latrocinio, de vez en cuando. Sumas muy importantes no llegarán a nuestras manos por semejante camino, tenlo presente y esas triviales…

—¿Triviales has dicho? —exclamó Ull sin poder contenerse por más tiempo.

—Sí, comparadas a las que yo espero —dijo el jefe invisible—. Mas, ya hablaremos de esto en otra ocasión. Ahora tu obligación se reduce a apoderarte de Doc Savage.

Ull permaneció silencioso un buen rato, con la mirada hosca clavada en el aparato. Hasta entonces había creído que disfrutaba de la entera confianza del jefe, de aquel ser misterioso que se mantenía en la sombra; ahora acababa de descubrir que se equivocaba. Y el descubrimiento le llenaba de ira.

—Yo me encargo de él —gruñó—. Después cerraremos nuevo trato. No sabía ya que tuvieras proyectado un gran negocio, ¿De qué se trata?

—Lo sabrás cuando te hayas apoderado de Doc Savage —replicó la voz.

Y aquí dio fin al diálogo por teléfono.

CAPÍTULO XIII

LOS FANTASMAS

MIENTRAS conducía a través de la niebla matinal quo a manera de húmeda sábana envolvía las calles de Nueva York, Doc iba dando órdenes.

Estaba solo. El vehículo que guiaba no era tampoco su "Roadster", sino un coche de aspecto distinto y totalmente extraño a su modo de ser.

Era un pequeño camión de transporte, bastante deteriorado, provisto de un motor ruidoso y muy saltarín, sobre todo en los pavimentos mal empedrados.

Los cristales de sus portezuelas, extraordinariamente, sucios, impedían toda observación desde el exterior.

Mas, todo era trampa, y cartón... a la inversa. Es decir, el ruido no procedía en realidad del motor, que era hermoso y muy potente, sino producido por un ingenioso mecanismo.

La carrocería iba acorazada con planchas de acero, lo mismo que el pescante destinado al conductor, los cristales de las portezuelas, gruesos e irrompibles, de manera, que ni siquiera hubiera podido atravesarlos una bala de las que se emplean hoy contra los tanques.

Y el coche alcanzaba una velocidad vertiginosa. Podía recorrer casi cien millas por hora.

Para la transmisión de sus órdenes se servía Doc de dos aparatos de radio en el momento en que volvemos a encontrarle. Justamente la voz infantil de Monk le decía, disgustado, por el altavoz de uno de ellos:

—Oye, Doc: ¿qué idea te ha dado? ¿Por qué no nos has llevado contigo?

—Porque deseo que llevéis a cabo determinado trabajo —le

confió Doc—. Pero primero deseo que preguntéis a Pace y Hugo Mac Coy, si uno de los dos abandonó mi casa mientras yo sacaba del río la caja de metal.

Sucedió a estas palabras una pequeña pausa mientras Monk transmitía la pregunta. Un interés manifiesto vibraba en la vez del químico cuando, al cabo, respondió a Doc:

—Pace se ausentó un momento. Dice que salió para adquirir cigarrillos.

—¿Le has visto fumar? —preguntó Doc.

—No —contestó el químico—. Le he preguntado el motivo de que no la haya hecho y dice que estaba nervioso en exceso. Oye Doc, estoy pensando...

—¿Qué piensas?

—Que alguien debió advertir de nuestra presencia en el río a los ocupantes del submarino —Monk hizo una pausa con objeto sin duda de producir un efecto dramático en el ánimo del hombre de bronce—. ¿No ha podido ser Pace esa persona?

Doc le contestó:

—De ahora en adelante vigila estrechamente a Pace.

—¿Ah, sí? —gruñó Monk.

—¿Está Ham ahí? —deseó saber el hombre de bronce sin responder directamente a la pregunta.

—Presente —replicó por radio la voz del abogado.

—Ham —le encargó Doc—. Apresúrate a tomar informes de ese Bedford Burgess. Entérate en cuanto te sea posible de su carácter, sus asociados, sus negocies, empresas, etc.

—Descuida —replicó la melodiosa voz del abogado.

—Sobre todo procura averiguar cómo la Compañía naviera que preside Gardner ha tomado el incremento de que disfruta —insinuó Doc.

—¿Conque sospechas de Gardner? —dijo Ham.

Doc no contestó a la pregunta, hecha por el abogado.

—Recoge todos los detalles más importantes que puedas respecto a la fusión realizada con otras Compañías —le recordó.

—Descuida —prometióle Ham.

Doc oprimió el botón y cerró el aparato de radio. Subía ahora por la calle Decker y la de Stein estaba a la vista. Desde su asiento tras del volante distinguía ya la farmacia desde la cual le había

llamado la voz chillona del desconocido.

Delante había un grupo, poco numeroso, compuesto, en casi su totalidad, de agentes de policía.

Estos se ofrecieron cortésmente a ayudarle en sus gestiones y le contaron cómo al volver de su desmayo el mozo de aquella farmacia había dado parte de lo ocurrido en ella poco antes, durante una incursión de Los Cráneos Plateados.

El propio mozo, tembloroso todavía, y haciendo de vez en cuando una pausa para tragar saliva, explicó que la banda había entrado en la farmacia para apoderarse del individuo que estaba en su interior, telefoneando, y que uno de ellos había volcado las estanterías cargadas de medicamentos para encontrar entre ellos la aspirina que requería su neuralgia.

Y para corroborar la verdad de su declaración, les indicó la vaselina derramada.

—Ya hemos seguido las huellas grasientas dejadas por el "gangster" —dijo a Doc el agente que le acompañaba—, mas no son muy numerosas y se acaban pronto.

Los agentes se ofrecieron a acompañarle, pero él les rogó que se abstuvieran de hacerlo. Ellos pusieron una cara muy larga. Les hubiese agradado verle actuar.

El hombre de bronce siguió las huellas grasientas de la vaselina hasta que no fueron visibles a simple vista. Fue un poco más allá del punto a que había llegado la Policía y allí se detuvo a abrir un maletín de cuero que llevaba.

De él salió a la luz, la linterna proyectora de los rayos ultravioleta, junto con un objeto parecido a unos anteojos de camino, de tamaño más que regular.

Doc encendió la linterna y se caló los lentes. Ellos le facilitaron la observación del efecto fosforescente a la luz del día, de las substancias en que la luz ultravioleta producía el fenómeno.

Y como la vaselina es una de las substancias que resplandece siempre que se la expone a dichos rayos, Doc logró sin esfuerzo encontrar las pisadas invisibles a simple vista.

Bajo los rayos de la llamada «luz negra», surgieron cantidades microscópicas de vaselina.

Su rastro guió a Doc hasta la calle oscura, lateral, que ya conocemos. Astuto, Doc, no entró en ella sin embargo. En lugar de

hacerlo, dio una vuelta entera en torno de la manzana y al llegar al extremo opuesto la ausencia allí de pisadas le dijo que el hombre a quien seguía había penetrado en determinado edificio.

Entonces se detuvo a reflexionar. Una embarcación surcaba a la sazón las aguas del río lo bastante cerca de la calle para que él percibiera el batir de sus hélices. Esta demostración de lo cerca que estaba el río pareció sugerirle una idea.

Bajó por la calle, cuidando de apartarse de aquella en la cual terminaba el rastro de vaselina y se perdió en la niebla.

Pocos minutos después, una criatura de aspecto a la vez risible y lastimoso apareció en la calle y la llenó con los pocos melodiosos acordes de un organillo.

El hombre del organillo era un mendigo, un imposibilitado feísimo. Tenía las piernas rígidas e inútiles en apariencia, porque andaba arrastrándose sobre pies y manos, y, a juzgar por los enormes lentes de color que asomaban bajo el borde mugriento del ala de su sombrero, era también ciego.

El organillo de mano poseía cualidades tan macabras como la personalidad del mendigo. De vez en cuando éste levantaba la cabeza y ponía de relieve un rostro repulsivo, rojo y estúpido.

Avanzaba muy despacio, llevando a cuestas el organillo, palpando el suelo con las manos. Con frecuencia se detenía para tocar y hacer saltar en el platillo de cobre unas cuantas monedas que llevaba.

Por fin llegó junto a la casa donde habían penetrado Ull y sus hombres. Se detuvo a unos pasos de distancia, dejó el organillo en el suelo y, de debajo de sus ropas mugrientas, sacó un emparedado, que se dispuso a comer.

Mas pronto fue interrumpido.

Se abrió una puerta.

—¡Largo de ahí, miserable! —dijo una voz dura.

El mendigo tomó el organillo e inició una tocata. La calle resonaba bajo las notas del instrumento.

El hombre maldijo desde la puerta. Luego salió y administró al mendigo un sonoro puntapié en el costado.

—¡Largo de aquí, te digo! —murmuró entre dientes.

Mas el resultado de su acción no fue el que había esperado. El mendigo pegó un salto convulsivo y cayó sobre el pavimento, donde

permaneció inmóvil, aparentemente presa de un desvanecimiento mortal.

El hombre que le había dado el puntapié lanzó un juramento espantoso y pareció indeciso respecto a la resolución que debía adoptar dada la situación.

De propio se decidió. Cogió al mendigo por debajo de ambos brazos y a rastras le metió en el portal de la casa.

Después volvió a salir a la calle y miró en todas direcciones. Continuaba tan desierta como antes.

—¡Uf! —exclamó—. No podía dejar ahí a ese tunante para que le viera Doc y entrara en sospechas.

Recogió del suelo un mono de plata que tenía oculto detrás de la puerta, y se lo puso. Luego se volvió para mirar al mendigo.

Apenas hubo dado media vuelta se le desorbitaren los ojos y se le abrió una boca de a palmo porque el mendigo acababa, de sufrir una transformación pasmosa.

Habíase convertido en un gigante de cuerpo erguido y musculoso.

El Cráneo Plateado le asestó, frenético, un directo al azar. Los nudillos le resbalaron sobre el "maquillage" color de púrpura, que el mendigo llevaba en la cara y la grasa coloreada se corrió, descubriendo la bronceada tez que había debajo.

—¡Doc Savage…! —El Cráneo Plateado no dijo más. Un puño metálico fue a chocar con su mentón y lo dejó fuera de combate.

Doc le dejó desplomarse, cuidando, sin embargo, de que no hiciera más ruido del imprescindible. No le había pegado muy fuerte, de modo que sólo estaría unos minutos privado de sentido.

Así, en caso necesario, podría, someterle a un interrogatorio minucioso.

Aplicó el oído. Luego corrió a esconderse en el punto más oscuro del portal.

Habían oído el rumor de la lucha. Se lo decía el sonido de pasos que se aproximaban.

Se abrió con violencia, una puerta en la parte baja del pasillo y aparecieron en él fantásticas siluetas plateadas. En las manos traían lámparas encendidas cuyos rayos llenaron de luz radiante el portal. Aquella luz le descubrió.

Vestido todavía con el andrajoso traje de música ambulante, el

gigante de bronce tenía un aspecto singular.

La curiosidad inmovilizó a Los Cráneos Plateados el tiempo suficiente para que Doc actuase. Ya, anteriormente, había echado mano del objeto que pretendía emplear para su defensa.

Lo empuñaba su diestra. De pronto lo arrojó al suelo, ante los pies del primer enmascarado.

Sonó una explosión. ¡El suelo se astilló! El Cráneo Plateado cayó de espaldas, rodó sobre sí mismo; al cabo logró ponerse en pie, con dificultad.

Sus compañeros retrocedieron en desorden, y con la prisa se olvidaron de que iban armados.

Luego, mientras Doc levantaba el brazo con idea de lanzar sobre el grupo otra granada explosiva, se dirigieron a la puerta más próxima, franquearon sus umbrales y cargaron todo su peso reunido sobre la puerta para impedir que él la abriera.

Doc, trató de impedir que la cerrasen.

Excepto el suelo, que desde luego no era muy adecuado que digamos, no había asidero para los pies de Doc.

Así le obligaron a retroceder; se cerró la puerta y rechinó la llave en la cerradura.

Poco después las descargas de una ametralladora comenzaron a abrir círculos en el paño de la puerta.

Doc retrocedió; con la manga de la chaqueta, se limpió parte de la vaselina que le maquillaba el semblante para que no le invadiera los ojos en el caso de llegar a una lucha cuerpo a cuerpo. Del bolsillo extrajo otra granada explosiva, diminuta, y la lanzó sobre la puerta.

Fue como si hubiera caído un rayo en el oscuro portal de la casa. Cayó el yeso de las paredes; rechinando, saltaron las planchas de madera que formaban el suelo. La puerta voló por los aires, astillada.

La granada explosiva redujo al silencio a la ametralladora. Cuando hubieron dejado de caer escombros, Los Cráneos Plateados profirieron nuevamente maldiciones.

Luego escaparon. A juzgar por el ruido que hicieron dedujo el hombre de bronce que arrastraban en pos a un compañero, un herido, quizá.

Doc no intentó perseguirles. Sus enemigos le imponían respeto.

Eran muy astutos. Hasta qué punto lo eran se hizo evidente cuando sonó en el portal una tercera explosión, una explosión pesarosa, que conmovió el viejo edificio.

Los bandidos habían dejado más granadas a sus espaldas dispuestas de manera que tardaran en estallar. De haberles Doc seguido, le hubieran matado sin duda alguna.

En la puerta de entrada se produjo un roce sospechoso, como el movimiento de una persona. Era posible que fuera el Cráneo Plateado que con tal atrevimiento se había permitido asestarle al mendigo un puntapié.

El enmascarado dio unos pasos y salió a la calle, corriendo.

Doc Savage no trató de seguirlo.

En vez de esto aguardó en silencio hasta que dos minutos después, o cosa así, oyó varios tiros que venían de la misma dirección tomada por el enmascarado, al huir.

Doc no se preocupó de averiguar lo que había sucedido.

Se sirvió, por el contrario, de una tercera granada para abrir un agujero en la pared del pasillo y, rápido como el pensamiento, se deslizó por el boquete abierto mientras se desprendían de él, todavía, los escombros.

Se hallaba ahora en una habitación vacía. Nubes de yeso descendieran sobre él, asfixiándole.

Doc sacó a luz un objeto semejante a una copa, que adaptó a la nariz. De él partía un tubo de goma que se hundía en una masa de frascos de metal. Era una máscara antigás; también un aparato protector que le defendía del humo y del polvo. En los ojos llevaba puestos unos lentes que no permitían el paso del aire.

Los Cráneos Plateados corrían siempre.

Sin duda intentaban huir por la parte posterior del edificio. Doc les oyó maldecir. A poco distinguió una polvareda, que le pareció diferente a la que levantaba el yeso y comprendió que sus enemigos habían soltado un tipo determinado de gas.

Albergando la esperanza de que le creyeran víctima de aquel gas, Doc no les arrojó más granadas. Pero siguió avanzando hacia la parte trasera de la casa.

Casi en el centro de ella descubrió una habitación cuyas ventanas se abrían sobre un patio interior. La luz penetraba por ellas a raudales.

En el centro se agitaba una rata enorme, con gemidos dolorosos. Mientras Doc le observaba, el roedor se quedó inmóvil. ¡El gas era venenoso!

Las ventanas tenían rotos los cristales por efecto de las pasadas explosiones, Doc se asomó a una de ellas y vió una escalerilla de incendios que ascendía al tejado. Antes de emprender su ascensión, sacó del bolsillo otra granada explosiva. La dispuso para que estallara después de unos segundos.

La escalerilla gimió bajo el peso de Doc. Era, muy vieja y estaba gastada.

Sin embargo, le proporcionó los medios de llegar al tejado. AL agacharse junta al alero, le envolvió la niebla y oyó sonar las sirenas de los coches de la Policía que se dirigían ya al edificio.

Como había supuesto, en la parte posterior de la casa se había colocado otra escalerilla. Bajó por ella muy deprisa y se halló en una calle angosta, maloliente, oscura.

Los Cráneos Plateados discutían entre sí en el interior de la casa. Doc oyó sonar sus voces al otro lado de la puerta de servicio cuando se acercó a ella.

—Debemos salir de aquí —decía uno de ellos—. ¡Escuchad cómo suenan las sirenas! Antes de que transcurra un minuto tendremos aquí a los agentes.

—¡Silencio! No vaya a oírte Doc Savage —le advirtió Ull.

En aquel momento estalló allá, muy adentro de la casa, la granada depositada por el hombre de bronce.

—¿Oís? Todavía deambula por ahí dentro arrojando granadas —observó uno de los componentes del grupo. Justamente era esto lo que deseaba Doc que creyeran.

Otro gruñó:

—Es posible que adivine que no se hallan aquí las dos mujeres.

Las sirenas sonaron más cerca.

—Nos tendremos que marchar —dijo Ull. Y al propio tiempo se abrió la puerta de servicio.

Ahora, bien: como era muy pesada, lo hizo lentamente.

También las palabras de Ull habían puesto a Doc sobre aviso y ya estaba en movimiento.

En la parte alta de la calle, a unos cuarenta pasos de distancia de la casa, había una esquina. Doc se había situado detrás de ella

cuando Ull y Los Cráneos Plateados salieron al exterior.

Sus capuchas plateadas parecían mayores. La razón de aquel abultamiento era que debajo de ellas llevaban puestas las máscaras antigás. El grupo corrió en la dirección del vecino río.

Tras de una mirada en torno, ninguno se molestó en volver a mirar atrás; toda su atención estaba concentrada en huir antes de que llegara a la casa la Policía.

Doc les siguió apenas hubieron salido del callejón. Empleaba toda su habilidad en mantenerse oculto porque deseaba que le condujeran hasta el lugar donde tenían prisioneras a Pat y la señorita Zane.

Por otra parte simplificaba su trabajo el ruido hecho por la cuadrilla en su huída apresurada.

Los tinglados del muelle comenzaron a destacarse poco a poco de la niebla; de ella, surgían montones hacinados de material; de pronto le dio en la nariz el olor característico del agua de la bahía, oyó el rumor del oleaje y el grito de alguna que otra gaviota.

Entonces apretó el paso. Sorprendió a Los Cráneos Plateados disfrazados todavía mientras rodeaban un tinglado y corrían a un muelle donde desaparecieron detrás de una casilla.

Doc les siguió hasta allí cerca, escuchó, pero no pudo oír nada.

De un salto se enderezó y se arrojó contra la casilla. En una mano empuñaba una bomba de humo; en la otra una granada explosiva.

Sin embargo, en cuanto hubo dado una vuelta entera en torno de la casilla, le abandonó la prisa de loco que tenía y sus grandes músculos perdieron la tensión de manera tan visible, que por contraste pareció súbitamente dominado por un gran cansancio físico y moral.

Con lentos movimientos se guardó las granadas en el bolsillo.

La gaviota que lanzaba sus chillidos sobre la cabeza del hombre de bronce huyó de pronto, asustada por el grito fantástico, indefinible, que penetraba la niebla. El sonido era melodioso, de cadencia singular.

Los labios de Savage no se habían movido; tal cualidad ventriloquista poseía que la persona que hubiera tenido más cerca en aquellos momentos no hubiera podido decir, sin conocimiento previo del fenómeno, de dónde procedía aquel sonido. La casilla

era, en realidad, un cobertizo abierto a los cuatro vientos y en él no había nadie, nadie tampoco en el muelle, ni en el agua, oleosa y amenazadora, que se extendía a los pies del hombre de bronce.

Doc miró las pilastras del muelle. Tampoco se hallaban allí Los Cráneos Plateados. Aplicó el oído y escuchó algún tiempo seguido.

Ninguna embarcación había podido llevárselos, ocultos por la niebla, sin que él les hubiera oído partir.

Y, no obstante, habían desaparecido de manera tan poco común como sus trajes.

En torno de la casucha mugrienta, destartalada —y semiderruida ahora— donde se le había dispuesto la trampa había una nube de agentes de policía, los cuales le interrogaron, sorprendidos por el pintoresco atavío de músico ambulante que asumía.

—Se me había preparado un lazo —les dijo, sencillamente, y tomó el organillo de mano que llevaba mientas desempeñaba el papel de mendigo.

En su interior, encerraba la linterna de los rayos ultravioleta, y los lentes que se había calado antes eran los mismos que le ayudaron a sorprender, en pleno día, el resplandor de la llamada luz negra. Así había seguido el rastro dejado por las manchas pálidas de la vaselina.

Doc intentaba volver a tomar el coche, mas se desvió un momento del camino emprendido para unirse a un grupo de agentes que vio junto a la esquina más próxima. Allí la Policía tenía a raya a la muchedumbre aglomerada en torno de un cuerpo tendido en la acera.

Cuando llegó Doc, le estaba despojando un agente del mono plateado.

El difunto era corpulento, feísimo de cara y no había derramado mucha sangre, porque le habían herido entre ceja y ceja. Cerca de su cuerpo descubrió Doc un arma de fuego.

—Yo doblaba la esquina cuando me lo eché a la cara —explicaba a la gente un sargento de policía—, y quiso meterme una bala en el cuerpo. Por fortuna, fui más rápido que él.

Doc no dijo nada y su semblante tampoco varió de expresión a pesar de que la muerte de aquel Cráneo Plateado le cegaba una fuente posible de información, ya que era el mismo que saliera de la casa y le asestara un puntapié al supuesto mendigo.

—A ver. Deme usted ese mono —rogó al agente.

El hombre se lo entregó sin protestar. Le conocía. Dada su habilidad y conocimientos científicos, aquel hombre de bronce podía, tal vez con más éxito que la Policía, enfrentar a Los Cráneos Plateados.

En la muñeca llevaba el difunto «gangster» un lujoso reloj pulsera. Doc le dirigió una ojeada, maquinalmente, y consultó la hora en el suyo. Iba atrasado con el primero dos minutos, quince segundos… Iba a echar a andar. Apenas hubo dado unos pasos, sin embargo, se paró —cosa rara en él— a reflexionar.

Después volvió atrás y despojó al difunto del reloj.

Cuando lo hubo hecho, se lo puso en lugar del suyo.

CAPÍTULO XIV

LA SENDA ESMERALDA

EN el rascacielos donde tenía instalado su cuartel general, cambió el pequeño camión de transportes por un hermoso Sedán pintado de oscuro.

Ham y Pace ocupaban, junto a él, el cómodo asiento delantero; Monk y Mac Coy el de atrás, junto con una cantidad innumerable de cajas metálicas.

No habían tenido tiempo de conversar, Doc les había dicho «vamos» y le habían seguido. Pero antes él había sacado las cajas empaquetadas en el desván del rascacielos.

A la sazón terminaba, en beneficio de sus compañeros, un sucinto relato de los pasados momentos.

—Naturalmente me tenían preparada una celada —dijo, al concluir—. Y ahora dime, Ham: ¿qué sabes de Burgess Gardner? ¿Has tenido tiempo de informarte?

—Sé bastante —repuso Ham, con cierta ironía en el acento.

—Veamos. Explícate.

—Pues, hará cosa de un año dirigía Gardner una compañía naviera de segundo orden —dijo Ham—, y justamente en la misma época entabló ciertas negociaciones encaminadas a obtener una fusión con otra compañía más rica e importante. Un hombre tan sólo se oponía a dicha unión: el Presidente de la tal compañía. Aquella misma noche el Presidente fue asesinado por un salteador, al cual sorprendió en el acto de entrar en la casa, y la fusión se llevó a cabo.

—¡Hum! ¡Qué mal me huele eso! —exclamó Pace—. Sí, ¡qué mal me huele!

—Tres meses después se trató de verificar una segunda fusión.

Pero igualmente se opusieron dos caballeros, miembros de la Junta de la otra Compañía. Su yate voló por los aires y como murieron los dos en la catástrofe, se realizaron los proyectos de Gardner.

—¡Toma! —dijo a voces, desde su asiento, Hugo Mac Coy—. Usted alude a la Compañía Oriental de pasajeros y transportes.

—Justamente —confesó Ham—. Es más: hace varias semanas que se ha llevado a cabo una nueva fusión en circunstancias igualmente sospechosas…

—¿Y ha muerto también alguien? —deseó saber Monk.

—No. Me refiero al hundimiento del vapor «Avallantia».

—Eh —exclamó Monk—. Esa noticia nos la dieron ayer los diarios. Pero en ellos se afirma que el «Avallantia» es propiedad de Burgess Gardner.

—Cuando fue hundido, no —corrigió Ham—. Entonces pertenecía a una pequeña Compañía poco importante. La pérdida del buque suponía para ellos un cataclismo tal, que forzosamente tuvieron que unirse a la Compañía de Gardner. Y Gardner dio por sentado que la tal fusión se había llevado a cabo con antelación. De no ser así, se creería en Wall Street que la pequeña Compañía estaba en una situación financiera embarazosa y se trataría de depreciar sus acciones.

Doc inquirió, vivamente:

—¿Así han aparecido operaciones de Bolsa a la fusión de esas Compañías?

—¡En todas ellas! —replicó, en un tono igual el abogado—. Y aquí viene lo bueno..

—Oye: no te andes con rodeos, ¿sabes? —dijo, impaciente, Monk.

—En lo que va del año —siguió diciendo Ham—, ha reunido Gardner la bonita suma de cien millones de dólares.

La conversación no había sido muy larga, pero el coche avanzaba velozmente. Hallábase a la sazón en los muelles.

—¿Ha habido una depreciación de valores? —inquirió Doc, sin volver la cabeza.

—Justamente —replicó el abogado—. Toda fusión de Compañías ha precedido a una revalorización y se han diseminado entre el público millares de acciones.

—Explícate mejor —dijo Monk.

—Supongamos que posees un buque cuyo valor asciende a mil dólares y que yo poseo otro de igual valor —dijo Ham—. Ambos buques transportan pasajeros, y carga. Por consiguiente, los dos nos hacemos la competencia. Ambos hacemos lo imposible por hundirnos mutuamente.

—No me parece un caso extraordinario —dijo Monk, entre dientes.

—Como resultado de todo ello los dos ganamos poquísimo —siguió diciendo Ham—. Entonces te propongo la fusión de ambas Compañías; tú te niegas y yo destruyo la máquina de tu buque, de modo que te veas obligado a unirte a mí; ¿Entiendes?

—Me parece muy claro —confesó Monk.

—Ahora bien: pongamos que se trata de dos Compañías cuyas acciones ascienden a mil dólares por separado. Una, la mía, pongo por caso, pone en circulación dos mil acciones, de valor impar, y se las ofrece al público. Si el público tiene sentido, no pagará más de un dólar por cada acción del lote, porque esto es lo que valen en realidad las dos Compañías fusionadas.

—Bien. Adelante —ordenó, impaciente Monk.

—Bueno. Mediante un corredor amigo pongo a subasta las acciones al precio de tres dólares cada una y después las subasto a cuatro dólares. El público se excita y comienza a comprar. La demanda mantiene este precio tan elevado o lo eleva más, posiblemente. Resultado de todo ello será, cuando haya vendido todas las acciones del lote, que he ganado mil o dos mil dólares.

—¡Hum! —gruñó Monk, pensativo.

—Hallo entonces otra Compañía, la obligo a fusionarse conmigo revalorizando nuestro capital, pongo a la venta un nuevo lote de acciones a la primera ocasión y comienzo de nuevo la operación.

Ham se recostó en el respaldo de su asiento —. Esto es lo fundamentalmente hecho por Gardner. Claro que sus operaciones han sido algo más complicadas, pero de ellas ha sacado en limpio y en sólo un año cien millones de dólares.

Pace volvió rápidamente la cabeza, dirigió a Mac Coy una mirada fulminante y saltó:

—Usted ha trabajado por cuenta de Gardner. ¿Ignora lo que acabamos de oír?

Mac Coy le devolvió la mirada, su rostro perfecto asumió un

matiz escarlata.

—He trabajado por cuenta, del señor Gardner —explicó—, sólo en un caso: el de la fusión de su Compañía con la del señor Winthrop y, desde luego, ignoraba hasta este momento que las cosas fueran como dicen ustedes.

—¿Quiere decir que es tan bobo —replicó Pace—, que ignora que está trabajando en pro de uno de los pillos más redomados que existen en el mundo?

—¡Gardner es muy astuto, muy astuto!¿Cómo se atreve usted a insinuar...?

—Silencio, u os haré callar a los dos —les advirtió Monk, con una voz de trueno que parecía ajena a él.

Doc, detuvo él coche ante un enorme edificio de acero y de ladrillo.

Por su volumen se diferenciaba muy poco de los almacenes que se alineaban a lo largo del muelle. Un gran letrero colocado en la fachada decía:

HIDALGO Y COMPAÑIA

El edificio era, en realidad, la casilla de botes y hangar de Doc Savage.

Quizá los trabajadores del muelle se preguntaran en más de una ocasión por qué estaba abandonado, mas era dudoso que conocieran su verdadera filiación.

Doc oprimió un botón del tablero de instrumentos. La presión encendió un faro proyector de rayos ultravioleta que llevaba delante del Sedán y, a su vez, el haz luminoso actuó sobre una célula fotoeléctrica, que hizo abrirse la puerta del hangar disimulado en la casa.

Doc penetró con el coche en el interior del enorme edificio y la puerta, se cerró automáticamente detrás de ellos.

Pace y Mac Coy contemplaron, con asombro, la extensa serie de aeroplanos que allí había, desde un diminuto giro hasta un gran trimotor.

—Daos prisa. —les recomendó Doc.

ÉL pasó por delante de los aeroplanos, abrió una puerta que daba a otro departamento y encendió las luces. Si los aeroplanos habían dejado boquiabiertos a Mac Coy y Pace, todavía les sorprendió más lo que vieron entonces.

—¡Un submarino! —exclamó Mac Coy.

En la torre telescópica estaba pintado el nombre del submarino: «Helldiver».

Era, probablemente, el mejor construido de la época. Puede decirse que apenas existía la torre telescópica, y de popa a proa corrían grandes y resistentes correderas de acero.

Como que el «Helldiver» habíase construido para una excursión realizada bajo los hielos polares.

Doc y sus ayudantes habían, corrido por lo menos dos aventuras a bordo del submarino. La primera bajo el hielo del Polo; La segunda bajo las aguas de un río y en una ciudad fantasmagórica del desierto de Arabia.

Pasada la excursión a dicho punto del globo no había vuelto a utilizarse el submarino; sin embargo, se conservaba perfectamente engrasado, con los tanques llenos. Siempre estaba dispuesto a prestar servicio sin pérdida de momento.

—Llevad a bordo las cajas —ordenó Doc.

Mac Coy se humedeció los delicados labios con la lengua.

—¿Vamos... vamos a hundirnos bajo el agua? —preguntó.

Doc le dirigió una mirada penetrante.

—¿Le desagrada la idea?

Mac Coy irguió los robustos hombros.

—¡Hombre! Jamás he viajado así —confesó—. Pero lo haré ahora. Debo a mi honor una reparación y quiero contribuir a la captura de ese demonio de Gardner.

Doc miró a Pace.

—¿Y usted?

Pace se estremeció.

—No me gusta mucho. Mejor quisiera quedarme en tierra. Sí, señor —agregó, con un nuevo estremecimiento:— lo prefiero. No me agradan esos peces de hierro.

Pero entonces sorprendió una mirada de Monk. Los ojos del químico eran pequeños y de ordinario tenían una expresión agradable, pero ahora Monk estaba pensando que Pace había salido a buscar cigarrillos mientras él y Doc se hallaban en mitad de la bahía buscando la misteriosa caja de metal.

Pace comenzó a temblar de nuevo.

—Pensándolo bien, me agradaría acompañarles —manifestó,

atragantándose—. Sí; después de bien pensado…

Seguido por sus cuatro compañeros, penetró Doc en el cuarto de máquinas.

Equipado de modo que un solo hombre pudiera manejarlo en caso necesario, el submarino tenía reunidos en un solo departamento todos los mandos.

La profundidad era poca, escasamente veinte pies, y el periscopio asomaba por encima de las aguas, pero Doc dio vueltas a una rueda y el cigarro de acero se hundió lentamente.

AL contacto de un botón se hundió el periscopio en su caja.

Pace se humedeció los labios, apretó los puños y exclamó, con voz insegura:

—¡Pero estamos en la bahía de Nueva York! ¡No vaya un barco a echarnos a pique!

Monk observó, con plácida expresión:

—El «Helldiver» ha pasado por entre «icebergs» más altos que una montaña y jamás ha chocado con nada.

—¿Y qué fue lo que lo impidió? —dijo Pace—. ¿Qué fue lo que lo impidió?

—Los instrumentos que llevamos a bordo —replicó Monk, encogiéndose de hombros—. Están colocados en el casco del submarino y por ellos sabemos la profundidad de las aguas. Si una embarcación poco más grande que un bote se nos acerca, lo sabríamos de igual modo.

Y, así diciendo, Monk señaló a Pace las esferas del cuadro de instrumentos.

En todas ellas había manecillas oscilantes Cuatro de aquellas esferas tenían marcado un nombre. Pace leyó sucesivamente: Norte, Sur, Este, Oeste.

En una quinta esfera estaba marcada la distancia que les separaba del fondo del río. De pronto comenzó a oscilar la manecilla de la esfera que decía Sur.

—Lo cual significa que en esa dirección se encuentra ahora una embarcación —explicó el químico.

Doc movió ligeramente los mandos de dirección. Transcurrido que hubo un instante, se transmitió la oscilación a la imagen de la esfera, Oeste y luego a la del Norte.

—Ello indicará que se había dejado la embarcación a popa.

—¡Magnífico! —aprobó Mac Coy.

—¡Pero si aún no ha visto nada! —exclamó Monk, con acato zumbón—. Doc utiliza el submarino para la prueba de sus inventos y, por consiguiente, hay a bordo gran cantidad de esas triquiñuelas.

—¿Pero qué es lo que hacemos aquí, si se puede saber? —preguntó Pace.

Monk arrugó la frente.

—¡Pues correr en pos de Los Cráneos Plateados, naturalmente! —replicó.

—Jamás oí que un submarino corriera en pos de otro submarino —observó Pace—. Para la tarea se utilizan cazasubmarinos, buques que naveguen por la superficie de las aguas, en una palabra.

—Bueno, ¡a callar, charlatán! —ordenó Monk.

—Sí. Habla usted demasiado —convino Mac Coy.

Pace dirigió una de sus miradas centelleantes a la hermosa y bien proporcionada persona de Mac Coy. Desdeñoso, crispó los labios al decirle, en son de amenaza:

—Desde luego, usted es más robusto que yo y podría propinarme una paliza. ¡De otro modo ya le habría metido el resuello en el cuerpo!

—¡Hágalo, si se atreve! Le prometo no defenderme más que con una sola mano —dijo, en son de mofa Mac Coy.

Monk intervino.

—Basta —les ordenó—, o les doy dos mamporros.

Sin separar las doradas pupilas de los mandos, anuncióles Doc Savage:

—Dentro de dos minutos sabremos si tendremos o no la suerte de descubrir a Los Cráneos Plateados.

—¿Dónde estamos? —interrogó Monk.

Doc le señaló con el dedo bronceado, musculoso, un punto en la carta colocada sobre la mesa iluminada, y replicóle:

—Aquí.

La simiesca persona de Monk se inclinó sobre el tablero, guiñando los menudos ojillos, y reparó en que se guiaba por el tosco mapa que Doc había cogido en la habitación secreta del club.

Suposición, como le indicaba el dedo de Doc, se hallaba próxima a una de las pequeñas cuatro estrellas que no era aquella colocada en el punto del río donde, al sumergirse, descubriera la caja

misteriosa de metal el hombre de bronce.

—¿Así vamos a localizar o extraer otra caja? —deseó saber Monk.

—¡No! —replicó concisamente Doc.

Monk parpadeó.

—¿Eh? —dijo.

—Antes de que cayera por la borda, después de hacer fuego sobre nosotros el submarino —le explicó Savage—, tuve tiempo de examinarla bien. Son semejantes a boyas de radio, sumamente ingeniosas, diminutos aparatos de transmisión.

—¿Aparatos de transmisión?

—Sí, sumamente compactos —manifestó Doc a su asombrado camarada—. Están provistos de una batería que da poquísima corriente y muy espaciada. Los transmisores de esas cajas son de poquísima potencia y gastan una cantidad de corriente apenas perceptible.

Ham golpeó el mapa con la punta de su bastón.

—¿Dices que estas estrellas señalan la posición de las boyas? ¿Cómo funcionan?

—Voy a demostrártelo prácticamente —repuso Doc.

Manipuló en varias llaves, luego hizo girar un pomo que hacía funcionar la brújula de radio del «Helldiver». EL aparato se diferenciaba muy poco del modelo en uso en los buques de guerra o de carga sólo que actuaba bajo el influjo de una extremadamente corta longitud de onda..

Manipulando en el graduador de onda, Doc buscó en el espacio la señal dada por la boya de radio de Los Cráneos Plateados.

Sus acompañantes aguardaron, impacientes. El hombre de bronce había ido disminuyendo más cada vez la velocidad inicial del submarino y a la sazón parecía como si escasamente se mantuvieran sin tocar fondo.

Del altavoz surgió, al cabo, un débil chasquido que aumentó de volumen al maniobrar Doc con el pomo.

—¡Ya la tenemos! —exclamó—. Los Cráneos Plateados no se valen del típico sistema de puntos y rayas, sino de otro de su invención, de interrupción de contacto, que origina un sonido estático como si dijéramos.

—¡Es muy ingenioso! —murmuró Ham—, de esta manera, la

persona que capte el sonido de su aparato de radio creerá que es estático y ya no le prestará atención.

Doc maniobró unas palancas. El «Helldiver» cobró velocidad y marchó en dirección de la boya; Simultáneamente aumentó el sonido de volumen; luego, una vez que se hubo pasado por delante de la boya y ésta quedó a popa se debilitó. Pronto captó Doc, el sonido de la segunda boya de radio.

La torrecilla del submarino tenía ventanas provistas de gruesas lentes y por ellas veían los hombres pasar, ondulando ante sus ojos, las masas de aguas verdosas de la bahía.

—Seguimos una senda verde —dijo Ham, en tono sombrío—. ¡Espero que nos conducirá a alguna parte!

CAPÍTULO XV

UN INFIERNO BAJO EL AGUA

AUN cuando el «Helldiver» pudiera ser dirigida por un solo hombre, la tarea no era de las más sencillas. Ello mantenía entretenido a Doc, quien movía palancas y manejaba llaves sin darse un punto de descanso.

Incrustado en la pared del cuarto de máquinas se extendía ante él un gran cristal esmerilado. También había otros similares en las paredes posteriores y laterales del submarino.

Monk, que conocía al dedillo el intrincado mecanismo del «Helldiver», hizo girar esferas, obteniendo su maniobra un resultado maravilloso. Simultáneamente los cristales esmerilados de la pared asumieron un matiz verdoso. Aquel tinte glauco era al propio tiempo vivo, movible.

Pace los contempló largo tiempo sin comprender, hasta que un remolino que se produjo delante de uno de ellos le hizo comprender que lo que estaba viendo eran los abismos líquidos donde a la sazón navegaba el submarino.

—¡Espléndido! —exclamó:— ¡Sí, señor, espléndido! Este submarino es extraordinario —comentó, entusiasmado—. ¡Ha debido costar una fortuna!

—Ya lo creo —afirmó muy tranquilo el químico—. Cuando lo compramos era lo mismo que otro cualquiera, pero desde entonces se ha perfeccionado muchísimo. Ya le dije antes que todo lo que inventa Doc lo aplica aquí en el acto.

Ham terció en el diálogo entablado para decir:

—A propósito: ¿de dónde habrán sacado Los Cráneos Plateados el sumergible que poseen?

Monk murmuró:

—Yo también me lo he preguntado.

—Pues no tiene nada de misterioso —observó Doc.

—¿Eh? —Monk le miró, sorprendido.

—Recordaréis que Lorna Zane obtuvo una vacación retribuida que duró cinco meses, durante la pasada primavera, ¿eh?

—Sí, en efecto —replicó Monk.

Pace saltó, sin poder contenerse:

—¡Y también a mí me la concedieron! Es decir, nos la concedieron a todos los empleados de los astilleros de Winthrop. Fue un caso raro de verdad. Sobre todo porque, al volver de nuestras vacaciones, descubrimos que se había trabajado en los astilleros, sin poder averiguar qué era lo que se había construido.

—Pues ahí está la explicación del misterio —afirmó Doc.

—¿Es decir que el submarino de Los Cráneos Plateados fue construido en los astilleros de Winthrop? —dijo sombríamente Ham —. Winthrop se relacionaba con la banda. En tal caso, o se le enfrió el entusiasmo o riñó con ella, o algo por el estilo, y por ello le mataron con un proyectil disparado desde el submarino, que se hallaba entonces en el río East.

—¡Es fantástico! —murmuró Pace—. ¡Extraordinariamente fantástico, sí, señor!

A la sazón el «Helldiver» había pasado por delante de la última boya de radio señalada en el mapa sacado por Doc del club «Cabeza de Turco».

—¿Y ahora qué? —preguntó el químico, en voz alta.

—Pues ahora seguiremos adelante. Lo que siento es que no hay indicadas en el mapa más boyas de radio —le contestó el hombre de bronce.

Por fortuna, el aparato de direcciones siguió captando chasquidos. Por lo visto había más boyas y ellas les llevaron a alta mar.

Bajaban a la sazón por las costas de Nueva Jersey, pero a varias millas de la playa.

—¡Está bien esto! —comentó Monk—. ¡Esos tiburones tienen una línea, de boyas que los conducen hasta la bahía de Nueva York! ¡Qué listos son!

—¡Y qué ricos! —indicó Ham—. Se necesita, en efecto, poseer una hermosa fortuna para tener todo esto.

Monk se disponía a contestar... mas no lo hizo. En vez de ello, pareció que bostezaba, pues abrió una boca de a palmo.

Y, al propio tiempo, como movido por un resorte, se alzó su brazo izquierdo y, rígido, tenso, apuntó frente a sí.

—¡Vientre de ballena! ¡Mirad! —exclamó.

En la pantalla de proa había surgido un objeto semejante a un huevo de acero visto de frente. Hubiera podido ser la cabeza de un pez que salía al encuentro del sumergible, ya que otros peces aparecían en ocasiones en las otras pantallas, mas éste tenía el color del acero, y determinadas protuberancias que ostentaba indicaban lo que era.

—¡El submarino! —exclamó Ham.

Savage movió una palanca y el «Helldiver» adquirió velocidad. Pero el otro submarino le imitó, y ganaba terreno.

—Este buque no fue construido para correr —gruñó Monk—. Dificultan su avance los aparatos rompehielos que le protegen.

Pace exclamó, en un tono nervioso:

—¿Tampoco va provisto de torpedos?

—¡No hay ninguno a bordo! —replicó Doc.

—¿Ni de bombas a propósito?

Doc meneó la cabeza.

—El «Helldiver» no está equipado para la lucha. Es sobre todo, un buque destinado a experimentos científicos.

Varió ligeramente de rumbo, pero Monk se mantenía, ceñudo, junto a la pantalla.

El otro submarino rectificó el rumbo emprendido para seguir al «Helldiver» y, al ladearse, se pudieron apreciar sus dimensiones.

Era considerablemente más pequeño que el «Helldiver», más esbelto, de líneas afiladas.

—Yo he visto ese sumergible en alguna parte —gruñó el químico —. Quizá fuera en una fotografía.

—Sí, en una fotografía —afirmó Doc.

Monk hizo un guiño nervioso.

—¿Cuándo fue eso? Porque no lo recuerdo.

—No hace mucho. Todos los diarios de los Estados Unidos trajeron la fotografía de un pequeño submarino para dos hombres que se estaba probando en el Japón —le explicó el hombre de bronce—. Era un sumergible parecidísimo al que nos sigue ahora y

no es improbable que éste sea una copia de aquél.

Sólo unas yardas separaban al pequeño sumergible del «Helldiver»; por ello sus ocupantes repararon en la torrecilla que tenía delante y en la redonda puertecilla de cristal que ostentaba.

Pace exclamó, a voces:

—¡Me agradaría saber lo que piensa hacer!

Sin variar de expresión, replicó Doc:

—Desde luego nada bueno, se lo aseguro.

Pace se humedeció los labios y a continuación se miró las manos y extendió los brazos para verlos mejor. Aquellas manos no temblaban. El hecho le llenó de sorpresa, al parecer.

—¡Viva! —exclamó.

Hugo Mac Coy le lanzó una mirada fulminante, y dijo, entre dientes:

—¡No hallo motivos para tanto entusiasmo, la verdad!

Su rostro exquisitamente bello estaba cubierto de sudor.

Pace le dirigió una franca, sonrisa.

—Caballeros —manifestó al grupo allí reunido:— Comienzo a creer que mi asociación con ustedes me ha librado de algo que pesaba sobre mí, que ha pesado sobre mí durante toda mi existencia. Me refiero a mi cobardía habitual. Por regla general, me acobardan todos los acontecimientos desusados, me asustan de tal modo que no sirvo para nada. Pero ahora me siento lleno de valor, sería capaz de cualquier cosa. ¡De cualquier cosa!

Mac Coy gimió:

—¿Qué podemos hacer? ¿Por qué no nos elevamos hasta la superficie? ¿Cómo vamos a competir con esa gente?

—¿Ve esa escotilla abierta, en el costado del submarino? —le preguntó Savage.

¡Sssííí! —tartamudeó Mac Coy.

—¡Pues detrás de ella se encuentra, sin duda, el cañón de tres pulgadas! —le aseguró Doc:— sólo que no pueden dispararlo bajo el agua. Aguarde… a ver si con esto hacemos algo.

Extendió el brazo y tocó una palanca de cobre. La pantalla situada a su espalda se tornó súbitamente negra. Aquella negrura procedía del exterior, una nube del color de la tinta se derramaba de les receptáculos situados bajo la «piel» del «Helldiver».

—¡Caramba! ¡El ardid es nuevo para mí! —dijo Monk,

estupefacto.

—¿Recuerdas aquella ocasión en que navegamos bajo los hielos polares? —interrogó al químico.

—¿Que si lo recuerdo? ¡Pues ya lo creo!

—Pues en aquella ocasión llenamos los tanques situados bajo la «piel» del submarino de un ingrediente inventado por ti, para la ocasión, que estaba destinado a fundir el hielo. De esta manera confiábamos en poder librarnos de un aprisionamiento en el caso de que el hielo nos bloquease.

Monk aprobó con un ademán.

—Sí, sí; eso es —exclamó.

—Bueno, pues ahora acabo de abrir esos tanques, llenos de una solución química que he inventado y que se convierten en sal negra marina. El secreto del invento se halla ahora en manos del Gobierno de los Estados Unidos y, en el caso de que estalle una nueva guerra, podrá serle de utilidad.

Doc manipuló ahora en los localizadores del sonido y ellos señalaron la presencia a popa del pequeño submarino, que se desviaba de su curso, cegado por la sal oscura.

Doc paró por completo los motores del «Helldiver» La nave moderó su marcha, poco a poco, se hundió y descansó en el fondo del Atlántico, que en aquel punto era arenoso, de acuerdo con las cartas de marcar.

Mac Coy se enjugó el sudor que ponía reluciente su hermoso semblante, y gimió:

—¡No veo que pueda servirnos de algo la maniobra!

Pace le dijo, sonriendo:

—¡Pero todavía estamos vivos!

Mac Coy saltó, con acento irritado:

—¡Bueno, mas tampoco tenemos motivos para demostrar tanto alborozo!

Al adoptar la nueva personalidad del hombre que a nada teme, «Rapid» Pace era un ente del todo distinto al nervioso charlatán perito que fue en un principio. Incluso hablaba con más firmeza y mayor lentitud y no repetía tanto las frases.

—De ahora en adelante emplee, para hablarme, un lenguaje más cortés —dijo, sombrío, a Mac Coy—. De lo contrario me veré obligado a ajustarle las cuentas.

Monk gruñó:

—¡Repito que se callen por última vez!

Inesperada mente se oyó un sonoro, metálico rechinamiento. El suelo de cuadernas de goma del submarino osciló, con la consiguiente pérdida de equilibrio de todos sus ocupantes, a excepción de Doc, que se mantuvo asido a los mandos.

Mac Coy gimió, asustado, y estuvo en un tris que no se echara a llorar.

—¿Qué ha sido eso? —interrogó, temblando.

Pace le dirigió una mirada burlona, levantóse del suelo y fue a mirar por los cristales de la ventana. Estos continuaban negros a causa de la solución que teñía las aguas.

Sin embargo, la corriente del océano disipó en parte la nube oscura y distinguió los objetos colocados a unos pies de distancia del casco del «Helldiver».

—¡Mirad! —dijo a sus compañeros—. El otro submarino es sujetado a nuestro casco, ignoro de qué manera.

Doc puso en marcha los motores eléctricos. EL «Helldiver» se movió, pero no pudo arrancar, por la resistencia del otro buque adherido a su casco.

Manipulando válvulas, Doc abrió los recipientes del lastre. Entonces el barco se elevó unos pies, después se interrumpió la ascensión iniciada y se vió oscilar la aguja del aparato indicador de la profundidad hasta descansar el buque de nuevo en el lecho del océano.

Como el «Helldiver» era muy pesado, no tenía fuerza suficiente para levantar con él al otro submarino, que, para colmo, tenía los tanques llenos de lastre.

—¡Diantre! ¡Esto pasa de raya! —exclamó Monk—. ¿Qué será lo que mantiene unido a nosotros a ese submarino?

—Ahí estriba el misterio —replicó Savage—. Pero lo que más me sorprende es cómo ha podido encontrarnos en el agua negra.

Sucedió a sus palabras un silencio profundo, interrumpido tan sólo por el tic-tac de los cronómetros que todos llevaban. Luego todos aplicaron el oído, Mac Coy parecía estarse asfixiando.

¡Glub! El sonido aquel era blando. ¡Glub, glub! Todavía se repitió des veces más.

—¡Son burbujas que se escapan de alguna escotilla abierta en el

otro submarino! —prefirió Doc, vivamente—. ¡Se envían buzos al exterior!

Así diciendo dirigió una ojeada al aparato indicador de la profundidad.

Estaban escasamente a setenta pies de la superficie. La profundidad no era excesiva para un buzo ni para el desempeño de la tarea que pudiera encomendársele.

Corrió a un armario que contenía varias escafandras, trajes flexibles forrados de malla y capuchas transparentes. En él había más de una docena de escafandras. Doc las sacó a rastras.

—Ponéoslas —aconsejó a sus compañeros.

Monk y Ham le obedecieron al punto. Pace les imitó.

Mac Coy retrocedió y su exquisito perfil asumió el color de la púrpura.

Monk tomó entonces uno de los trajes impermeables y corrió junto a Mac Coy, dispuesto a obligarle a que se lo pusiera.

Mac Coy se llevó la diestra al bolsillo. Ya había sacado de él un arma cuando Monk, forcejeando, se la arrancó de la mano.

—¿Qué diantres pretendía hacer con ella? —le gritó.

—N… no lo sseé —tartamudeó el joven—. Luchar contra esos demonios, creo yo. Aborrezco el agua. Jamás me he puesto un traje de esos. Además, ¡estamos a setenta pies de profundidad!

Guardándose el arma de Mac Coy en el bolsillo, Monk replicó:

—Sí, y permaneceremos aquí un tiempo indefinido si no nos movemos.

Temblando, permitió Mac Coy, que le ayudaran a ponerse el traje impermeable y recibió instrucciones respecto a su funcionamiento.

«Rapid» Pace con el pecho henchido del nuevo valor, dijo:

—Yo no estoy asustado. De verdad que me siento lleno de energías. Ahora, ¡qué me aspen si lo entiendo!

CAPÍTULO XVI

LA DERROTA BAJO EL AGUA

A la sazón ya no permanecía silencioso el «Helldiver». Sus ocupantes jadeaban. Y jadeaban a causa del esfuerzo llevado a cabo para meterse los trajes de buzo; los mismos trajes sonaban a metal cada vez que chocaban con las paredes del submarino.

Pero, además, se oía otro ruido de mal agüero. Era una serie de golpes resonantes que alguien daba en el casco del sumergible. Procedían de la parte de proa y también de la parte alta del aparato.

—Por lo visto se han descubierto nuestras escotillas y se trata de abrirlas para que entre el agua —guiñó Monk.

Luego el simiesco químico se caló el casco transparente, abrió la llave del pequeño aparato de radio y agregó:

—Ea, vámonos. Acabemos de una vez.

Doc les precedió por el camino a popa. Allí abrió una escotilla ovalada que daba sobre un cubículo de acero de unos seis pies cuadrados en cuyo techo se abría una segunda escotilla.

Doc cerró la primera, qué era la que acababan de atravesar, movió una palanca y gimió el mecanismo invisible.

Entonces se levantó la segunda escotilla y entró el agua primero poco a poco, de pronto después y con tal violencia que les derribó por tierra.

El hombre de bronce se incorporó y salió.

Los otros le siguieron. Primero Mac Coy, luego Pace, Monk y finalmente Ham.

Cada uno empuñaba un cuchillo afilado de larga hoja. Estos cuchillos iban enfundados en los cinturones de cuero de los trajes de buzo que vestían y para debajo del agua no podían haber hallada

armas más eficaces.

Fuera del submarino había más claridad de la que habían supuesto.

Primeramente la corriente se había llevado la nube negra. Además, los «cráneos de acero» iban provistos de potentísimas antorchas portátiles.

Doc se dirigió en línea recta al grupo que rodeaba, la escotilla abierta en la torrecilla del buque. De momento le pareció vago, como vista a través de la niebla. Poco a poco, sin embargo, se definieron sus contornos. Se componía de cuatro individuos.

Los cuatro vestían trajes impermeables especiales, de los que no necesitan ir provistos de tubos para el aire porque llevan el oxígeno indispensable para la respiración en depósitos situados a la espalda de los trajes.

Tampoco sus cascos eran transparentes sino de metal con aberturas enrejadas para el semblante.

Los Cráneos Plateados —no cabía dudar que lo eran— estaban armados de martillos y destornilladores.

Doc, corrió hacia ellos, agachándose. Probablemente el ruido sordo producido por sus zapatos de suela de goma sobre el casco del submarino puso sobre aviso al grupo que rodeaba la escotilla porque se enderezaron y uno que llevaba un soplete se escurrió como una ardilla e hizo ondear la llama gris del instrumento delante de sí.

Era un instrumento odioso aquel. Ardía bajo el agua por gracia del oxígeno puro de que le proveía un depósito portátil y pedía hundir el acero más duro con la facilidad con que se hunde un dedo en el fango.

Monk avanzaba en pos de Doc, pegado a sus talones como vulgarmente se dice. El traje impermeable ponía aún más de manifiesto su parecido con el orangután.

—Ataquemos al hombre del soplete —ordenó Doc por radio.

Tomó la derecha mientras se dirigía Monk a la izquierda.

EL Cráneo Plateado dio unos pasos al azar, luego comenzó a retroceder.

Le inspiraban respeto los cuchillos que llevaban Doc y Monk, pues el cuerpo de su traje era de lienzo y de goma y no le defendía de un arma blanca.

De pronto sus compañeros cedieron apelando a la fuga. La resistencia del agua transformaba sus movimientos y les prestaba una grotesca lentitud mientras se alejaban, a saltos, del casco del «Helldiver» y corrían a refugiarse en su embarcación que se hallaba unida al submarino, un poco más allá.

Doc y Monk les siguieron. Así tuvieron ocasión de enterarse de cómo se las habían compuesto para unirse de manera tan sólida al «Helldiver».

Adheridos al casco del pequeño sumergible, había una serie de objetos circulares. Estos objetos estaban en contacto con el submarino de Doc.

—¡Son electroimanes! —aulló Monk a través de su aparato de radio—. Pero ¿qué diantres hacen ahí?

La respuesta a aquella pregunta no llegó hasta después, cuando ya habían ocurrido acontecimientos desagradables.

Comparado con el «Helldiver», era más pequeño el submarino de Los Cráneos Plateados, pero también mayor de lo que ellos habían supuesto al verle, por vez primera, a través de la pantalla de cristal.

Tampoco podía solamente contener a dos hombres, ya que junto a él, en el exterior, divisó Doc por lo menos una docena.

Los doce se agruparon para recibir la arremetida de Doc y sus acompañantes. Algunos llevaban también cuchillos. Otros trabajaban en la escotilla de escape de su propio submarino por la cual habían salido, sin duda, al mar.

AL cabo extrajeron por ella varillas negras de seis pies o más de longitud, cuyos extremos iban unidos a lo que parecía una manguera negra de goma.

Empuñando las varillas a modo de lanza, avanzaron al encuentro de sus oponentes. La manguera negra, que salía del submarino se arrastró en pos de ellos.

Uno de los bandidos tropezó inesperadamente. Con objeto de mantener el equilibrio apoyó el extremo de su varilla en el fondo arenoso del mar.

Allí donde tocó la varilla saltó una chispa, azulada, chirriante, como un arco eléctrico.

—Esas varillas llevan una corriente de alto voltaje —advirtió Doc a sus compañeros—, y como a la menor presión se establece un contacto, ¡si nos tocan con ellas habremos acabado!

Los enmascarados continuaban avanzando cautelosamente.

Doc hizo alto, giró sobre sus talones y como hallara detrás de él a sus cuatro compañeros, les hizo seña de que retrocedieran.

—Nos va a costar caro entablar con ellos una lucha cuerpo a cuerpo —les advirtió—. Apartémonos, pues, de esas varillas. Describid una vuelta en torno de ellos, entretenedles, mientras vuelvo al «Helldiver».

Les volvió la espalda y se dirigió al submarino. Aunque andaba a buen paso no podía ir tan ligero como lo hubiera hecho en tierra firme.

Sin embargo, poco después estaba en el cuarto de máquinas del sumergible.

El movimiento impreso sobre una palanca hizo brotar una nueva, nube del químico ingrediente que en reacción a las aguas salinas del mar producía un tinte negro.

Una vez hecho esto sacó del armario un soplete, sólo que no lo encendió.

Entonces salió por la escotilla de escape y fue a reunirse con sus hombres.

—¿Hay novedad? —deseó saber.

Monk y Ham le contestaron casi en el acto, por radio. Mac Coy tardó un poco más en hacerlo.

—¿Y usted, Pace? ¿Cómo está?

—Pues sigo sin comprender por qué, pero ¡no estoy asustado! —le respondió el perito.

—Manteneos separados de esos tunantes mientras yo busco la ocasión de inutilizar sus electroimanes.

No encendió enseguida el soplete para que no se descubriera su presencia en la negra nube que, ahora, invadía el mar en torno. Y mientras avanzaba penosamente por el lecho arenoso del océano, pensaba que se hallaba metido en un mar de tinta.

Pero la noche, se decía, molestaría a Los Cráneos Plateados y les mantendría pegados al submarino. AL colocarse entre los dos sumergibles, estrechamente unidos, alargó el brazo y palpó una pared. Entonces hinchó de aire el traje impermeable y se elevó un poco.

AL instante descubrió uno de los electroimanes.

Apoyó la cabeza revestida del casco transparente en el costado

de acero, del submarino. De esta manera y dado que se le acercaran los buzos enemigos, podría oír el sonido apagado de sus pasos antes de que se le echaran encima.

En lugar de sostener el soplete en la mano, lo colocó sobre el casco del submarino en posición tal, que su llama lamiera la cubierta del electroimán sin que él lo sostuviera.

Ello era como vía de precaución, pues el instrumento podía originar un cortocircuito a través del arrollamiento, y aquél originaría una sacudida mortal de la corriente.

De allí a poco surcó el mar color sepia una deslumbrante llama azul. Era que ardían los alambres arrollados del electroimán.

Una vez acabada la operación bajó junto al casco envuelto por densa oscuridad, resistiendo la presión de las aguas con suavidad, y halló el siguiente electroimán. Entonces repitió el proceso indicado, manteniendo siempre pegado al casco del submarino su yelmo transparente.

E hizo bien en no descuidarse, porque de lo contrario hubiera, dejado de oír el ruido de pasos que se acercaban rápidamente. Unos zapatos de goma ascendían el puente y a juzgar por los roces que se producían, otros buzos trataban también de escalar la escotilla.

Doc aguardó. Los Cráneos Plateados se aproximaban.

Luego, Doc apagó el soplete y se lo metió en el bolsillo. Entonces se alejó de allí. Tras de bajar un poco a lo largo del casco del submarino, se separó de él y se dejó hundir en la arena.

Antes de que lograse recuperar el equilibrio, la corriente del océano le llevó junto al «Helldiver». A tientas ascendió y se arrastró por el puente.

—¡Monk! ¡Ham! —llamó por el micrófono—. Entrad en el «Helldiver» con Pace y Mac Coy.

Buscó la entrada de la escotilla de escape y poco después con sordo impacto y entre burbujas de aire expelido, sus cuatro compañeros llegaron, también, junto a la escotilla.

Doc cerró la cámara de ésta, dio salida al agua que en ella entrara, y penetró en el interior del «Helldiver». Sin detenerse a despojarse del traje impermeable corrió al cuarto de las máquinas.

Los motores gimieron al contacto de su mano sobre una llave, gimieron y se pusieron en movimiento. De pronto se oyó un chasquido. Era que se interrumpía la corriente gracias a la cual

funcionaban los motores.

Doc pasó revista minuciosa a la maquinaria y probó, varias veces, los mando. Mas todo fue en vano. Se hallaban detenidos.

Y al propio tiempo se produjo un ruido junto a las escotillas, por el exterior, como si Los Cráneos Plateados intentaran penetrar a la fuerza en el «Helldiver».

Doc tornó a la cámara que precedía a la escotilla de escape seguido de sus cuatro compañeros. Los cuatro tenían el rostro sombrío y apenas cruzaban palabra. Una vez en la cámara cerraron la puerta interior, luego Doc movió la palanca que abría la escotilla.

Apenas estuvo abierta unas pulgadas, se lanzó sobre la palanca y la volvió a mover, una varilla negra que asomaba por la abertura era lo que le movió a hacer aquella maniobra. El extremo de la varilla en cuestión iba protegido por el reluciente fragmento de cobre de un electrodo.

—¡Vaya! ¡He ahí otra de sus lanzas eléctricas! —fue el comentario con que Monk acogió la aparición.

—¡Apartaos de ella! —les recomendó Doc.

La lanza había quedado presa en el hueco de la puerta, que era de acero, y al cabo Doc consiguió cerrarla del todo, para lo cual tuvo que partir la lanza con el resultado de una explosión de llamas azuladas.

El «Helldiver» tenía dos escotillas de escape a fin de que los buzos pudieran ir y venir sin esfuerzo desde el interior del sumergible al mar y desde éste al sumergible. La segunda escotilla era más pequeña que la primera y estaba en la proa.

—Probémosla —propuso Doc a sus compañeros.

El agua les llegaba hasta la rodilla y por ello al abrir la puerta interior esta agua se desparramó, con su entrada, en el interior del buque. Pero las bombas instaladas a bordo se encargarían, cuando hubiera tiempo, de desalojarla.

Además, no pudieron llegar a la segunda escotilla ni mucho menos salir por ella al exterior para entablar un combate cuerpo a cuerpo.

Justamente se hallaban de frente a la torrecilla cuando sonó un estrépito formidable y del cuarto de máquinas saltó una sábana líquida.

El agua salía por la puerta del cuarto como por la boca de una

espita abierta, inesperadamente.

Aquel chorro singular derribó por tierra a Doc Savage a pesar de su resistencia y le arrastró pasillo abajo. Allí le hizo chocar con un soporte de acero y de no haber sido tan fuerte se le hubiera roto, en el sitio, el casco transparente que llevaba en la cabeza.

Desprovisto de sus energías, Monk y los otros tres hombres recibieron un trato todavía más rudo, Mac Coy lanzó un aullido de dolor en el momento de chocar con uno de los motores; y también había en su voz un terror indescriptible. Pace lanzó un sonoro juramento.

En cuanto a Monk y Ham soportaron la arremetida con resignado silencio.

De no haber llevado puestos los trajes de buzo, los cinco hubieran dejado allí la vida. Dada la ocasión, sin embargo, fueron lanzados de aquí para allá por la fuerza irresistible del agua hasta que se hubo llenado el departamento principal del «Helldiver».

De momento únicamente se llenó de agua la sección central del sumergible porque en las puertas de los mamparos se habían colocado ingeniosos aparatos, merced a los cuales, se cerraban y convertían en impermeables los mamparos cuando entraba el agua.

Ahora bien: como no había compuertas para el aire entre los mamparos, les fue de todo punto imposible pasar de un departamento a otro, ahora que estaba lleno el principal.

Algunos Cráneos Plateados embutidos en trajes impermeables comenzaron a caer en el interior de la cámara desde la torrecilla.

Debido a la fuerza de la corriente submarina, habíase aclarado de nuevo el agua del mar, la negra nube había desaparecido. El primer Cráneo Plateado que entró en la cámara sostenía en la diestra una de las lanzas negras y pegado a él llegó otro Cráneo Plateado provisto de un potente reflector.

Mientras avanzaban en silencio fueron llegando y entrando tras de ellos varios buzos más. Caían en número interminable semejantes a vagas formas en el agua, como cuerpos espectrales surgidos de los dominios anejos a la laguna Estigia. Sólo uno de ellos, el primero en aparecer, traía la lanza negra, los otros iban armados de cuchillos.

Doc y sus hombres retrocedieron. ¿Cabía hacer otra cosa? La lanza aquella era un arma terrible, la única que había conseguido

derrotarles, la única cuyo poder veíanse incapacitados de contrarrestar, careciendo como carecían de tiempo para construir un escudo aislador u otra arma defensiva por el estilo.

Ni siquiera había en el “Helldiver” un palo aislador que pudiera emplearse para defenderse de la lanza eléctrica.

Doc clavó la mirada en el lancero. Su semblante poco vulgar, expuesto a la luz dentro del casco transparente, no demostró la menor emoción.

Su atención se concentraba, por entero, única y exclusivamente en la lanza.

Las pisadas de las suelas de goma de los invasores producían un ruido particular en el suelo y por ello no oyó abrirse, a sus espaldas, la puerta de un mamparo. Justamente era una puerta muy bien hecha, a la cual se le habían engrasado los goznes.

Doc no podía saber que también se habían forzado las puertas de los otros departamentos y que los invasores del “Helldiver” habían entrado por ellas en el interior del sumergible.

Pero así había sido. La operación habíase llevado a cabo mediante destornilladores y ganzúas. Y así, y para coger entre todos a Doc y sus hombres, penetraban ahora en la cámara Los Cráneos Plateados.

Un segundo buzo apareció en el umbral del mamparo. Tras él llegó un tercero, luego un cuarto, luego un quinta buzo. No llevaban lanzas; iban armados de cuchillos. En cuanto estuvieron dentro de la cámara se lanzaron al ataque.

Doc no fue cogido enteramente de improviso, sin embargo. Les había oído entrar, rápido como el rayo giró sobre sí mismo, reparó en que no llevaban lanzas y se arrojó sobre ellos valientemente.

Los Cráneos Plateados no retrocedieron. Comprendían que su salvación estribaba en el número.

La batalla que se entabló a continuación fue fantástica por demás, extraordinaria, Por tener lugar en el fondo del mar y en las entrañas de un submarino.

El individuo armado de la lanza atacó varias veces con ella a sus oponentes mas el final se enredó el cordón que la unía a su propio sumergible y tuvo que abandonarla.

Rodeados, por completo, a la sazón, Doc y sus hombres formaron un círculo estrecho erizado de puntas de acero, las

afiladas puntas de sus cuchillos.

Pero no resistieron largo tiempo.

Los Cráneos Plateados atacaron sobre todo el lado defendido por Pace y Mac Coy y rompieron el cerco. Sólo uno de ellos retrocedió, tambaleándose.

Burbujas de aire salieron de un agujero que le había abierto Pace en el traje con la punta del cuchillo.

Entonces se deshizo el círculo de luchadores. Cuatro hombres se apoderaron de Savage. Uno perdió súbitamente interés por la lucha y corrió vacilante a su embarcación. De su traje rasgado se desparramaban burbujas de aire.

Otro Cráneo se apoderó al cabo de un brazo de Doc. El hombre de bronce intentó sacudírselo. En tierra no le hubiera sido difícil conseguirlo; bajo el agua era, un trabajo digno de Hércules.

Por ello le asieron por el otro brazo y finalmente por las dos piernas.

Después se le obligó a tenderse en tierra. Como bajo del agua había perdido peso no logró ponerse otra vez de pie, forcejeando, y le vencieron.

Uno de Los Cráneos Plateados se colocó a su espalda. ÉL trató de volverse para impedirlo a pesar de estar sujeto por el resto del grupo, pero llegó tarde, y de pronto oyó el sonido del aire que se escapaba.

¡Acababan de arrancarle el aparato del oxígeno!

AL abandonar el casco la presión hecha hasta el momento por el aire, comenzó a entrar agua en su interior. Ella se derramó en helada caricia por la nuca y hombros, escurrióse traje abajo, por aquel traje que de manera tan estrecha se le había adherido al cuerpo cuando lo tenía lleno de aire.

También el agua le rodeó el cuello, le besó en los labios De haber estado en pie, la presión del aire en la parte alta del casco hubiera impedido que entrase en él el agua unos segundos siquiera.

Mas, como estaba tendido en el suelo de acero, le cubrió la nariz y los ojos.

Unas pocas burbujas se escaparon de aquélla. Entonces la loca desesperación de retardar la muerte pareció apoderarse del gigante de bronce.

Sus grandes brazos se agitaron, convulsos, y los dos hombres que

los sujetaban fueron a chocar uno contra el otro, se asestaron un golpe simultáneo en las cabezas y, atontados, dejaron de asirle los brazos.

De un puntapié se libró Doc del tercer bandido que le tenía cogidas las piernas.

El que le había desembarazado del depósito de oxígeno se retiró con él en la mano y el cuchillo en la otra.

Doc hizo un movimiento como si se dispusiera a seguirle. Pero una gran debilidad pareció apoderarse de él. Osciló y fue zarandeando por la corriente de agua que inundaba el «Helldiver».

Aquella corriente se lo llevó hacia atrás y desapareció en la oscuridad del departamento por el cual Los Cráneos Plateados habían entrado con el deliberado propósito de sorprenderle.

CAPÍTULO XVII

LA CARRERA BAJO EL MAR

ULL había sido quien, con sus propias manos, le había arrancado el aparato del oxígeno del traje impermeable. Lleno de gozo saludó —con un grito de triunfo la desaparición del hombre de bronce en la oscura tumba del departamento.

A continuación corrió junto a los dos hombres que tenían a Pace sujeto y acercó su casco al de uno de ellos.

—¡Conservadles la vida! —gritó.

Como sus trajes impermeables no estaban provistos de los ingeniosos aparatos de radio, era preciso acercar los cascos siempre que se iban a hablar.

De esta manera la vibración producida en el metal transportaba sus voces al interior del casco.

—¡Fuego del infierno! ¿Por qué? —gritó el otro en respuesta.

—Para hacerles cantar —explicóle Ull—. Es preciso saber si le han contado a la Policía lo que saben de nosotros.

Rápidamente se aproximó Ull a los otros Cráneos Plateados y les repitió la orden. Como resultado, Ham y Monk fueron arrastrados hasta la escotilla de la torrecilla del submarino sin más detrimento que el causado en sus espíritus.

Un cuchillo le había abierto un corte en la pierna al químico y su traje trasudaba, por aquel punto; mas el percance no era grave, siempre y cuando procurara, mantenerse de pie.

«Rapid» Pace y Mac Coy fueron también desarmados y arrastrados fuera del submarino.

El trayecto que mediaba entre los dos sumergibles le pareció interminable a Monk. De momento se resistía, luego desistió ante la amenaza real de un cuchillo cuya punta le pusieron en el pecho.

La escotilla por la cual penetraron en el interior del segundo submarino era de un tipo convencional, quizá poco más grande que las corrientes. Mas a Monk no le interesaban estos detalles de construcción.

Un profundo pesar contraía sus vulgares aunque agradables facciones. Había presenciado lo sucedido a Doc Savage y estaba seguro, enteramente seguro, de que el hombre de bronce había muerto a la sazón.

Aquel hecho le aterraba, le debilitaba, le quitaba los ánimos para todo, le tornaba indiferente a cuanto pudiera sobrevenirle. Incluso había olvidado, de momento, que Pat Savage y Lorna Zane continuaban en poder de Los Cráneos Plateados. Y que, posiblemente, vivían todavía.

Y es que la existencia de Monk estaba estrechamente unida a la de Doc, venía estándolo desde hacía muchos años; pero Doc estaba muerto.

Muerto a pesar de ser un sabio, un ser dotado de sobrehumanas cualidades, héroe de mil aventuras asombrosas. Con todo, acababa de perecer en una tumba de acero, situada a setenta pies de la superficie del océano.

Monk pensó así y la idea le puso de un humor tan fúnebre que no comprendía la necesidad de seguir viviendo.

Él y Ham, fueron colocados, bajo la vigilancia de las ametralladoras, en un diminuto departamento del sumergible y allí se les despojó de los trajes impermeables.

Tan pequeño era el departamento, que tuvieron que sentarse, hombro con hombro, entre dos armarios. Ni para el más bajo de Los Cráneos Plateados parecía haber sitio en el submarino.

Increíblemente estrecho y reducido llevaba, sin embargo, gran cargamento de seres humanos… si así podía llamarse a Los Cráneos Plateados.

A Pace y Mac Coy los llevaron a otro departamento o por lo menos ni Monk ni Ham volvieron a verles después de entrar en el sumergible.

Lo que sí divisaron fue un gran bote de metal que los bandidos introdujeron por la escotilla de aire del «Helldiver».

Unido al bote iba un aparato de relojería. Monk y Ham reconocieron al punto aquel artefacto: era una mina del tipo

empleado por los guardacostas para la destrucción de buques abandonados.

Al propio tiempo adivinaron el uso a que se le destinaba.

Después Los Cráneos Plateados penetraron en su sumergible y se quitaron los trajes impermeables. Componían un grupo gozoso por demás.

De entre ellos algunos se despojaron de las capuchas. Sus rostros revelaban que tenían una cosa en común: la depravación, Ésa, asomaba a los ojos de todos.

Se abrió una llave que cortó la corriente de los electroimanes y el submarino se elevó un poco, sin llegar hasta la superficie y partió.

Por el sonido de los motores, Monk y Ham se dieron cuenta de que iban a toda marcha y comprendieron el motivo. El motivo era la mina que dejaban a sus espaldas.

De allí a poco estalló y la conmoción hizo tambalearse al submarino y gemir a sus planchas de acero.

Simultáneamente entró Ull en la pieza y les miró sonriendo.

—Esa explosión acaba de hacer volar sumergible —les dijo—, y en él el cadáver de Doc Savage.

Se quitó la capucha, que probablemente dificultaba su respiración, y su acción pareció de malísimo agüero a los dos prisioneros.

Ull no les hubiera mostrado el rostro si creyera que ellos iban a vivir para denunciarle a la justicia.

Su semblante les dejó sorprendidos, sin embargo. Nada, en él permitía adivinar la maldad que le ocultaba detrás, ni siquiera la mirada. Era un rostro redondo, de expresión amable y tranquila.

Sus ojos castaños eran de suave mirada y la barbilla pequeña y redonda se dividía de manera que formaba, un hoyuelo.

Ull miró sosegadamente a Monk y Ham.

—Como habréis visto —les manifestó en tono seco—, estamos preparados para una lucha bajo el agua.

—¿Qué entiendes por estar preparado? —interrogó Monk con la lengua trapajosa.

—Me refiero a las lanzas eléctricas —replicó Ull, riendo—. Ya hace largo tiempo que las llevamos a bordo. No hubiera, sido extraño que se nos hubiera preparado una trampa bajo el agua o se

hubieran mandado buzos a investigar su fondo. Por ello inventé las lanzas que son las armas de más eficacia que supe hallar.

Monk no dijo nada y trató de no pensar en Doc Savage y en lo que acababa de ocurrirle. Su pensamiento errante tropezó con una idea que le interesaba y respondiendo a ella, preguntó a Ull:

—¿Y los electroimanes? ¿Cómo es que este… submarino está, dotado de electroimanes?

—¡Ah! ¡Nos han sido de gran utilidad! —exclamó riendo Ull.

—¿Para qué?

Ull volvió a reírse. Si expresaba su rostro la placidez y la inocencia, no se podía decir de su voz, que era muy fea, aun en el bajo diapasón empleado comúnmente También transpiraba un orgullo satánico la calma de que se revestía.

—Esos electroimanes —explicó a Monk—, son los que nos han puesto en contacto con vosotros en el agua negra. Nuestra fortuna, ha sido inmensa, pues hemos tenido el buen cuidado, al buscaros, de no quitar la corriente de los electroimanes y así, aun antes de daros cuenta, nos hallamos unidos a vosotros. Fueron los electroimanes los que nos reunieron, ¡Ah, son muy potentes!

—Pero no los llevará el submarino para eso —replicó Monk—. Me parece que no operan más allá de una distancia de dos pies. ¿De qué os sirven?

Ull le miró con fijeza.

—Antes de que transcurra mucho tiempo dejará de preocuparte la idea —contestó:

—¡Ya! —gruñó Monk; luego, procurando siempre apartar la imaginación de la suerte sufrida por Doc, dirigió a Ull otra pregunta —: ¿Y Pat? ¿Está bien?

—Todavía vive. No me atrevo a asegurar que esté bien; su situación no puede ser peor y lo mismo diré de Lorna Zane. Pero ambas respiran. Más tarde recibirán la muerte.., al propio tiempo, que tú la tuya… si te niegas a decirnos lo que deseo saber, ¿Sabe o no, la Policía, el camino que seguimos para entrar en la bahía de Nueva York?

Como la última frase parecía inspirada por una segunda idea de Ull, no le hizo Monk el honor de darle una respuesta. Que iba a ser torturado era evidente. Y como que hablara o que no hablara no impediría el que muriese, optó por callar.

Lo que hizo fue tratar de aclarar otro punto oscuro.

—¿Se halla detrás de todo esto Burgess Gardner? —interrogó.

Ull titubeó; situó entre los dientes la punta de una lengua rosada mientras reflexionaba y luego irrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Vamos: deseas saber si es el verdadero jefe de la banda, ¿no es eso? —dijo sonriendo.

—¡Justamente! —gruñó Monk.

—¡Pues sí, lo es!

El submarino navegaba. Avanzaba a poca velocidad. Era una suerte, pues de no haber sido así, Doc hubiera sido despedido, arrancado del punto que ocupaba. Iba sujeto a una anilla de amarre, sobre cubierta, esta es la verdad.

De lo contrarío y pese a sus músculos vigorosos, no hubiera podido resistir el embate de las aguas. Es decir: tal vez les hubiera opuesto resistencia algún tiempo, pero al cabo, el destino le hubiera sido adverso, sobre todo al principio cuando el sumergible se apartó, a toda marcha, del «Helldiver» para escapar antes de que sobreviniese la explosión.

Habíase librado de la muerte por asfixia que le amenazaba, sin gran esfuerzo, porque el agua era poco profunda en aquellos parajes y no le produjo grandes molestias.

Había logrado llegarse hasta un armario del departamento donde desapareciera tras de despojarle Ull del aparato del oxígeno, y el movimiento no le costó gran cosa porque se sabía de memoria los menores escondrijos del «Helldiver» y, debido a una larga práctica, sabía contener la respiración por más tiempo seguido que la mayoría de los mortales.

Del armario sacó un par de «pulmones» compuestos simplemente de tubos y una boquilla, de un purificador y depósitos de oxigeno, aunque no, desde luego, el casco y traje complementarios. La colocación de aquellos pulmones no constituyó, pues, más problema que el de tragar determinada cantidad de agua salada. Por ello los llevaba.

Lo que sí tuvo que hacer fue bajar la cabeza y proteger su semblante con ambos brazos cruzados, pues de otro modo le hubiera arrancado el agua los «pulmones». Por esta razón se había ligado también a la argolla.

La subida sobre la cubierta del submarino no le había sido difícil, ya, que Los Cráneos Plateados le creían muerto.

Claro que, desde luego, no era muy agradable viajar de aquel modo, porque el agua le sacudía con una espantosa violencia. Al propio tiempo le cortaban las carnes sus ligaduras y temía desfallecer al cabo para sumirse en un estado lamentable de insensibilidad, o perder los «pulmones» del equipo de buzo, cosa más desastrosa todavía.

Para colmo, apenas podía mantener, los ojos abiertos. Así y todo, le dijeron las claras tonalidades que iba asumiendo el agua que ya no estaba muy lejos de la superficie.

No cabía dudar de que el submarino seguía el camino indicado por las boyas de radio y el hecho de no estar ya tan hondo el submarino demostraba, sin ningún género de duda, que se aproximaba a la playa.

Pronto aquella hipótesis se tornó realidad al sonar un rechinamiento. Doc aventuró una ojeada en torno y vio levantarse el periscopio.

Es decir: en realidad no le vio. Le distinguió apenas, ya que estaba envuelto en los resplandores del sol que bañaba las aguas.

A juzgar por aquella iluminación, la niebla debía haberse disipado ya.

Los submotores se tornaron más y más silenciosos. El agua perdió parte de su fuerza de arrastre. AL cabo, el submarino sufrió leve sacudida y en torno de él se alzó el cieno. Había tocado fondo. Probablemente tenía reforzada la quilla para semejante ocasión.

Así, su construcción era tan sólida como la del destruido «Helldiver».

Levantándose del cieno prosiguió su camino, el sumergible. Avanzaba en línea recta, sin desviarse apenas. Todo indicaba que se hallaba próximo a la base secreta de Los Cráneos Plateados.

Ahora Doc pudo mantener los ojos abiertos. Vió centellear el faro potente colocado en la proa del submarino y le pareció inútil el derroche, dada la clara luz del sol.

Poco después comenzó a deshacer con prisa loca las ligaduras que le retenían junto a la anilla de amarre.

Una masa —parecía ser un tronco gigante revestido todavía de corteza, debido a la profusa cantidad de lapas que le cubrían—

había surgido por encima de su cabeza, y se hallaba en peligro de ser aplastado en el acto.

CAPÍTULO XVIII

LA BASE

AL cabo consiguió libertarse de sus ligaduras, se echó al agua y se asió a una paleta del timón. Pero estuvo en un tris que no quedara ahogado por el chorro de agua que se desprendió, inesperadamente, de las hélices.

El submarino trataba de situarse debajo del gran tronco que acababa Doc de divisar. La lenta, fastidiosa tarea emprendida, por Los Cráneos Plateados para lograrlo era de todos modos un trabajo sucio.

Sin duda les guiaban proyectores y receptores del sonido de las olas o, posiblemente, aparatos de radio les dieron a entender cuándo se hallaban justamente debajo de la mole.

El caso fue que una vez despedido el lastre, flotó el sumergible y tocó ligeramente el casco cubierto de lapas. Éstas faltaban en aquellos puntos que habían sufrido ya el contacto con el submarino y su falta ponía al descubierto las planchas de acero.

El submarino ya no se movió después de sufrir aquel contacto.

Los electroimanes se mantenían adheridos a la mole de metal que era, en realidad, el casco de un buque. No podía ser otra cosa. Y, sin duda, otros electroimanes de su interior evitaban que variara el sumergible de posición.

Sonó el chirrido de la maquinaria, burbujas sin cuento se derramaron del estanco de aire por el cual iban y venían al submarino Los Cráneos Plateados vestidos de buzos.

Doc soltó apresuradamente la paleta a que se había asido, y se hundió en el agua bajo el submarino. De ese modo pudo pasar bajo el casco de la embarcación donde se sentía a cubierto, por el momento.

Desde la popa avanzó en línea recta nadando en ocasiones, y sirviéndose de las lapas como puntos de asidero, en otras. El buque comenzó a estrecharse según se fue aproximando a proa. No era muy largo, al parecer.

Doc no siguió la proa hasta el punto en que se elevaba el agua que se soltó de ella y nadó a su derecha manteniéndose a distancia de la superficie del agua. Allí se mantuvo nadando algún tiempo sin hallar nada.

Luego se cambió a la izquierda. Aquí localizó el cable del áncora, una serie interminable de gruesos eslabones de hierro.

Doc respiró todo el aire que podían contener sus pulmones sin estallar; a continuación se quitó los «pulmones» artificiales y los ató a la cadena del áncora mediante las correas que mantenían sujeto a su espalda el aparato purificador de aire.

Esto era por vía de precaución. Para el caso de que si al llegar a bordo se hacia fuego sobre él y tenía que apelar a la fuga, para no volver a subir, creyeran Los Cráneos Plateados que había muerto otra vez.

Entonces él cogería de nuevo los «pulmones» y antes de sumergirse bajo las aguas, se los pondría.

La cadena del áncora corría por el lado opuesto a aquel donde estaba unido el submarino al casco del buque, hecho afortunado para Doc.

Así y todo salió con toda precaución a la superficie, manteniéndose a la sombra de la cadena del áncora, cuyos eslabones eran suficientemente grandes para ocultarle parcialmente la cabeza. Una vez entre ellos levantó la vista.

El buque era desastroso; un casco viejo y mohoso de unos miles de toneladas, similar, por las trazas, a los que hacían el contrabando de licores en la época de la prohibición. Y que sin duda continuaba el contrabando de otro modo fuera de la jurisdicción de los guardacostas.

Desde luego necesitaba una buena mano de pintura; los dorados de cubierta estaban muy sucios y tenía la única chimenea torcida a un lado.

Doc divisó la chimenea, al llegar junto al áncora y elevarse hasta cubierta con sólo el esfuerzo de sus brazos musculosos.

El buque tenía también dos puestos destinados al vigía allá en lo

alto de los palos, que le parecieron sospechosos por demás y en cada uno vió al vigía correspondiente.

Doc les miró atentamente. Examinaban el horizonte con los prismáticos y luego prestaron atención a sus camaradas que ascendían del interior del submarino por la escotilla.

Fue mientras miraban en dirección del submarino cuando Doc franqueó la borda de un salto, se lanzó sobre la escotilla más próxima que vió abierta y descendió por ella rápidamente.

Nadie le vió porque había conmoción a popa, a lo largo de la borda.

La conmoción era obra de Monk. El simiesco químico creía todavía muerto a Doc; el hecho le había atontado de momento, mas ahora se sacudía de aquel letargo mortal.

Sudando, jadeante, llegó a la altura de la borda; le habían obligado a nadar hasta la superficie desde la escotilla sin el beneficio de un traje impermeable y estaba loco de furor. Por ello lanzó un directo a la barbilla que tenía más cerca. El hueso de aquella barbilla crujió bajo su puño cerrado.

Al propio tiempo cayó hacia atrás el hombre a quien había tocado.

Alguien trató de golpearle a su vez la dura cabeza con la culata de un revólver, Monk asió aquel brazo armado y trató de retorcerlo, pero Los Cráneos Plateados acudieron a ayudar a su compañero y le hicieron retroceder. Después se apoderaron de él y le esposaron.

Cuando Ham apareció, él y Monk fueron llevados abajo.

No vieron ni a Hugo Mac Coy ni a «Rapid» Pace. Les habían perdido de vista cuando la catástrofe del «Helldiver».

—Yo me pregunto si viven —gruñó Monk.

—¡Ea, abajo, caballeros! —les ordenó Ull, el del rostro amable.

Monk y Ham pasaron por entre una doble hilera de negras bocas metálicas y fueron escoltados hasta abajo. Sus acompañantes les hicieron detenerse ante una puerta de acero.

Se habían adornado las muñecas de Monk con un par adicional de manillas y Ham iba esposado. Una vez abierta la puerta, los dos cruzaron el umbral.

Monk dirigió una sola mirada a las dos ocupantes de la mohosa cámara de acero y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Pat! —exclamó—. ¿De modo que alientas todavía?

—¿A esto le llamas «alentar»? —replicó Pat, con ironía—. ¿Dónde está Doc?

Esposadas las muñecas y en aquella situación no se parecía en nada a la pulcra, inmaculada Directora del Instituto de Belleza en boga a la sazón.

Llevaba puesto aún el traje de tarde, si, pero sucio y arrugado, rasgado por ella misma en redondo por encima del tobillo para obtener una mayor libertad de movimientos.

Junto a ella estaba Lorna Zane y sus ropas daban asimismo evidencia del día y de la noche transcurridos en el encierro. Tenía desordenados los cabellos; su atavío gris había perdido gracia, pues le faltaban la boina y la cartera y asimismo le faltaba el tacón de un zapato.

—¿Dónde habéis dejado a Doc? —tornó a interrogar Pat.

Monk volvió el semblante como para mirar a Ham, en realidad para ocultar el dolor que contraía sus facciones.

—Lo ignoro —murmuró.

La voz de Pat se tornó, súbitamente, aguda.

—¡Monk! —exclamó—. ¿Le ha sucedido algo a Doc?

Ull se echó a reír y repuso desde el umbral de la puerta:

—¡Se ha ahogado! Su cuerpo ha volado después por los aires. ¡Voy a propalar la noticia para que se empapen de ella en las altas esferas sociales del país!

Pat se puso muy pálida y dio rápida media vuelta para ocultar su semblante a la vista de todos.

Lorna se mordió los labios con tal fuerza, que estuvo en un tris que nos los atravesaran sus blancos dientes.

A espaldas de Ull apareció inesperadamente uno de Los Cráneos Plateados.

—Oye: desea verte el gran jefe —manifestó—. ¡Apresúrate, porque está furioso.

Ull frunció el ceño. Su rostro de querubín asumió feísima expresión.

—Vuelvo enseguida —dijo a sus prisioneros—. Entre tanto, reflexionad si os conviene o no hablar. Deseo saber lo que le habéis contado a la Policía respecto a nosotros.

Y dicho esto salió a buen paso de la pieza metálica, ascendió la escalera de la cámara y se metió por un pasillo inmundo.

La vieja embarcación había llevado pasajeros en una época anterior, y Ull penetró en lo que había sido el comedor.

En su centro habíase colocado una gran mesa. Esta mesa, tenía un tablero ancho y largo, mas no lo bastante largo y ancho para que en él cupiera holgadamente lo que a la sazón sostenía.

Era esto el producto de los latrocinios llevados a cabo, en la noche anterior, por Los Cráneos Plateados. Se componía de rimeros de billetes, sacos llenos de monedas, montones de collares, brazaletes y anillos, por valor de casi un millón de dólares en total.

Junto a la mesa se levantaba una siniestra figura humana. Le hizo una seña a Ull y le dijo con ronca voz sibilante:

—Supongo que despliegas toda esta pompa para impresionarme...

La expresión que asomó a los ojos de Ull le dio a comprender que acababa de dar en el clavo.

—Sí, en verdad hay mucho dinero ahí... —balbuceó Ull.

La figura siniestra colocada junto a la mesa llevaba puesto aún uno de los trajes de plata. Y la voz susurrante que le caracterizaba era, sin duda alguna, fingida.

—Así, ¿sigues creyendo que los robos perpetrados anoche compensan el escándalo dado con tu conducta y la actividad que ahora muestra la Policía? —interrogó a Ull con sarcasmo.

—¡Oh, no nos atrapará! —replicó éste—. Ordenaré que se leven anclas y saldremos por unos días de Nueva York. Nadie sospecha de nosotros. Los documentos de este buque están en buen orden y en la bodega llevamos un cargamento inofensivo de curtidos y lana. Por sí solo bastará a demostrar que nos dirigimos de Sud América al Canadá.

—¡No pretendas ocultármelo! —profirió, vivamente su jefe.

—¿Yo? ¿Qué es lo que te oculto? —dijo con fingida sorpresa Ull.

—El hecho de haber dispuesto que se llevaran a cabo esos latrocinios sin contar conmigo —rugió el jefe—. Mis órdenes fueron otras, únicamente debisteis asaltar el camión blindado y asesinar a Paine Winthrop. Y esto era todo sin contar con nuestra lucha incidental con Doc Savage.

Ull comenzó a decir:

—Pero, hemos ganado casi un millón de dólares...

—... poniendo en peligro un plan que me ha proporcionado la

suma de cien millones en el plazo de un año —terminó el enmascarado jefe.

Ull inclinó la cabeza.

—¿Qué? —interrogó con voz ahogada—. ¿Cien millones…?

—¡Sí, cien millones!

Ull parecía deslumbrado.

—No comprendo —murmuró.

—Recordarás que en lo que va transcurrido del año te he ordenado quitar de en medio a varios individuos, ¿no es verdad? —explicó el enmascarado, con tono sombrío—. Esos asesinatos, debo confesarlo, se han hecho bien y ninguno de ellos ha dejado vislumbrar que fueran cometidos conforme a un plan deliberado, más…

Ull se humedeció los labios.

—Yo he creído —dijo—, que esos individuos eran solamente tus enemigos. Por lo menos así me lo decías.

—Y lo eran… en el campo de los negocios —replicó la siniestra figura del jefe—. Todos ellos se interpusieron en mi camino cada vez que proponía yo la fusión de dos Compañías; la que ellos dirigían y la que dirigía yo. Por ello me vi obligado a quitarles de en medio.

—Pero, ¿qué tienen que ver esos asesinatos con la adquisición de los cien millones? ¡Dime!

—Es muy sencillo. Lo he adquirido mediante una operación oportuna, jugando al alza y a la baja. Pero ahora no es ocasión propia de entrar en detalles demasiado complicados para tratarlos de pasada.

Ull dirigió una ojeada a la mesa y lo que había en ella no pareció impresionarle tanto como en un principio.

—¿Paine Winthrop era también uno de los que se oponían a la fusión de su Compañía con la tuya? —deseó saber.

—No —replicó el otro—. Winthrop trabajaba a mi favor. Como sabes, se construyó nuestro submarino en sus astilleros hará cosa de unos meses, cuando todos sus empleados estaban de veraneo, y pudimos valernos, para la construcción proyectada, de nuestros hombres. Yo pensaba entonces fusionar mi Compañía con la suya y darle una buena parte de la ganancia que esta fusión nos produjera, pero se le enfrió de repente el entusiasmo. Le habían dicho que el

submarino era encargo de un gobierno extranjero y, por ello, cuando se enteró de su verdadera utilidad le faltó valor. Tuve que quitármelo de en medio para evitar que le fuera con el cuento a la Policía.

—¡Ya! —exclamó Ull. El verdadero jefe de la banda se meció sobre los tacones de sus zapatos. Incluso llevaba puestos los guantes de piel plateada, pero, de rabia le temblaban las manos todavía.

Aquella ira siniestra comenzó a atacarle los nervios a Ull, así como la máscara. Se sentía inquieto. Aquí, se decía, hay un proyecto de más envergadura de lo que he creído.

—Estamos a bordo. Ya no tienes por qué ocultarte —murmuró.

—Muchos de entre tus hombres no me conocen —replicó el otro con su voz susurrante—, y conviene que continúen sin conocerme. Pero no nos salgamos de la cuestión. ¡Anoche desobedeciste mis órdenes!

—No tengo yo toda la culpa de ello —murmuró Ull.

¡Hola! ¿Por qué?

—Porque de haber sabido lo que sé ahora, no hubiera sido tan tonto que me hubiera arriesgado a estropear tus planes —replicó Ull.

Su jefe pareció reflexionar aquella respuesta.

—En lo futuro se han de obedecer implícitamente mis órdenes —dijo al cabo.

—Así se hará. Descuida —replicó gravemente Ull.

El enmascarado le indicó con el dedo la mesa cargada de tesoros.

—Reparte todo lo que ahí hay entre tus hombres —dispuso—. Para mí no quiero nada. No tomes nada tampoco. Este será tu castigo por haber pisoteado anoche mi autoridad.

Ull se estremeció como si acabaran de asestarle un alfilerazo, mas no dijo nada.

—¿Qué haremos con los prisioneros? —quiso saber.

—Interrógales y después ejecútales.

Ull partió.

—Cierra la puerta —ordenó el jefe—, y no me molestes más.

Ull cerró la puerta del comedor y desapareció.

Cuando hubo partido, el enmascarado se acercó a la mesa de nuevo, pasó revista a las joyas con aire de un perito en la materia y

eligió las más valiosas.

Luego tomó varios fajos de billetes. En menos de un minuto se había apropiado de casi una cuarta parte del tesoro.

Riendo con aire socarrón abandonó el comedor, penetró en un pasillo oscuro, sin titubear... y, de súbito, cayó de bruces en tierra.

No había oído el golpe que le derribara porque se lo habían descargado en silencio y con una fuerza prodigiosa. Así como tampoco pudo ver al hombre de bronce cuando se inclinó sobre él para registrarle.

Oculto entre sus ropas, por la parte interior, había un paquete que no era el que acababa de guardarse. Doc se lo quitó.

Luego le despojó del traje de plata.

Estaba muy oscuro en el pasillo y Doc no había encendido la luz. De aquí que le fuera imposible distinguir las facciones de su víctima, el capitán de la banda de Los Cráneos Plateados. Con todo, no se atrevió a encender una cerilla.

Se metió el mono de plata por la cabeza descubriendo que le venía algo ajustado, pero que podía llevarlo, y a continuación, mediante un registro de su víctima encontró fósforos, que guardó en su bolsillo.

Apresuradamente volvió al comedor. A la luz abrió el paquete que había estado oculto bajo la ropa interior del enmascarado.

El paquete encerraba una gran barba postiza, admirablemente hecha. Doc tornó a guardarla en el bolsillo de la chaqueta, bajo el mono.

Mirando la habitación del tesoro, avanzó con el cuerpo encorvado, las rodillas dobladas y la cabeza gacha, con objeto de parecer más bajo de estatura.

En la parte baja del pasillo distinguió a un hombre de guardia y se le acercó.

Mas antes de que hubiera llegado junto a él, intentó pasar por el corredor uno de Los Cráneos Plateados.

El hombre de guardia, le gritó, zumbón:

—¡Eh! ¡Quítate la caperuza, que deseo verte la cara!

En lugar de obedecer, el Cráneo Plateado levantó el brazo y le mostró el reloj que llevaba en la muñeca. El guardia, consultó la esfera y la comparó con la del reloj que él llevaba, asimismo, en la muñeca.

—Está bien —dijo—. Sigue tu camino.

Doc se detuvo en seco y sonó un instante el grito fantástico que ya conocemos, sólo que fue lanzado muy bajito y el hombre de guardia no lo oyó.

Acababa de descubrir el significado de los lujosos relojes que llevaba en la muñeca toda la banda. Aquellos cronómetros eran utilizados a modo de contraseña.

Él llevaba puesto todavía el que había quitado al hombre muerto en los muelles de la ciudad, el mismo que una vez descubierto su error, había escapado para morir a manos de la policía. Y era, evidente que el baño a que lo había sometido no había logrado estropearlo.

AL avanzar, le detuvo el centinela. Doc le mostró el reloj y el centinela le dejó pasar.

Tras de poner entre los dos una distancia respetable, se volvió y con una voz distinta a la suya, voz dura, sibilante, interrogó al hombre.

—¿Dónde están los prisioneros?

—Sigue avanzando y los encontrarás —fue la respuesta.

Doc siguió su camino. Enseguida halló la habitación donde iba a someterse a sus amigos a un interrogatorio, mas en lugar de detenerse siguió andando como si no le interesase.

Comprendía, que, de momento, estaban seguros Monk, Ham y las dos muchachas. Lo estarían mientras no hablaran o no exasperasen a Ull con sus reticencias.

Se internó cada vez más en la vieja embarcación en busca del cuarto de máquinas. Sus motores funcionaban bajo la fuerza impulsiva de un aceite pesado. Doc descubrió los tanques de combustible, destapó uno de ellos, vió que estaba casi lleno.

Soltando la tapa en el suelo, hizo una copa de sus manos, tomó en ellas una pequeña parte del aceite y la derramó por encima del tanque, junto a sus costados, por el suelo hasta la misma puerta del cuarto.

AL llegar aquí se hincó de rodillas y se registró los bolsillos del traje de plata hasta dar con la caja de fósforos. Con rápido movimiento encendió uno de ellos y lo tiró al suelo.

Cuando la llama entró en contacto, con el aceite derramado corría Doc como un loco. Se oyó leve chisporroteo. EL aceite no

ardía como la gasolina, pero llameaba, y el fuego corrió hasta alcanzar la puerta, que atravesó, prosiguiendo su camino a lo largo del corredor.

Esto fue lo que todavía, logró ver el hombre de bronce mientras corría.

A escape, ascendió la escalera.

A sus espaldas sonó un trueno y el crepitar del aire recalentado al inflamarse el depósito del aceite, dentro del cual había el líquido suficiente para hacer estallar y reventar el recipiente.

CAPÍTULO XIX

DESTRUCCIÓN

ULL aullaba como una fiera; amenazaba a Monk y Ham cuando se produjo la explosión. El hombre de la cara de querubín vaciló sobre sus pies, fue a chocar, con la puerta y pareció sorprendido.

—¡Qué diablos...! —comenzaba a decir, cuando un grito lacerante le dio a comprender que ocurría algo grave.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Ull giró rápidamente sobre sí mismo y a la carrera salió de la celda, gritando, sin volver la cabeza, al hombre de guardia:

—¡Vigila a los prisioneros!

Él desapareció pasillo abajo.

Vestidos todavía con los monos de plata algunos, otros en mangas de camisa, le siguieron Los Cráneos Plateados.

Sólo uno no pasó adelante. Por el contrario, entró como un rayo en la celda.

El hombre de guardia le miró, sorprendido.

—¡Vengo a ocupar tu puesto! —le advirtió el recién llegado—. Dame tu revólver y corre a apagar el fuego.

El hombre titubeó, mas al cabo le entregó el arma y se lanzó al pasillo.

Quizá agradecía, en su interior, que le permitieran abandonar un sitio tan peligroso en el caso de que la embarcación llegara a hundirse.

El Cráneo Plateado que le substituía se despojó entonces de la capucha.

—¡Doc! —exclamó Monk.

Y pareció que iba a desmayarse.

Doc les dijo, apresuradamente:

—¡No hay tiempo que perder! ¡Salgamos de aquí cuanto antes!

Tornó a calarse la capucha, para ocultar sus facciones y blandió ostentosamente el revólver, mientras hacía pasar delante a Monk, Ham y las dos mujeres.

Otros Cráneos Plateados que hallaron al paso creyeron, sin duda, si es que pensaron algo, que era uno de sus compañeros que trasladaba de cuarto a los prisioneros.

Doc detuvo a uno de ellos.

—¿Dónde se halla el otro cautivo? —interrogó.

El bandido señaló con la mano.

—Allá, en la tercera puerta del corredor —respondió.

Doc corrió a ella, descorrió el pesado cerrojo que la aseguraba y… tropezóse con Pace, que salía tambaleándose. Lo primero que hizo al verse frente a Doc fue ponerse en guardia y luchar a puñetazos.

—¡Eh! ¡Basta! —le recomendó el hombre de bronce.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Pace, tragando saliva con esfuerzo—. Yo le tenía, por muerto. Sí, señor, le tenía por muerto.

Doc continuó andando tras de sus compañeros, como si les escoltara hasta una nueva celda.

Y así llegaron al comedor.

Monk contempló, atónito, el tesoro que había sobre la mesa y con un gruñido, se desvió hacia la izquierda del comedor. Allí había varios sacos de lona encerados abandonados, sin duda, por Los Cráneos Plateados, tras de haber transportado en ellos a bordo los objetos que estaban sobre la mesa.

Monk se apoderó de uno de ellos y comenzó a llenarlo, dándose mucha prisa en la operación.

—Ven aquí y préstame ayuda —rogó a Ham—, pues no quiero que esos tunantes se queden con el tesoro.

Ham corrió a echar una mano y también Doc lo hizo, con objeto de abreviar la faena emprendida.

Pace se adelantó a él, abrió una puerta y gritó por encima del hombro:

—¡Voy a ver si hay moros en la costa!

Y desapareció. Había entrado en el pasillo donde Doc acababa de abatir el jefe de Los Cráneos Plateados.

Procedentes de este punto se oyeron después gruñidos, golpes y

exclamaciones de dolor.

Pace chilló:

—¡Aquí hay un hombre tendido en el suelo! ¡Se está poniendo un pañuelo por la cara!

—¡Vigílelo! —le recomendó Doc—. ¡Es el verdadero jefe de la banda!

Pace tornó a gritar y sonaron nuevos golpes. Tacones invisibles golpearon las planchas de acero del corredor; gruñidos incesantes partían de unos labios apretados.

Los golpes y el desgarramiento de las tablas indicaban que se estaba librando terrible contienda.

De un salto Doc se plantó en el pasillo, que estaba muy oscuro.

La contienda seguía, si bien a la sazón se libraba más abajo. El jefe de Los Cráneos Plateados huía, llevando a Pace pegado a sus talones.

—Le he pegado —aulló Pace,— ¡pero se me escapa!

Poco después Doc tropezó con él, El perito estaba plantado de cara a la luz deslumbrante del sol. Una escotilla abierta junto a él indicaba por dónde había huido su presa.

Pace tenía el rostro muy pálido. Por dos veces consecutivas trató de hablar, sin lograr articular palabra.

—¿E... era el... el jefe de... de la banda? —interrogó, al fin.

—Sí —replicó Doc—. ¿Le ha visto el semblante?

—¡Ya... ya lo cr... eo! ¡Y esto... estoy asombrado! —tartamudeó el perito.

Doc le dio un leve empujón y con él se llegó hasta el bote de salvamento más próximo. Las dos muchachas iban detrás de ambos y las seguían Ham y Monk cargados con los sacos del tesoro.

Dado el estado del buque, les sorprendió comprobar el precioso bote de salvamento —una gasolinera muy rápida— que encontraron.

Evidentemente había sido allí puesta para el caso de tener que apelar los ocupantes del buque a la fuga cuando no estuviera junto a ellos el submarino.

Doc le arrancó la lona que la cubría; luego él y Monk se echaron con todo el peso sobre las palancas que ponían los pescantes en movimiento.

Ham levantó, uno por uno, los sacos y sus compañeros los

colocaron a bordo.

Uno de los vigías que ocupaban el «nido» en lo alto de los topes hizo fuego sobre ellos y la bala arrancó a la motora unas cuantas astillas.

El segundo vigía había abandonado su puesto para asistir, sin duda, a la lucha contra el fuego.

Doc dirigió un solo tiro de revólver al «nido» situado en la altura. El vigía gimió y dejó caer el arma que empuñaba, luego, se agachó y se llevó ambas manos a la pantorrilla para palparse la herida producida allí por el proyectil.

Esta era una de las raras ocasiones en que hacía Doc uso de un arma de fuego, pero el tiro había sido certero; era como si toda su vida estuviera practicando aquel arte.

Se deslizó la cuerda a través de las tiras del aparejo con un poco más deprisa de la que recomienda la prudencia, pero con inteligencia despierta y músculos vigorosos. Doc y Monk consiguieron, al cabo, mantener el bote en equilibrio.

Ham había puesto el motor en movimiento cuando tocaron el agua. Fue una tarea, llevada a cabo con sin igual destreza por ambas partes.

Los tiros disparados en la cubierta del buque habían sembrado la alarma y junto a la borda, aparecieron varias cabezas.

—¡Atrás! —les ordenó Doc.

Los costados de la gasolinera eran muy gruesos, lo bastante para contrarrestar la fuerza llevada por la bala de un revólver y, además, como la embarcación estaba situada ya a nivel con el agua del mar, no era probable que la alcanzaran con sus disparos.

Por esto, sin duda, desistieron Los Cráneos Plateados de la empresa.

Entretanto, la gasolinera había levantado la proa y hundido la popa en el agua espumosa que levantaba la hélice y se alejaba veloz, de la vieja embarcación.

Una descarga cerrada sembró entonces de plomo el casco de gasolinera, clavó la dentellada en una borda, se aplastó contra el motor. Uno de los proyectiles abrió un par de agujeros en el tanque de la gasolina.

Monk se llegó hasta él y, con suma calma, plantó delante de cada abertura uno de sus índices velludos.

Poco después se hallaban fuera del alcance de los proyectiles.

Densas columnas de humo continuaban saliendo por las escotillas y portas del buque contrabandista. Era el humo negro que se desprende del aceite pesado y él indicaba que Los Cráneos Plateados no habían logrado apagar el fuego.

Por el contrario, se propagaba velozmente cuando Los Cráneos Plateados comenzaron a arrojarse al agua. Antes de ello luchaban unos contra otros para saltar primero la borda.

—Intentan pasarse al submarino —dijo Monk, levantando la cabeza y apartando la vista, fija hasta entonces en el tanque que estaba obturando.

—Pues ya tienen trabajo —observó Ham—. El submarino no puede contener a todos. Carece de capacidad para eso.

Así y todo algunos Cráneos Plateados lograron llegar hasta el submarino. Es muy posible que penetraran en él, mas les sirvió de poco.

El buque viejo voló de pronto. Fue que estalló el combustible de las calderas. En posteriores discusiones, Doc sostuvo la teoría de que muy posiblemente hubiesen almacenado a bordo explosivos en cantidad y que eran estos explosivos los que le habían hecho volar por los aires.

A la explosión sucedió una columna de restos, humo y llamas. El buque se acababa de dividir por el centro y sus dos mitades dieron media vuelta sobre las aguas del océano; sus cuerpos se distinguieron claramente entre los restos del naufragio.

Un hirviente arroyo de aceite pesado se desparramó, llameando, sobre el agua, engullendo a los hombres que estaban ya en ella, abrasándoles sin piedad c hundiéndolos hasta que sus pulmones entraban convulsivamente en contacto con el agua salada.

Y en esto los ocupantes del submarino no fueron más afortunados que los del viejo navío, pues no cabe dudar que la explosión deshizo también al sumergible, con lo cual perecieron todos Los Cráneos Plateados.

Doc dijo, pausadamente:

—Han hecho mal en luchar por espacio de tanto tiempo con el fuego y después perder tiempo en su lucha por entrar en el submarino. Mejor hubiera sido entrar en los botes de salvamento, ya que no nos los hemos llevado todos.

Ham se atrevió a observar:

—Probablemente temían apelar a ese recurso, porque de ese modo hubieran podido caer en manos de la policía…

—¡Pobre muchacho! —comentó Monk, sin que viniera a pelo ni a cuento la exclamación.

—¿De quién hablas? —preguntó Ham.

—De Hugo Mac Coy —contestó el químico—. Hemos sido muy duros con él. No le hemos rescatado.

Pace se había mantenido aparte, sumido en un estupor singular.

—¡Duros! —repitió—. ¡Oh, no, señor! ¡No lo hemos sido!

Monk arrugó la frente.

—¡Hombre! ¡Vaya una manera de hablar de un difunto, por más que haya sido un rival y se haya intentado pegarle en diversas ocasiones!

—¡Y le he pegado! ¡Por fin le pegué! —exclamó, con acento de triunfo, el perito. Por más que todavía no comprendo cómo ha podido ser…

—¿Cuándo? ¿Cuándo sucedió eso? —deseó saber Monk.

—Pues poco antes de salir del buque —replicó Pace.

Monk comprendió al momento el alcance de aquellas palabras.

—¡Oiga, repita eso otra vez! —rogó a Pace.

—Digo que el jefe secreto de la banda era Hugo Mac Coy —dijo, en tono sombrío el joven—, y que fue con él contra quien luché en el pasillo.

Monk miró a Doc.

—En efecto, Mac Coy era el jefe de la banda de Los Cráneos Plateados —replicó Doc, pausadamente—. Lo comprendí cuando en el ataque a nuestro submarino no se sirvieron Los Cráneos Plateados de una bomba explosiva que hubiera puesto fin a nuestras vidas. Su jefe iba a bordo y no podían asesinarle.

Monk accionó con los peludos brazos, dando de momento al olvido el agujereado tanque de la gasolina.

—Pero, ¿Gardner? ¿Bedford Burgess Gardner?

—Era la misma persona.

—¿Qué?

Monk se ahogaba.

—¿Te acuerdas de la barba negra que llevaba en Jersey? —le dijo Doc, con suave acento—. Es decir, tú no le viste. Le vimos Pace

y yo.

—Eso es —convino Monk.

Doc le mostró entonces el paquete substraído al jefe inconsciente de Los Cráneos Plateados. Lo abrió y lo entregó a Monk.

El paquete encerraba la barba postiza, de actor.

Con deliberado gesto, volvió el químico a aplicar los índices a los boquetes del tanque de gasolina.

Ahora ya no les restaba nada que hacer en aquellos parajes. En torno al lugar donde se había hundido el buque llameaba aún una masa de aceite. No era posible que viviera en su seno ser alguno, mas, por si acaso, se aproximó a ella la lancha, con idea de recoger a los supervivientes del naufragio.

Lorna Zane se dejó dominar por los nervios y lanzó unos sollozos. Gustosa consintió que Pace —el perito cuyo valor quedaba palpablemente demostrado— le prestara ayuda y consuelo. Pace estaba radiante.

Pat, en cambió, parecía haber envejecido un poco. La reciente catástrofe la había agotado, física y moralmente.

Tranquilos, imperturbables, se hallaban Doc y sus hombres ahora que todo había concluido.

Ya estaban acostumbrados a parecidas aventuras porque habían pasado por ellas en otras ocasiones.

Dieron vueltas en la lancha hasta estar bien convencidos de que no había ningún náufrago que salvar y se volvieron a tierra.

Emprendieron el camino que debía conducirles en línea recta a las costas de Nueva Jersey. Para ello contaban con el combustible indispensable y además el mar se mantenía en calma.

«Rapid» Pace y Lorna Zane iban juntos a popa y Pace le había pasado un brazo por el talle.

—¿Sabes que he dejado de tener miedo? —confesó—. Realmente no comprendo por qué pero ¡así es! ¡Sí, señor, así es!

FIN

Título original: *Death in Silver*